

ALMANAQUE ALBUM



LA ILUSTRACION

ALMANAQUE-ÁLBUM
DE
LA ILUSTRACIÓN
PARA EL AÑO DE
1897

CON LA COLABORACIÓN DE LOS SEÑORES

ALCÁZAR (D. Manuel), AZA (D. Vital), BAIXERAS (D. Dionisio), BECERRO DE BENGOA (D. Ricardo), BENLLIURE (D. Mariano),
BLAIR LEIGHTON (E.), BRADLEY, BRISPOD, CABRINETY (D. José), CALDERÓN, CAMPOAMOR (D. Ramón de), CARREÑO, CLARÍN, COMBA (D. Juan),
CUTANDA (D. Vicente), CHEVALLIER-TAYLER (A.), DELGADO (D. Sinesio), DÍAZ HUERTAS (D. Ángel), ECHEGARAY (D. José),
FABRA (D. Nilo María), FELIÚ D'LEMUS (D. Manuel), FERNÁNDEZ BREMÓN (D. José), FERRARI (D. Emilio), FISHER (Melitón), GLOAG, GOTCH,
GRILO (D. Antonio), HAQUETTE, HAYNES, HEBERT, JERACE, JIMÉNEZ ARANDA (D. Luis), JOVERT, JOY, LAFAYETTE,
LANDERER (D. José J.), LINDEN (G.), MÉLIDA (D. Arturo), MÉLIDA (D. Enrique), NORMAND, OCA BIANCA (D. Angel), PALACIO (D. Eduardo de),
PALACIO (D. Manuel del), PICÓN (D. Jacinto Octavio), RAMOS CARRIÓN (D. Miguel), RAVANT, RAVIER, REINA (D. Manuel),
RIGDWAY-KNIGHT, SABANDO (D. Julián Manuel de), SALA (D. Emilio), SÁNCHEZ PÉREZ (D. Antonio), SOROLLA (D. Joaquín), STOREY (G. A.),
UNCETA (D. Marcelino de), VALLET, VIDART (D. Luis), WALLER, WILSON (Oscar).

Año XXIV



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, número 20

1896

ALMANAQUE-ALBUM

LA ILUSTRACIÓN

PARA EL AÑO DE

1897

CON LA COLABORACIÓN DE LOS SEÑORES

ES PROPIEDAD.

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY.

VIXX 074



MADRID

ESTABLICIMIENTO EDITORIAL Y DE IMPRESIONES DE LA ILUSTRACIÓN

PRECIO DE UNA VENTA, 10000

1897

ÍNDICE GENERAL.



TEXTO.

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
PRELIMINARES: Año religioso, por D. J. M. S...	5	A D. Ramón de la Cruz, poesía, por D. José Fer-	
Anuncios astronómicos, por D. M. V.....	5	nández Bremón.....	50
Santoral.....	6 á 11	El cielo en 1897, por D. José J. Landerer.....	52
Escrúpulos, por D. Jacinto Octavio Picón.....	13	En un tris, por D. Ricardo Becerro de Bengoa.....	60
El panal de miel, poesía, por D. Manuel Reina.....	17	Los rigores de la suerte, poesía, por D. Ramón de	
Las tierras llanas, poesía, por D. Emilio Ferrari....	20	Campoamor.....	69
La cocina libre, por D. Eduardo de Palacio.....	24	Desde Mondariz, poesía, por D. Antonio Grilo....	70
Pensamientos, por D. Luis Vidart.....	26	El tiempo y su medida, por D. José Echegaray.....	74
Un impuesto infernal, por D. Nilo María Fabra.....	27	Dolor de muelas, poesía, por D. Miguel Ramos Carrión	82
Las distracciones de San Pedro, poesía, por D. Vital		La misa de los muertos, por D. J. Manuel de Sabando.	84
Aza.....	33	La distancia, poesía, por D. Sinesio Delgado.....	90
La Médica, por Clarín.....	37	Desventuras de un mozo listo, por D. Antonio Sán-	
Dos hombres, por D. Manuel del Palacio.....	43	chcz Pérez.....	94

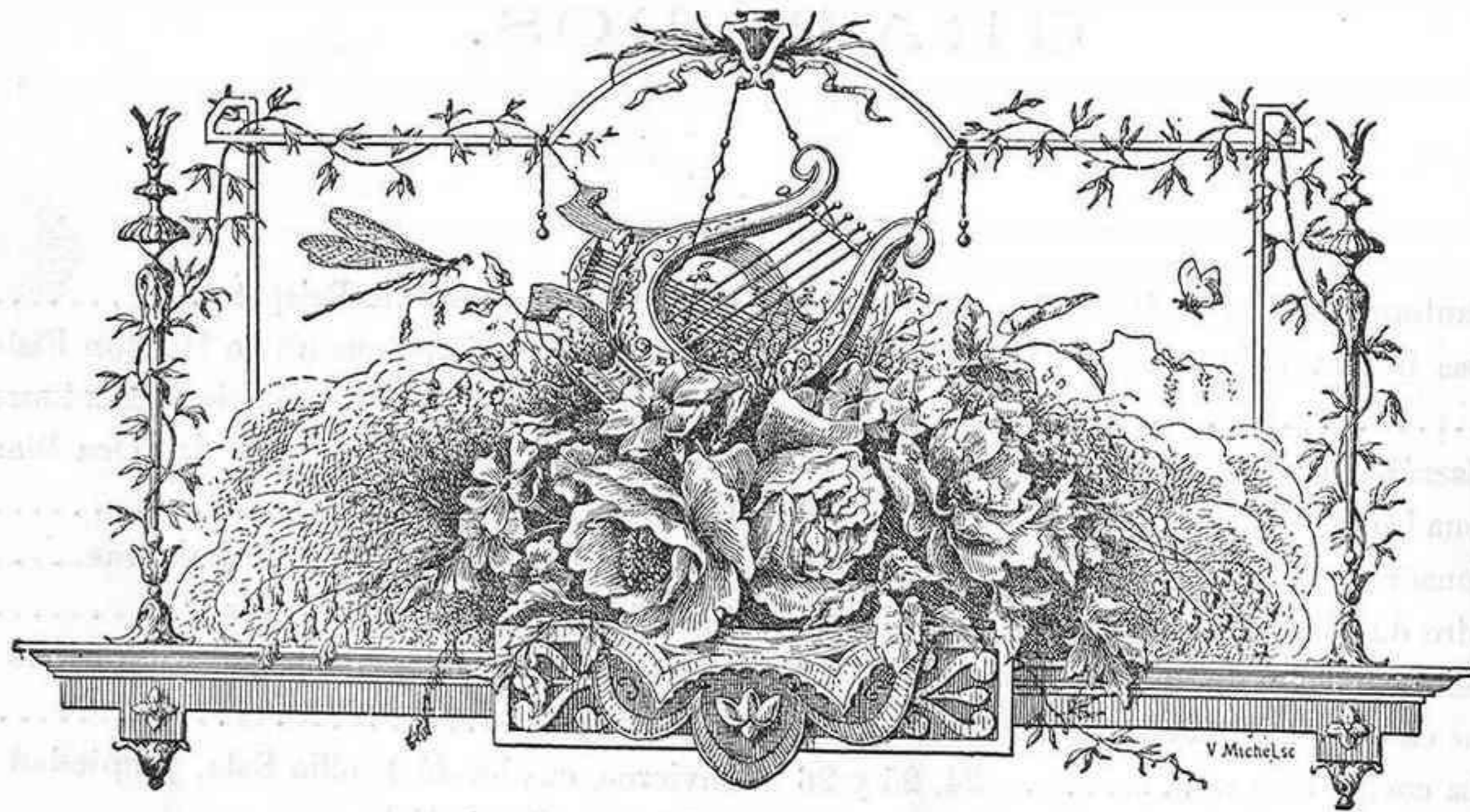
GRABADOS.

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
Ilustraciones del Santoral, dibujos de Comba.....	6 á 11	Campaneros, cuadro de Brispot.....	32
Retrato de la famosa librera de la calle de Carretas,		Un taller de floristas, cuadro de Melitón Fisher.....	35
cuadro de Goya.....	12	El ferrocarril, escultura de Mariano Benlliure.....	36
Ilustraciones de «Escrúpulos», dibujos de Cabrinety.	13 á 17	Los curiosos, cuadro de Angelo dall'Oca Bianca....	36
La carta deseada, cuadro de Enrique Mérida.....	18	Los favoritos, por Lafayette.....	38
La carta deseada, cuadro de Enrique Mérida.....	19	Primavera, cuadro de Dionisio Baixeras.....	41
Entre artistas, cuadro de Vallet.....	21	En el bosque, cuadro de Waller.....	42
La pastora de Rolleboise, cuadro de Ridgway Knight.	22	Ilustraciones de «Dos hombres», dibujos de Manuel	
Palomas mensajeras en alta mar, cuadro de Jobert..	23	Alcázar.....	43 á 47
Ilustraciones de «La cocina libre».....	24, 25 y 26	Invierno, cuadro de Emilio Sala, propiedad de don	
Ilustraciones de «Un impuesto infernal», dibujos de		Lorenzo García Vela.....	48
Cabrinety.....	27 á 30	Flor de estufa, cuadro de Emilio Sala, propiedad de	
Carmosina, escultura de Jerace.....	31	D. Lorenzo García Vela.....	49
¿Se puede entrar?, cuadro de Linden.....	31	Aleluya, cuadro de Gotch.....	51

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
La mejor cuna, cuadro de Joaquín Sorolla.....	53	El milagro de las rosas, cuadro de Gloag.....	76
Partida interrumpida, por Lafayette.....	54	El ómnibus de Bayswater, cuadro de Joy.....	77
Un salvamento, cuadro de Haquette.....	55	Paraíso, cuadro de Hebert.....	80
Enferma del corazón, cuadro de Storey.....	58	Orillas del Támesis, cuadro de Bradley.....	81
Taller de acero (Vizcaya), cuadro de Vicente Cu- tanda.....	59	Ilustraciones de la poesía «Dolor de muelas», dibu- jos de Angel Díaz Huertas.....	82 y 83
¡Quién tuviera diez años!.....	61	Ilustraciones de «La misa de los muertos», dibujos de Ángel Díaz Huertas.....	84, 85 y 87
La diversión favorita, por Lafayette.....	62	La abuela, cuadro de la Srta. J. Ravier.....	88
Por terreno enemigo, cuadro de Marcelino de Unceta.	65	¡En nombre de Dios!, cuadro de E. Blair Leighton..	89
Blondinette, cuadro de Feliu d'Lemus.....	67	Coquetería, cuadro de Chevallier Tayler.....	91
La niña y la cabra, cuadro de Luis Jiménez Aranda.	67	Éxtasis, cuadro de Emilio Sala.....	92
Ilustraciones de la poesía «Desde Mondariz», dibujos de Manuel Alcázar.....	70 y 71	No hay rosa sin espinas, cuadro de Haynes Williams.	93
Crepúsculo, cuadro de Calderón.....	72	Ilustraciones de «Desventuras de un mozo listo».	94 y 95
Narrando un cuento, cuadro de Normand.....	73	VIÑETAS VARIAS: 17, 20, 33, 34, 37, 40, 52, 57, 60, 63, 69, 74, 79 y 90.	
La pesca de la anguila, cuadro de Ravant.....	75		
Retrato de una dama española, por Carreño.....	76		

ESTAMPAS EN COLORES.

En el estudio.—Amapolas.—Galantería.—En el campo.—Lectura interesante.



PRELIMINARES.

AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIAÍSTICO.

Áureo número.	17	Indicción romana.	10
Epacta.	XXVI	Letra dominical.	c
Ciclo solar.	2	Letra del martirologio romano.	G

FIESTAS MOVIBLES.

Dulcísimo Nombre de Jesús.	17 de Enero.
La Sacra Familia.	24 de Enero.
Septuagésima.	14 de Febrero.
Sexagésima.	21 de Febrero.
Quincuagésima.	28 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	3 de Marzo.
Pascua de Resurrección.	18 de Abril.
Patrocinio de San José.	9 de Mayo.
Letanias.	24, 25 y 26 de Mayo.
Ascensión del Señor.	27 de Mayo.
Pascua de Pentecostés.	6 de Junio.
La Santísima Trinidad.	13 de Junio.
Sanctissimum Corpus Christi.	17 de Junio.
Sacratísimo Corazón de Jesús.	25 de Junio.
Purísimo Corazón de María.	27 de Junio.
La Preciosísima Sangre de Ntro. Sr. Jesucristo.	4 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora.	22 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario.	3 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora.	14 de Novbre.
Dominicas entre Pentecostés y Adviento.	24.
Adviento.	28 de Novbre.

TÉMPORAS.

I.—El 10, 12 y 13 de Marzo.	III.—El 15, 17 y 18 de Sepbre.
II.—El 9, 11 y 12 de Junio.	IV.—El 15, 17 y 18 de Dicbre.

DÍAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos. Los Viernes y Sábados de Adviento; advirtiéndose que cuando la fiesta de la *Purísima Concepción de Nuestra Señora* cae en Viernes ó en Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves inmediato. La Vigilia de *Pentecostés* (con abstinencia de carne). La Vigilia de *San Pedro y San Pablo* (con abstinencia de carne). Vigilia del *Apóstol Santiago*. Vigilia de la *Asunción de Ntra. Señora* (con abstinencia de carne). Vigilia de *Todos los Santos*. Vigilia de *Navidad* (con abstinencia de carne). También es ayuno con abstinencia de carne el *Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado* de la Semana Santa, 14, 15, 16 y 17 de Abril.

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la Cuaresma ni aun los Domingos. Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los Domingos de Cuaresma y todos los Viernes del año.

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 26 de Abril, y se cierran respectivamente el 2 de Marzo y el 27 de Noviembre.

DÍAS EN QUE SE SACA ÁNIMA.

El 14 de Febrero; el 9, 20, 21 y 28 de Marzo; el 9, 10 y 21 de Abril, y el 10 y 12 de Junio.

ANUNCIOS ASTRONÓMICOS

que deben insertarse en los calendarios de Castilla la Nueva correspondientes al año 1897.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODÍACO.

19 de Enero, en <i>Acuario</i> .	22 de Julio, en <i>Leo</i> .— <i>Canícula</i> .
18 de Febrero, en <i>Piscis</i> .	22 de Agosto, en <i>Virgo</i> .
20 de Marzo, en <i>Aries</i> .— <i>Primavera</i> .	22 de Sepbre., en <i>Libra</i> .— <i>Otoño</i> .
19 de Abril, en <i>Taurus</i> .	23 de Octubre, en <i>Escorpio</i> .
20 de Mayo, en <i>Géminis</i> .	21 de Noviembre, en <i>Sagitario</i> .
21 de Junio, en <i>Cáncer</i> .— <i>Estío</i> .	21 Dic., en <i>Capricornio</i> .— <i>Invierno</i> .

CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA.—Entra el 20 de Marzo á las 8 y 1 m. de la mañana.
ESTÍO.—Entra el 21 de Junio á las 4 y 8 m. de la mañana.
OTOÑO.—Entra el 22 de Septiembre á las 6 y 34 m. de la tarde.
INVIERNO.—Entra el 21 de Diciembre á las 12 y 57 m. del día.

ECLIPSES DE SOL.

FEBRERO 1.º *Eclipse anular de Sol*, invisible en Madrid. El eclipse principia en la Tierra á 4 h. 58,1 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 170° 17' al O. de San Fernando, y latitud 28° 5' S.
El eclipse central principia en la Tierra á 6 h. 1,2 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 172° 25' al E. de San Fernando, y latitud 31° 51' S.
El eclipse central á mediodía sucede á 7 h. 41,9 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 111° 59' al O. de San Fernando, y latitud 28° 53' S.
El eclipse central termina en la Tierra á 9 h. 59,9 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 54° 49' al O. de San Fernando, y latitud 10° 52' N.

El eclipse termina en la Tierra á 10 h. 43,0 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 71° 48' al O. de San Fernando, y latitud 14° 41' N.

Este eclipse será visible en casi toda la América del Sur, en una pequeña parte de la América del Norte, en las Antillas, en gran parte del Océano Pacífico, en una pequeña parte del Atlántico y del mar Polar Antártico.

JULIO 29. *Eclipse anular de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra á 0 h. 37,3 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 108° 35' al O. de San Fernando, y latitud 17° 0' N.

El eclipse central principia en la Tierra á 1 h. 39,9 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 118° 50' al O. de San Fernando, y latitud 15° 44' N.

El eclipse central á mediodía sucede á 3 h. 35,0 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 52° 12' al Oeste de San Fernando, y latitud 14° 44' N.

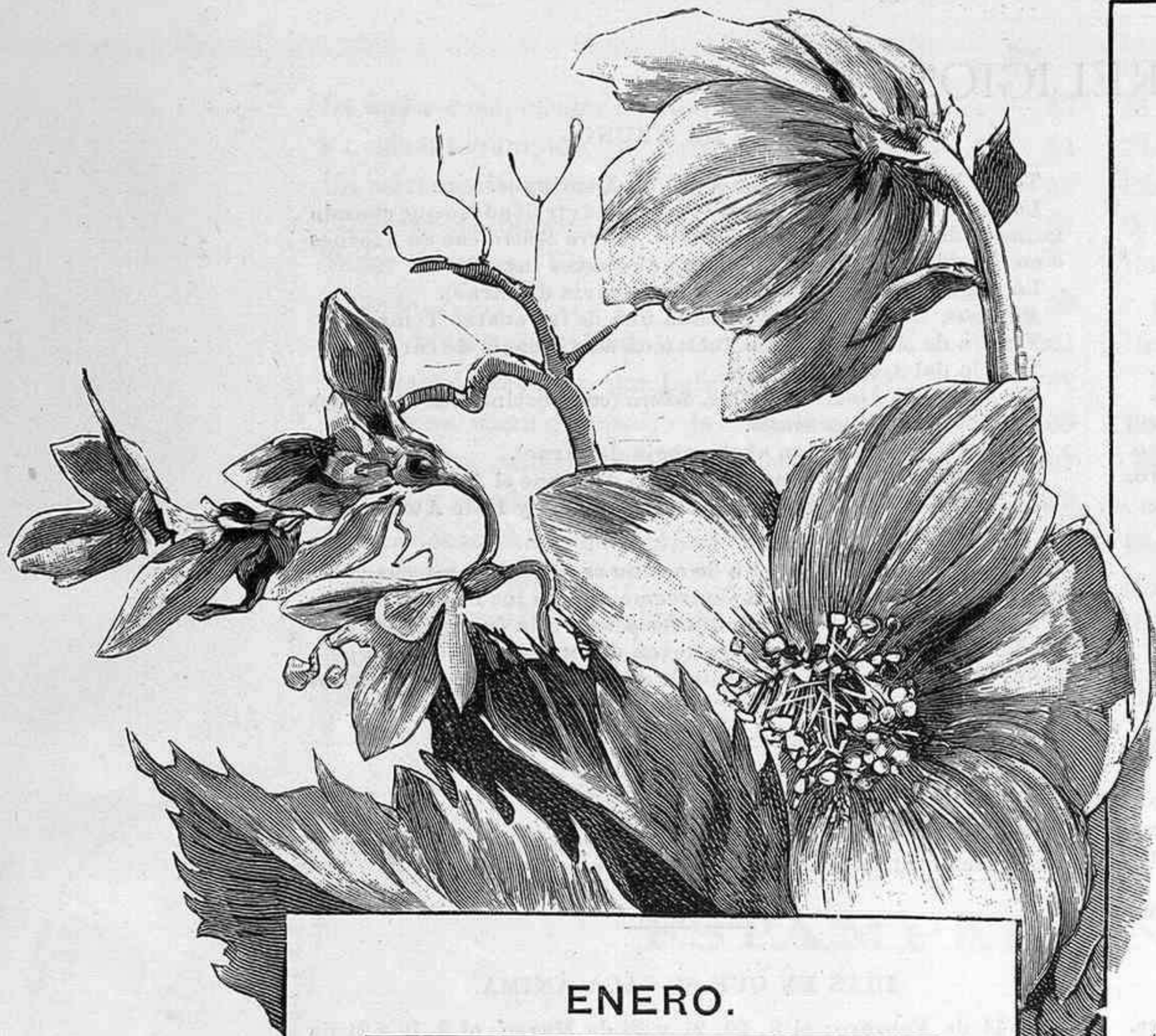
El eclipse central termina en la Tierra á 5 h. 24,7 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 2° 18' al E. de San Fernando, y latitud 22° 47' S.

El eclipse termina en la Tierra á 6 h. 27,4 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 12° 52' al O. de San Fernando, y latitud 21° 31' S.

Este eclipse será visible en gran parte de las dos Américas, en las Antillas, en una pequeña parte de África y del Océano Pacífico, y en casi todo el Océano Atlántico.

NOTA.—Durante el año 1897 no hay ningún eclipse de Luna.





ENERO.

- 1 Vier. *Fiesta*. LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR. San Fulgencio, ob.
- 2 Sáb. La Aparición de Ntra. Sra. del Pilar.
- ☾ *Luna nueva*, 5 y 49 m. mañana, en Capricornio.
- 3 Dom. San Antero, papa, y santa Genoveva.
- 4 Lun. San Tito y san Aquilino.
- 5 Mart. San Telesforo, papa, y S. Simeón Stilita.
- 6 Miérc. *Fiesta*. LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES Melchor, Gaspar y Baltasar.
- 7 Juev. San Julián, mr.—*Abrense las velaciones*.
- 8 Vier. San Luciano, presbitero.
- 9 Sáb. San Julián, mr., y su esposa santa Basilia, virgen.
- ☽ *Cuarto creciente*, 9 y 31 m. noche, en Aries.
- 10 Dom. San Nicanor, diácono y mr.
- 11 Lun. San Higinio, papa y mr.
- 12 Mart. San Benito Biscop, obispo, y san Martín.
- 13 Miérc. San Gumersindo y san Siervo de Dios.
- 14 Juev. San Hilario y san Félix de Nola.
- 15 Vier. San Pablo, ermitaño, y san Mauro, abad.
- 16 Sáb. San Marcelo, papa y mr.
- 17 Dom. El Dulcísimo Nombre de Jesús y San Antonio, abad.
- ☉ *Luna llena*, 8 y 2 m. noche, en Cáncer.
- 18 Lun. La Catedral de San Pedro en Roma.
- 19 Mart. San Canuto, rey, san Mario y Sta. Marta.
- 20 Miérc. San Fabián, papa, y san Sebastián, mr.
- 21 Juev. San Fructuoso y san Augurio.
- 22 Vier. San Vicente, diac., y san Anastasio, mr.
- 23 Sáb. *Fiesta*. SAN ILDEFONSO, arzob. de Toledo.
- 24 Dom. Nuestra Señora de la Paz.
- ☾ *Cuarto menguante*, 7 y 51 m. noche, en Escorpio.
- 25 Lun. La Conv. de San Pablo y santa Elvira.
- 26 Mart. San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula.
- 27 Miérc. San Juan Crisóstomo y san Julián.
- 28 Juev. San Julián, obispo, y san Valero.
- 29 Vier. San Francisco de Sales, ob. y doctor, y san Valero.
- 30 Sáb. San Lesmes, abad, patrón de Burgos.
- 31 Dom. San Pedro Nolasco y santa Marcela.

MATUTE

FEBRERO.

- ☾ *Luna nueva*, 7 y 58 m. noche, en Acuario.
- 1 Lun. San Ignacio y san Cecilio, obispos.
- 2 Mart. *Fiesta*. LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA (vulgo *La Candelaria*).
- 3 Miérc. San Blas, obispo.
- 4 Juev. San Andrés Corsino, obispo y mártir.
- 5 Vier. Santa Agueda y san Pedro Bautista.
- 6 Sáb. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo.
- 7 Dom. San Romualdo, fundador, y san Ricardo.
- 8 Lun. San Juan de Mata, fundador.
- ☽ *Cuarto creciente*, 7 y 10 m. noche, en Tauro.
- 9 Mart. Santa Apolonia, virgen y mr.
- 10 Miérc. Santa Escolástica y san Guillermo.
- 11 Juev. San Saturnino, presb., y compañeros mártires.
- 12 Vier. Santa Eulalia de Barcelona, virg. y mr.
- 13 Sáb. San Benigno y santa Catalina de Rizzis.
- 14 Dom. *de Septuagésima*. San Valentín.—*Anima*.
- 15 Lun. San Faustino y santa Jovita, mrs.
- 16 Mart. San Julián y 5.000 comps., mrs.
- ☉ *Luna llena*, 9 y 56 m. mañana, en Leo.
- 17 Miérc. San Julián de Capadocia, mr.
- 18 Juev. San Eladio, san Simeón y san Teotonio.
- 19 Vier. San Gabino y san Alvaro de Córdoba.
- 20 Sáb. San León y san Eleuterio, obispos.
- 21 Dom. *de Sexagésima*. San Félix y san Maximiano.
- 22 Lun. La Catedral de San Pedro en Antioquia, y san Pascasio, obispo.
- 23 Mart. San Pedro Damiano, ob., y santa Marta.
- ☾ *Cuarto menguante*, 3 y 29 m. mañana, en Sagitario.
- 24 Miérc. San Matias, apóstol.
- 25 Juev. Santa Primitiva, mártir.
- 26 Vier. San Modesto, obispo.
- 27 Sáb. San Alejandro, confesor.
- 28 Dom. *de Quincuagésima*. San Baldomero, confesor, y san Román, abad.



L. Comba

MARZO.

- 1 Lun. El santo Angel de la Guarda.
 2 Mart. San Lucio, ob.—*Cierranse las velaciones.*
 ☉ *Luna nueva*, 11 y 41 m. mañana, en *Piscis*.
 3 Miérc. *de Ceniza*. Santos Emeterio y Celedonio, mártires.—*Principia el ayuno de Cuaresma.*
 4 Juev. San Casimiro y san Lucio, papa.
 5 Vier. San Eusebio y compañeros, mrs.
 6 Sáb. San Victor y san Victoriano, mrs.
 7 Dom. *I de Cuaresma*. Santo Tomás de Aquino.
 8 Lun. San Juan de Dios, fund., y san Julián.
 9 Mart. Santa Francisca y san Paciano.—*Anima.*
 10 Miérc. San Melitón y comps. mrs.—*Témpora.*
 ☽ *Cuarto creciente*, 3 y 13 m. tarde, en *Géminis*.
 11 Juev. San Eulogio, y san Vicente, abad.
 12 Vier. San Gregorio Magno, papa.—*Témpora.*
 13 Sáb. San Leandro.—*Témpora.*—*Ordenes*
 14 Dom. *II de Cuaresma*. Santa Matilde, reina.
 15 Lun. San Raimundo, fundador, y san Sisebuto.
 16 Mart. San Julián de Anazarbo, mr.
 17 Miérc. San Patricio, ob. y conf.
 ● *Luna llena*, 9 y 13 m. noche, en *Virgo*.
 18 Juev. San Gabriel, arcángel.
 19 Vier. *Fiesta*. SAN JOSÉ, esposo de Ntra. Señora.
 20 Sáb. San Niceto y santa Eufemis, mr.—*Anima.*
 21 Dom. *III de Cuaresma*. San Benito, fund.—*Anima.*
 22 Lun. San Deogracias y S. Bienvenido, obispos.
 23 Mart. San Victoriano y el beato José Oriol.
 24 Miérc. San Agapito, ob. y mr.
 ☾ *Cuarto menguante*, 11 y 45 m. mañ., en *Capriornio*.
 25 Juev. *Fiesta*. LA ANUNCIACIÓN DE NTRA. SEÑORA Y ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS.
 26 Vier. San Braulio, obispo de Zaragoza.
 27 Sáb. San Ruperto, obispo.
 28 Dom. *IV de Cuaresma*. San Sixto III.—*Anima.*
 29 Lun. San Eustasio, abad.
 30 Mart. San Juan Clímaco, abad.
 31 Miérc. Santa Balbina y san Amós, profeta.



ABRIL.

- 1 Juev. San Venancio, ob.
 ☉ *Luna nueva*, 4 y 9 m. mañana, en *Aries*.
 2 Vier. San Francisco de Paula, fundador.
 3 Sáb. San Pancracio y san Ulpiano.—*Ordenes*.
 4 Dom. *de Pasión*. San Isidoro, arz. de Sevilla.
 5 Lun. San Vicente Ferrer, pat. de Valencia.
 6 Mart. San Celestino, papa y mr.
 7 Miérc. San Epifanio, ob. y san Ciriaco, mr.
 8 Juev. San Dionisio, obispo.
 9 Vier. Los Dolores de Ntra. Señora.—*Anima.*
 ☽ *Cuarto creciente*, 8 y 12 m. mañana, en *Cáncer*.
 10 Sáb. San Daniel y san Ezequiel.—*Anima.*
 11 Dom. *de Ramos*. San León Magno, papa y doct.
 12 Lun. *Santos*. San Victor y san Zenón.
 13 Mart. *Santo*. San Hermenegildo, rey de Sevilla.
 14 Miérc. *Santo*. (Abstinencia de carne.) San Tiburcio.
 15 Juev. *Santos*. (Abstinencia de carne.) Santas Basilia y Anastasia, mrs.
 16 Vier. *Santo*. (Abstinencia de carne.) Sta. Engracia.
 ● *Luna llena*, 6 y 11 m. mañana, en *Libra*.
 17 Sáb. *Santo*. (Abstinencia de carne.) San Aniceto y la bta. María Ana de Jesús.—*Ordenes*.
 18 Dom. DE RESURRECCIÓN. San Eleuterio, ob.
 19 Lun. San Vicente de Colibre, mr.
 20 Mart. Santa Inés de Monte-Pulciano, virgen.
 21 Miér. San Anselmo, obispo y doctor.—*Anima.*
 22 Juev. San Sotero y san Cayo, papas y mrs.
 ☾ *Cuarto menguante*, 9 y 33 m. noche, en *Auario*.
 23 Vier. San Jorge, mr.
 24 Sáb. San Fidel de Sigmaringa y san Gregorio.
 25 Dom. *de Cuasimodo ó in albis*. San Marcos, evangelista.—*Letanias mayores*.
 26 Lun. San Cleto y san Marcelino, papas.—*Abrense las velaciones.*
 27 Mart. San Anastasio, papa y mártir.
 28 Miérc. San Prudencio y san Pablo de la Cruz.
 29 Juev. San Pedro de Verona y san Roberto.
 30 Vier. Santa Catalina de Sena.

MATUTE



MAYO.

- ☾ *Luna nueva*, 8 y 32 m. noche, en *Tauro*.
 1 Sáb. San Felipe y Santiago el Menor, apóst.
 2 Dom. San Atanasio y la bta. Mafalda, reina.
 3 Lun. La Invención de la Santa Cruz.
 4 Mart. Santa Mónica, madre de san Agustín.
 5 Miérc. San Pio V, papa, san Sacerdote, ob.
 6 Juev. San Juan Ante-Portam-Latinam.
 7 Vier. San Estanislao, ob. y mr.
 8 Sáb. La Aparición del arcángel san Miguel.
- ☾ *Cuarto creciente*, 9 y 22 m. noche, en *Leo*.
 9 Dom. El Patrocinio de san José.
 10 Lun. San Antonino, arz. de Florencia.
 11 Mart. San Mamerto y san Anastasio, mr.
 12 Miérc. Sto. Domingo de la Calzada.
 13 Juev. San Pedro Regalado, pat. de Valladolid.
 14 Vier. San Bonifacio, mr.
 15 Sáb. *Fiesta*. SAN ISIDRO LABRADOR, patrón de Madrid.
- ☼ *Luna llena*, 1 y 40 m. tarde, en *Escorpio*.
 16 Dom. San Juan Nepomuceno y san Ubaldó.
 17 Lun. San Pascual Bailón, conf.
 18 Mart. San Venancio y san Félix de Cantalicio.
 19 Miérc. San Pedro Celestino, papa.
 20 Juev. San Bernardino de Sena, conf.
 21 Vier. Santa María de Cervellón ó de Socors.
 22 Sáb. Sta. Quiteria, Sta. Julia y san Atón.
- ☾ *Cuarto menguante*, 9 y 20 m. mañana, en *Piscis*.
 23 Dom. La Aparición del apóstol Santiago.
 24 Lun. San Robustiano.—*Letanias*.
 25 Mart. San Gregorio VII, papa.—*Letanias*.
 26 Miérc. San Felipe Neri, confesor.—*Letanias*.
 27 Juev. *Fiesta*. LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR.
 28 Vier. San Justo, ob. de Urgel.
 29 Sáb. San Maximino, ob., y san Restituto, mr.
 30 Dom. San Fernando, rey de España.
- ☾ *Luna nueva*, 2 y 41 m. madrugada, en *Cáncer*.
 31 Lun. Ntra. Sra. Reina de Todos los Santos.



JUNIO.

- 1 Mart. San Segundo, ob. y mr., y san Íñigo.
 2 Miérc. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo.
 3 Juev. San Isaac, mr., y el beato Juan Grande.
 4 Vier. San Francisco Caracciolo, fundador.
 5 Sáb. San Bonifacio, ob. y mr.—*Ayuno con abstinencia de carne*.
 6 Dom. *de Pentecostés*. San Norberto, arzobispo.
 7 Lun. San Pedro y comps. mrs.
- ☾ *Cuarto creciente*, 6 y 48 m. mañana, en *Virgo*.
 8 Mart. San Salustiano, conf., y san Eutropio.
 9 Miérc. San Primo y san Feliciano.—*Ayuno*.
 10 Juev. Santa Margarita y san Crispulo.—*Anima*.
 11 Vier. San Bernabé, apóstol.—*Témpora*.—*Ayuno*.
 12 Sáb. San Juan de Sahagún y san Onofre.—*Témpora*.—*Ayuno*.—*Ordenes*.—*Anima*.
- 13 Dom. La Sma. Trinidad y S. Antonio de Padua.
- ☼ *Luna llena*, 8 y 47 m. noche, en *Sagitario*.
 14 Lun. San Basilio, ob. y doct., y san Eliseo.
 15 Mart. San Vito, san Modesto y Sta. Crescencia.
 16 Miérc. San Juan Francisco Regis.
 17 Juev. *Fiesta*. SANCTISSIMUM CORPUS CHRISTI.
 18 Vier. Stos. Marco y Marceliano, y san Ciriaco.
 19 Sáb. Santa Juliana de Falconeri, virgen.
 20 Dom. San Silverio y santa Florentina.
- ☾ *Cuarto menguante*, 11 y 9 m. noche, en *Aries*.
 21 Lun. San Luis Gonzaga y san Raimundo.
 22 Mart. San Paulino, obispo, y san Acacio.
 23 Miérc. San Juan, presb. y mr.
 24 Juev. La Natividad de san Juan Bautista.
 25 Vier. El Sacratísimo Corazón de Jesús.
 26 Sáb. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mrs.
 27 Dom. El Purísimo Corazón de María.
 28 Lun. San León II, papa, y san Argimiro, mr.
Ayuno con abstinencia de carne.
- 29 Mart. *Fiesta*. SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóst.
 ☾ *Luna nueva*, 2 y 41 m. madrugada, en *Cáncer*.
 30 Miérc. La Conmemoración del apóstol san Pablo y san Marcial.



MATUTE



AGOSTO.

- 1 Dom. San Pedro Advíncula y san Félix.
- 2 Lun. Ntra. Sra. de los Angeles y san Alfonso M. de Ligorio.—*Jubileo de la Porciúncula.*
- 3 Mart. La Invencción del cuerpo de S. Esteban.
- 4 Miérc. Santo Domingo de Guzmán, fundador.
- ☾ *Cuarto creciente, 6 y 10 m. tarde, en Escorpio.*
- 5 Juev. Ntra. Sra. de las Nieves y san Abelardo.
- 6 Vier. La Transfiguración del Señor.
- 7 Sáb. San Cayetano y san Alberto de Sicilia.
- 8 Dom. Santos Ciriaco, Largo y Esmaragdo.
- 9 Lun. San Román, mr.
- 10 Mart. San Lorenzo y santa Filomena, virg.
- 11 Miérc. San Tiburcio y santa Susana.
- ☽ *Luna llena, 2 y 8 m. tarde, en Acuario.*
- 12 Juev. Santa Clara de Asís, virg. y fundadora.
- 13 Vier. San Hipólito y santa Elena.
- 14 Sáb. San Eusebio y san Pablo, mártir.—*Ayuno con abstinencia de carne.*
- 15 Dom. LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA.
- 16 Lun. Santos Roque y Jacinto.
- 17 Mart. San Pablo y santa Juliana, hermanos.
- 18 Miérc. San Agapito y santa Elena, emperatriz.
- 19 Juev. San Luis, ob., y el bto. Pedro de Zúñiga.
- ☾ *Cuarto menguan'e, 8 y 15 m. mañana, en Tauro.*
- 20 Vier. San Bernardo, abad y doctor.
- 21 Sáb. Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, fundadora, y san Fabriciano.
- 22 Dom. San Joaquín, padre de Ntra. Sra.
- 23 Lun. San Felipe Benicio, conf., y san Cristóbal.
- 24 Mart. San Bartolomé, apóstol.
- 25 Miérc. San Luis, rey de Francia.
- 26 Juev. San Zeferino, papa, y san Víctor.
- 27 Vier. San José de Calasanz, fund., y san Rufo.
- ☽ *Luna nueva, 3 y 14 m. mañana, en Virgo.*
- 28 Sáb. San Agustín, ob. y doc., y san Hermes.
- 29 Dom. Ntra. Sra. de la Consolación y Correa.
- 30 Lun. Santa Rosa de Lima, virgen, y san Félix.
- 31 Mart. San Ramón Nonnato.

JULIO.

- 1 Juev. Santos Casto y Secundino, mrs.
- 2 Vier. La Visitación de Nuestra Señora.
- 3 Sáb. San Trifón y compañeros, mrs.
- 4 Dom. La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.
- 5 Lun. Santos Cirilo y Metodio, obispos.
- 6 Mart. Santa Lucía, mr.
- ☾ *Cuarto creciente, 1 y 17 m. tarde, en Libra.*
- 7 Miérc. San Fermín, ob. y mr., y san Odón.
- 8 Juev. Santa Isabel, reina de Portugal.
- 9 Vier. San Cirilo, ob. y mr.
- 10 Sáb. Los santos siete hermanos, mrs.
- 11 Dom. San Pío I, papa y mr., y san Abundio.
- 12 Lun. San Juan Gualberto, abad.
- 13 Mart. San Anacleto, papa y mr.
- ☽ *Luna llena, 4 y 33 m. mañana, en Capricornio.*
- 14 Miérc. San Buenaventura, obispo y doctor.
- 15 Juev. San Camilo de Lelis y san Enrique.
- 16 Vier. Ntra. Sra. del Carmen y san Sisenando.
- 17 Sáb. San Alejo, conf.
- 18 Dom. Santa Sinforosa y san Federico, ob.
- 19 Lun. San Vicente de Paúl, fundador.
- 20 Mart. San Elías y san Jerónimo Emiliano.
- ☾ *Cuarto menguante, 2 y 54 m. tarde, en Aries.*
- 21 Miérc. Santa Práxedes, virgen.
- 22 Juev. Santa María Magdalena, penitente.
- 23 Vier. San Apolinar, ob. y mr., y san Liborio.
- 24 Sáb. Santa Cristina, virgen y mr.—*Ayuno.*
- 25 Dom. SANTIAGO APÓSTOL, patrón de España.
- 26 Lun. Santa Ana, madre de Nuestra Señora.
- 27 Mart. San Pantaleón y san Cucufate.
- 28 Miérc. Santos Nazario, Celso y Víctor.
- ☽ *Luna nueva, 3 y 43 m. tarde, en Leo.*
- 29 Juev. Santa Marta, virgen, y san Félix II.
- 30 Vier. San Abdón, san Senén y san Teodomiro.
- 31 Sáb. San Ignacio de Loyola, fundador.





SEPTIEMBRE.

- 1 Miérc. San Vicente y san Leto, mrs. de Toledo.
- 2 Juev. San Esteban, rey, y san Antolín.
- ☾ *Cuarto creciente*, 10 y 58 m. noche, en *Sagitario*.
- 3 Vier. San Sandalio y san Ladislao.
- 4 Sáb. Santas Cándida y Rosa de Viterbo.
- 5 Dom. San Lorenzo Justiniano.
- 6 Lun. San Eugenio y compañeros, mrs.
- 7 Mart. Santa Regina, virgen y mártir.
- 8 Miérc. *Fiesta*. LA NATIVIDAD DE NTRA. SEÑORA.
- 9 Juev. San Gorgonio y Sta. María de la Cabeza.
- 10 Vier. San Nicolás de Tolentino y san Pedro.
- ☉ *Luna llena*, 1 y 57 m. madrugada, en *Piscis*.
- 11 Sáb. San Proto y san Jacinto, mrs.
- 12 Dom. El Dulce Nombre de María.
- 13 Lun. San Felipe, mr.
- 14 Mart. La Exaltación de la Santa Cruz.
- 15 Miérc. San Nicomedes, mr.—*Témpora*.—*Ayuno*.
- 16 Juev. Stos. Cornelio y Cipriano.
- 17 Vier. La Impresión de las llagas de san Francisco de Asís.—*Témpora*.—*Ayuno*.
- 18 Sáb. Santo Tomás de Villanueva, arzobispo.—*Témpora*.—*Ayuno*.—*Ordenes*.
- ☾ *Cuarto menguante*, 2 y 36 m. mañana, en *Géminis*.
- 19 Dom. Los Dolores gloriosos de Ntra. Señora.
- 20 Lun. San Eustaquio y san Rogelio.
- 21 Mart. San Mateo, apóstol y evangelista.
- 22 Miérc. San Mauricio y compañeros, mrs.
- 23 Juev. San Lino, papa, y santa Tecla.
- 24 Vier. Ntra. Sra. de las Mercedes.
- 25 Sáb. San Lope y san Formerio.
- ☉ *Luna nueva*, 1 y 32 m. tarde, en *Libra*.
- 26 Dom. San Cipriano y santa Justina.
- 27 Lun. San Cosme y san Damián, hermanos.
- 28 Mart. San Wenceslao, san Adolfo y san Juan.
- 29 Miérc. La Dedicación del arcángel san Miguel.
- 30 Juev. San Jerónimo, doctor, y santa Sofía.

OCTUBRE.

- 1 Vier. El santo Ángel de la Guarda, tutelar de España, y san Remigio, obispo.
- 2 Sáb. Los santos Angeles Custodios.
- ☾ *Cuarto creciente*, 5 y 17 m. mañ., en *Capricornio*.
- 3 Dom. Nuestra Señora del Rosario.
- 4 Lun. San Francisco de Asís, fundador.
- 5 Mart. San Plácido y comps., mrs., san Froilán y san Atilano, obispos.
- 6 Miérc. San Bruno, fundador de los cartujos.
- 7 Juev. San Marcos, papa, y san Sergio.
- 8 Vier. Santa Brígida y san Pedro, mr.
- 9 Sáb. San Dionisio Areopagita y san Rústico.
- ☉ *Luna llena*, 4 y 27 m. tarde, en *Aries*.
- 10 Dom. San Francisco de Borja.
- 11 Lun. San Fermín, ob., y san Nicasio, ob. y mr.
- 12 Mart. Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza.
- 13 Miérc. San Eduardo, rey de Inglaterra.
- 14 Juev. San Calixto, papa y mr.
- 15 Vier. Santa Teresa de Jesús, fundadora.
- 16 Sáb. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.
- 17 Dom. Santa Eduvigis.
- ☾ *Cuarto menguante*, 8 y 54 m. noche, en *Cáncer*.
- 18 Lun. San Lucas, evangelista.
- 19 Mart. San Pedro de Alcántara, confesor.
- 20 Miérc. San Juan Cancio, y santa Irene, virgen.
- 21 Juev. San Hilarión y santa Ursula.
- 22 Vier. Santa Salomé, viuda, y santa Nunilo.
- 23 Sáb. San Pedro Pascual y san Juan Capistrano.
- 24 Dom. San Rafael, arcángel.
- ☉ *Luna nueva*, 11 y 13 m. noche, en *Escorpio*.
- 25 Lun. San Crisanto y santa Daría.
- 26 Mart. San Evaristo, papa y mr.
- 27 Miérc. San Vicente, santas Sabina y Cristeta.
- 28 Juev. San Simón y san Judas Tadeo, apóstolos.
- 29 Vier. San Narciso, obispo.
- 30 Sáb. Santos Claudio y Lupercio.—*Ayuno*.
- 31 Dom. San Quintín, mr., y la Conmemoración de la batalla del Salado.



NOVIEMBRE.

☾ Cuarto creciente, 2 y 22 m. tarde, en Acuario.

- 1 Lun. *Fiesta.* LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.
- 2 Mart. La Conmemoración de los Difuntos.
- 3 Miérc. Los Innumerables mrs. de Zaragoza.
- 4 Juev. San Carlos Borromeo y san Vidal.
- 5 Vier. San Zacarías y santa Isabel.
- 6 Sáb. San Severo, ob. y mr., y san Leonardo.
- 7 Dom. San Florencio, ob., y san Ernesto, abad.
- 8 Lun. Stos. Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos mártires.

☉ Luna llena, 9 y 35 m. mañana, en Tauro.

- 9 Mart. San Teodoro.
- 10 Miérc. San Andrés Avelino.
- 11 Juev. San Martín, ob., y san Mena, mr.
- 12 Vier. San Martín, papa, y san Diego de Alcalá.
- 13 Sáb. San Eugenio III, arzobispo de Toledo.
- 14 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora.
- 15 Lun. San Leopoldo, confesor.
- 16 Mart. San Eugenio I, arz. de Toledo.

☾ Cuarto menguante, 1 y 47 m. tarde, en Leo.

- 17 Miérc. San Gregorio Taumaturgo. ob.
- 18 Juev. San Pablo, san Máximo y san Román.
- 19 Vier. Santa Isabel, reina de Hungría.
- 20 Sáb. San Félix de Valois.
- 21 Dom. La Presentación de Nuestra Señora.
- 22 Lun. Santa Cecilia, virgen y mr.
- 23 Mart. San Clemente, y santa Felicitas.

☉ Luna nueva, 9 y 5 m. mañana, en Sagitario.

- 24 Miérc. San Juan de la Cruz y san Crisógono.
- 25 Juev. Santa Catalina, virgen y mr.
- 26 Vier. San Pedro Alejandrino, ob y mr.
- 27 Sáb. San Facundo.—*Cierranse las velaciones.*
- 28 Dom. *I de Adviento.* San Gregorio III, papa.
- 29 Lun. San Saturnino, ob. y mr.
- 30 Mart. San Andrés, apóstol.

DICIEMBRE.

☾ Cuarto creciente, 3 mañana, en Piscis.

- 1 Miérc. Santa Natalia, viuda.
- 2 Juev. Santa Bibiana y san Pedro Crisólogo.
- 3 Vier. San Francisco Javier y san Claudio.
- 4 Sáb. Santa Bárbara, virgen y mr.—*Ayuno.*
- 5 Dom. *II de Adviento.* San Sabas, abad.
- 6 Lun. San Nicolás de Bari, arzobispo de Mira.
- 7 Mart. San Ambrosio, obispo y doctor.
- 8 Miérc. *Fiesta.* LA CONCEPCIÓN DE NTRA. SRA.

☉ Luna llena, 4 y 40 m. mañana, en Géminis.

- 9 Juev. Santa Leocadia, virgen y mr.
- 10 Vier. San Melquiades, papa.—*Ayuno.*
- 11 Sáb. San Dámaso, papa.—*Ayuno.*
- 12 Dom. *III de Adviento.* Ntra. Sra. de Guadalupe.
- 13 Lun. Santa Lucía, virgen y mr.
- 14 Mart. San Nicasio y san Espiridión.
- 15 Miérc. San Eusebio, obispo.—*Témpora.—Ayuno.*
- 16 Juev. San Valentín y compañeros, mrs.

☾ Cuarto menguante, 4 y 7 m. mañana, en Virgo.

- 17 Vier. San Lázaro.—*Témpora.—Ayuno.*
- 18 Sáb. Nuestra Señora de la O.—*Témpora.—Ayuno.*

Ordenes.

- 19 Dom. *IV de Adviento.* San Nemesio, mr.
- 20 Lun. Santo Domingo de Silos, abad.
- 21 Mart. Santo Tomás, apóstol.
- 22 Miérc. San Demetrio y compañeros, mrs.

☉ Luna nueva, 7 y 40 m. noche, en Capricornio.

- 23 Juev. Santa Victoria, virgen y mr.
- 24 Vier. S. Gregorio.—*Ayuno con abstinencia de carne.*
- 25 Sáb. *Fiesta.* LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO y santa Anastasia.

- 26 Dom. San Esteban, protomártir.
- 27 Lun. San Juan, apóstol y evangelista.
- 28 Mart. Los santos Inocentes, mrs.
- 29 Miérc. Santo Tomás Cantuariense, ob. y mr.

☾ Cuarto creciente, 7 y 12 m. noche, en Aries.

- 30 Juev. La Translación del cuerpo de Santiago.
- 31 Vier. San Silvestre, papa, y santa Melania.

MATE





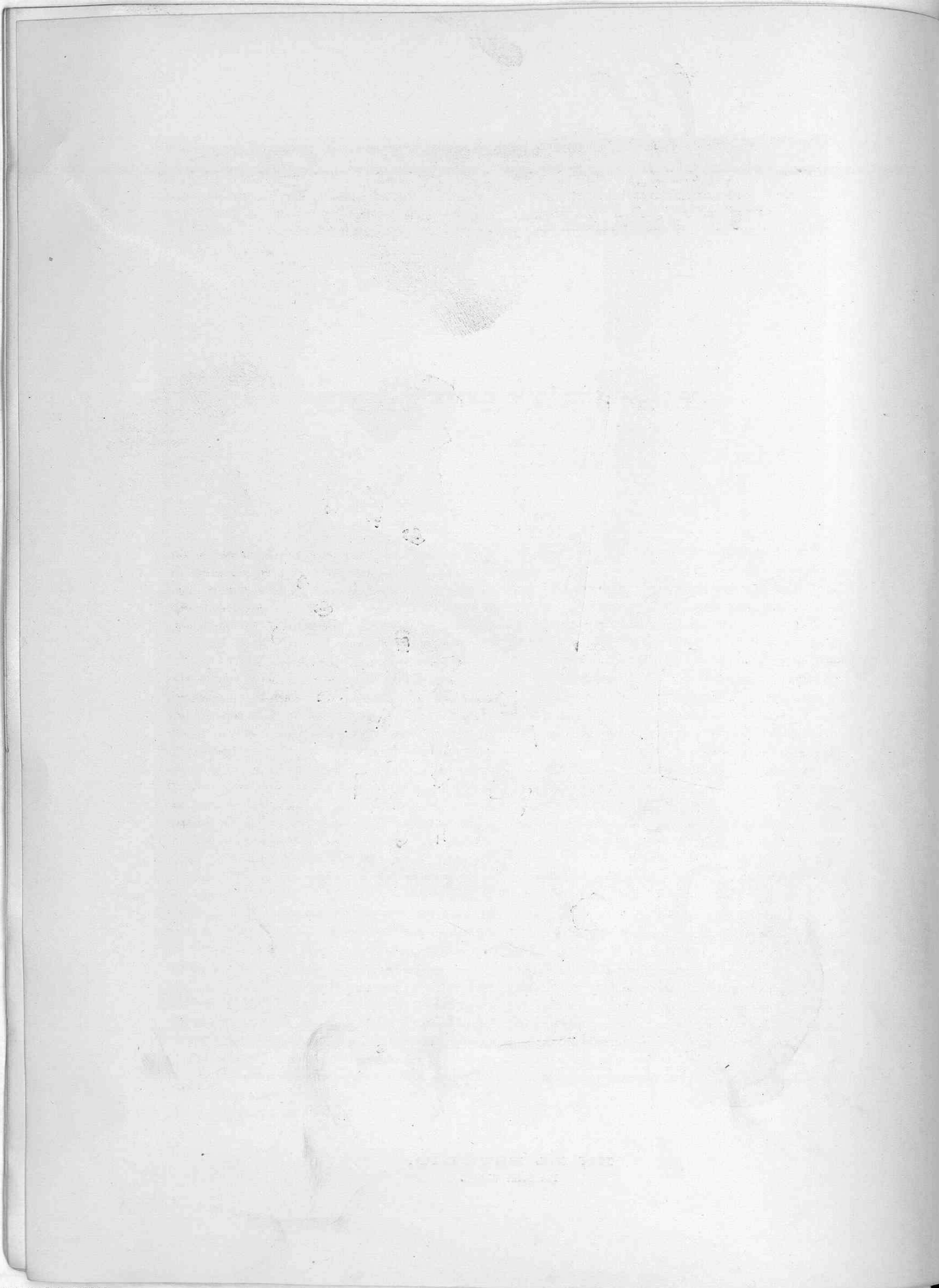
RETRATO DE LA FAMOSA LIBRERA DE LA CALLE DE CARRETAS.
Cuadro de Goya.





EN EL ESTUDIO.
Por Oscar Wilson.







ESCRÚPULOS.



BUENOS están contigo los de Posendo. ¿Qué les has hecho?

—Nada—repuse mintiendo tímidamente por esquivar explicaciones.

—Algún motivo tendrán: erais tan amigos, y ahora ¡hablan de un modo! dicen que te has portado indignamente.

—Mucho asegurar es.

—Luego..... ¿algo hay?

—No pude remediarlo.

—Hablan de una grosería tremenda, pero no dicen en qué consistió.

—No, de fijo no lo cuentan. Puede que me falte razón; pero, ya te lo he dicho, no lo pude remediar.

Y, por temor á que la imaginación de mi amigo volase en perjuicio mío, le referí lo sucedido:

—Nos tratábamos con verdadera confianza, viéndonos casi á diario; yo solía comer en su casa; Tomás almorzó algunas veces en la mía; hasta Laura vino una mañana con él para que le enseñase mis cuadros y mis porcelanas antiguas. Teníamos juntos las butacas en los conciertos; no me dejaron renovar mi abono de los toros para llevarme á su palco; en cuanto dejaba de ir á verles dos días seguidos, venía Tomás ó me escribía ella; en fin, vivíamos en la más agradable intimidad; porque, eso sí, no los hay más cariñosos ni más simpáticos. No te rías: Laura es encantadora,

pero nunca se me ha pasado por la cabeza eso que sospechas; quizá sea la única mujer con quien he saboreado el placer de la amistad, verdadera, limpia de toda malicia, fundada en cierta identidad de ideas y hasta de sentimientos. Si buen concepto tenía de él, mejor de ella.

—Entonces..... ¿qué les has hecho?

—Ten calma, hombre. La mujer es bonita, elegante, discreta, honrada; el marido un caballero á carta cabal. Y muy ricos: ya sabes que no hay en Madrid casa puesta con más gusto, ni pareja que tan bien emplee lo que le ha deparado la suerte. Por supuesto, nada delata en ellos al poderoso improvisado, al advenedizo; hacen con la mayor naturalidad, sin darles importancia, los mayores gastos. Están acostumbrados á manejar el dinero sin tomarle cariño, á desprenderse de él sin pena, mirándolo casi con desprecio, como quien siempre le ha tenido, le tiene y le tendrá seguro. Por cierto que ésta es una de las cosas que les hace más simpáticos: no sólo saben desplegar su riqueza sin herir ni mortificar al prójimo, sino que además disfrutan del bienestar, gozan de las comodidades, despliegan el lujo como si nunca pudiera faltarles lo que tienen; así que en sus satisfacciones, en sus placeres, hay una calma, una serenidad imperturbables; se conoce que pueden gastar, y gastan sin que la más leve sombra empañe su pensamiento, con la conciencia segura de que jamás han causado á sus semejantes el menor

perjuicio, con la angusta tranquilidad que infunde al alma la certidumbre de no haber hecho nunca mal á nadie. En una palabra, ricos de esos por quienes no parece la fortuna ciega, ni loca..... y vamos al hecho.

La cosa data del verano pasado. Nos encontramos en París la víspera de venirme. Retrasé la vuelta y estuvimos tres días juntos. Luego se empeñaron en llevarme á pasar dos semanas en su finca

sobre la carretera, desde la cual se sube primero por un caminito que forma recodo y luego por una escalinata. En el jardín hay multitud de recuadros trazados con boj y con mirto, estatuillas, arbustos recortados y pequeños estanques, unos con surtidores en que el agua sube lanzada violentamente en chorros para caer deshecha en gotas, y otros de superficie inmóvil, donde se reflejan las flores crecidas en sus bordes. Desde la



de Sombrales, donde suelen permanecer hasta fin de otoño: yo había dicho que no me corría prisa volver, saben lo que me gusta el campo..... acepté. Hicimos juntos el viaje, llegamos á Sombrales y tomé posesión del que había de ser mi cuarto.

La casa, que es magnífica, tiene á la izquierda un bosque, á la derecha un huerto, delante un espacioso trecho limitado por un muro de contención y convertido en jardín á modo de pensil

balaustrada de piedra que se alza sobre el muro de contención se abarca mucho campo; se distingue el curso tortuoso del río, que á ciertas horas, herido por el sol, parece una ancha cinta de metal en fusión; y como la llanura está mucho más baja que el jardín, se ve casi á vista de pájaro un dilatado mar de verdura, compuesto por los plantíos y las copas de los árboles, entre los cuales se abre el caminito que, formando recodo, sube

desde la carretera hasta la escalinata de entrada. Pocos sitios tan deliciosos como aquél he visto en mis viajes.

Después de almorzar, allí nos servían el café; charlábamos un rato; Laura, temerosa del calor, era la primera en meterse en casa; luego se iba Tomás á dormir la siesta, y yo me quedaba leyendo, fumando, soñando despierto, ó embobado en la contemplación de la campiña, sin acertar cuándo me gustaba más, si bañada del sol á esas horas en que parece que el calor hace palpitarse el aire á ras de tierra, ó envuelta entre la neblina gris que al anochecer se desprendía del río.

Una tarde, marido y mujer se fueron temprano á la ciudad á hacer visitas, y yo me quedé en el jardín, sentado con un libro junto á la ba-

mente vestidos que inspiraban lástima. Por la voz conocí que ella era joven; no pude ver si bonita, porque estaba de espaldas. En cambio me enteré de algo de lo que dijo. Sus palabras y las del jardinero me sorprendieron sobremanera; pero lo que más excitó mi curiosidad fué que, á pesar de ir tan mal vestida, aquel hombre le decía «señorita», y ella le tuteaba. El diálogo fué muy breve. La mujer quería ver á Tomás ó á Laura, rogando y suplicando que la dejaran entrar, y el jardinero le cerraba el paso con respetuosas y corteses palabras, mientras los dos niños tiraban de ella hacia la escalera, intentando subir como si ya conociesen aquel sitio.

—Hágase usted cargo, señorita..... no están..... pero aunque estuvieran..... ¿qué adelanta usted con que me regañen ó me despidan?



laustrada, casualmente en un sitio desde donde se dominaba la cuestecita que, arrancando desde la carretera y formando recodo, terminaba en la escalinata.

Más de una hora habría transcurrido desde que se fueron: yo, á ratos leía, á ratos miraba al campo, cuando noté que por bajo de mí, en el ingreso de la escalinata, había gente hablando. Miré y vi un grupo compuesto por el jardinero de la casa y una mujer que llevaba de las manos á dos niños de diez ú once años, los tres tan pobre-

La joven preguntó:

—¿Y ella tampoco querría recibirme?

—Ha salido, y sería inútil. Lo que es aquí nunca logrará usted hablarles.

—Entonces—dijo la mujer con acento de súplica,—ya que no hay nadie, deje usted pasar un momento á los niños, que quieren ver el jardín..... su jardín.

Antes de que el hombre consintiera en lo que le pedían, los dos chicos, desprendiéndose de la mujer, echaron á correr escalera arriba, y apare-



cieron en el jardín, á pocos pasos de mí. Ella permaneció abajo. Los chicos al verme se quedaron parados: luego fueron adelantando tímidamente; anduvieron por entre los recuadros de flores, despacio, fijándose al parecer en cosas de que yo no podía darme cuenta, como si notasen que allí se habían hecho variaciones y arreglos; miraron varias veces hacia la casa, y, por último, el mayorcito, deteniéndose ante uno de los estanques, dijo: «Ya no hay peces.» El menor, parándose ante un banco de piedra, al cual daba sombra un corpulento tilo, pronunció estas palabras: «El banco de papá.» Indudablemente los niños conocían cuanto les rodeaba.

No es posible expresar la impresión que me causaron. Sus figuras delicadas, elegantes, contrastaban con la humildad de sus trajes.... ¡y tenían un modo de mirar tan extraño! Sus rostros no denotaban la sorpresa que causa lo nuevo, sino la alegría que produce lo conocido; pero una alegría reprimida, como acobardada: y apenas hablaron, cual si ambos estuviesen seguros de que se les ocurrían las mismas cosas. Experimenté una emoción intensa, amarguísima.... Transecurridos seis ú ocho minutos, la mujer les llamó, y acudieron lentamente, obedeciendo á disgusto. En seguida oí que el jardinero decía: «Adiós, señorita.... Dios lo tendrá dispuesto así.» Ella repuso: «No.... Dios no comete maldades.» Me asomé á la balaustrada y vi alejarse á la mujer y á los dos niños, bajando despacio el recodo de la cuestecita, ya cerca de la carretera. Sentí lástima, piedad, ese dolor respetuoso que inspiran las grandes desdichas de la vida.

Ya estaba yo trazando planes é ideando modos de saber quién era aquella desventurada gente, cuando se me presentó el jardinero, sombrero en

mano, á suplicarme que no contase á sus amos la escena que había presenciado, ni mucho menos la entrada de los chicos en el jardín. Aprovechando la ocasión que se me venía á las manos, hablé con aquel hombre, mejor dicho, le hice hablar, y supe.... lo que el corazón me estaba diciendo á gritos: que la quinta de Sombrales, el jardín, el bosque, la casa, las huertas, todo, todo era, había sido, de aquellos tres hermanos. El padre de los muchachos estaba metido en negocios con Tomás: era joven, fuerte, sano al parecer.... en lo que menos pensaba era en morir, y para librar su fortuna de las contingencias de otras especulaciones, había hecho no sé qué escrituras, pactos y contratos con Tomás: una imprudencia, una barbaridad

de esas que, teniendo hijos, no deben hacerse ni por veinticuatro horas. Una mañana le encontraron muerto en la cama. Tomás se quedó con todo, robando, despojando á los huérfanos: hubo pleito, y no pudieron demostrar su derecho: la razón estaba legalmente de parte de Tomás. Han quedado en la miseria. Sombrales no es más que una pequeña parte de lo robado.

Aquella misma noche unos amigos míos de la ciudad me confirmaron

cuanto escuché de labios del jardinero. El pobre hombre se expresaba mal, pero no mintió en nada: aun existían detalles que él ignoraba.

Tal es el origen de la fortuna que yo creía disfrutada, gozada con la conciencia tranquila.

La indignación que se apoderó de mí fué superior á lo imaginable. No quise estar allí un día más. Serían escrúpulos tontos; pero comiendo en aquella mesa, disfrutando el aire de aquel jardín, me parecía hacerme cómplice del despojo.

Entonces.... sí, confieso que lo que hice fué muy duro. A la mañana siguiente me encerré con Tomás: le dije primero lo que sabía, ocul-



tando cómo lo supe, y en seguida me despedí de él.

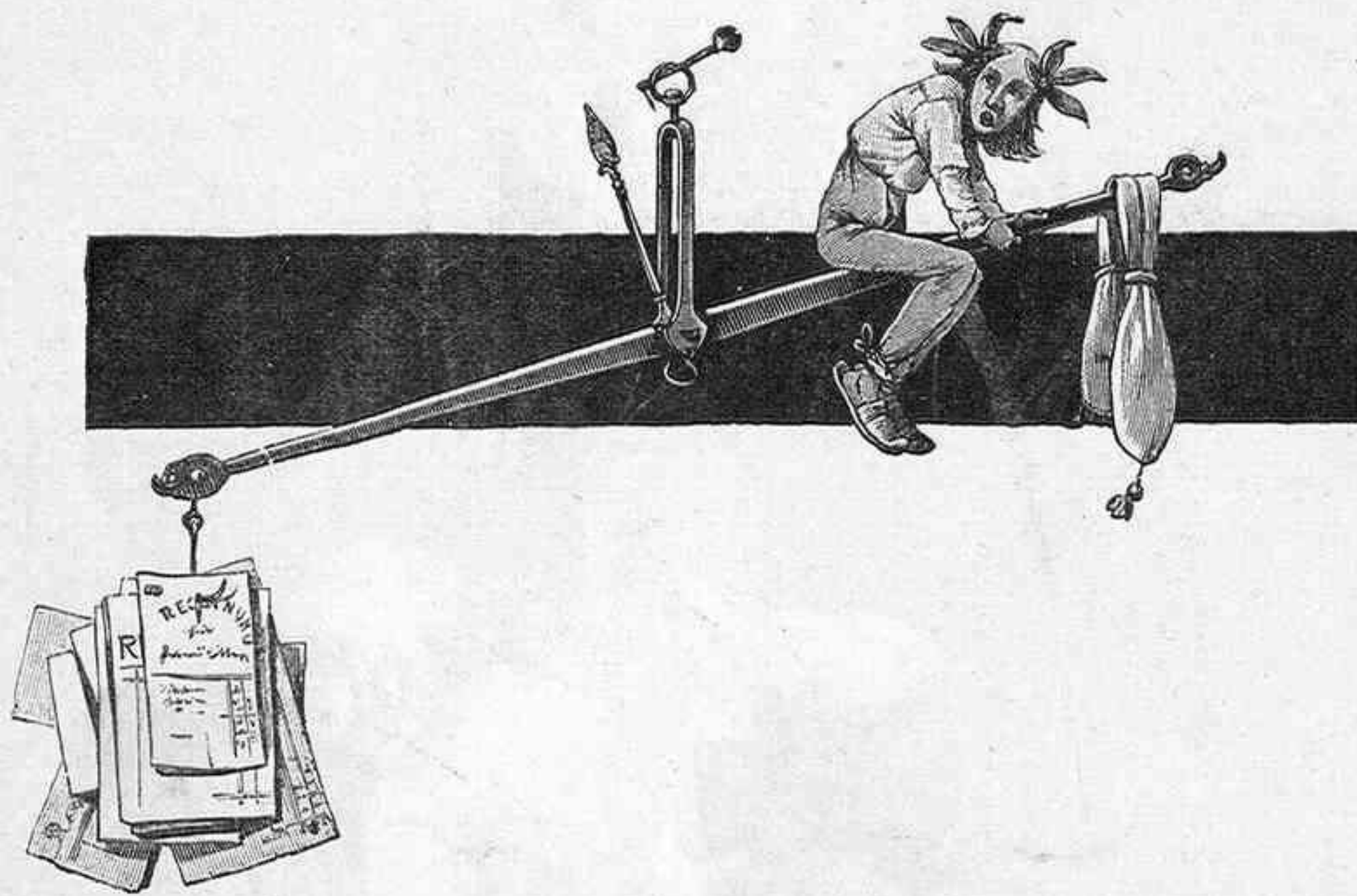
Calló avergonzado: la sorpresa no le dejó aparentar indignación. Hice una tontería, ¿verdad? Pero créeme; si todos los hombres honrados hicieran lo mismo en casos análogos, no serían tan atrevidos los pillos: saludándoles y dándoles la mano conspiramos contra los buenos.

Ahora, cuando algunas veces veo pasar en co-

che á Tomás y su mujer, ó leo las reseñas que los periódicos hacen de sus fiestas y comidas, me acuerdo de la entrada de aquellos niños en aquel jardín que *es* suyo, me parece que oigo sus vocécitas y les veo bajar la escalinata y perderse en el recodo del camino agarrados á la falda de su hermana.

.....

JACINTO OCTAVIO PICÓN.



EL PANAL DE MIEL.

SONETO

Por ancha senda de olorosas flores
Caminaba una tarde yo á su lado,
Mientras en su cabello desatado
Brillaba el sol con regios esplendores.

Luciendo alegres cintas de colores
Una colmena alzabase en el prado,
Á la que arrebaté panal dorado
Que á la diosa ofrecí de mis amores.

Y como mi adorada me pidiera
Con voz de arrulladora melodía
Un madrigal, le hablé de esta manera:

— ¿Qué madrigal mejor, hermosa mía,
Que ese panal dulcísimo? La cera
Es la forma; la miel la poesía.

MANUEL REINA.



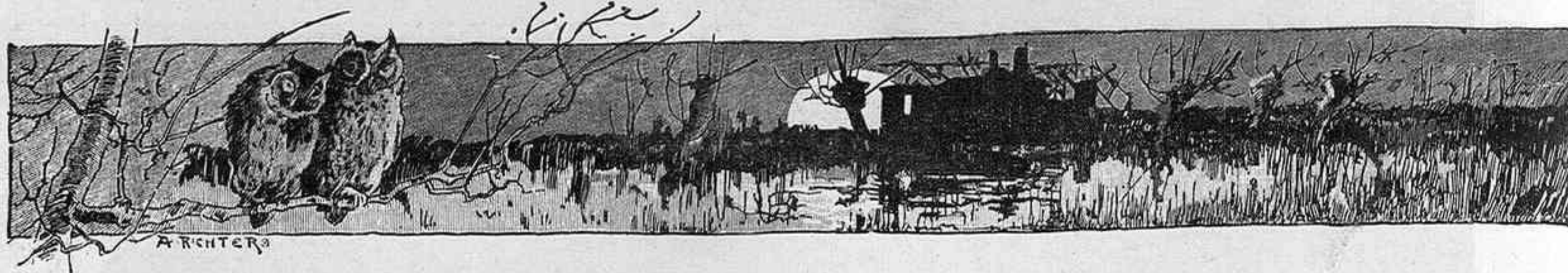
LA CARTA DESEADA.
Cuadro de Enrique Mérida.





LA CARTA DESEADA.
Cuadro de Enrique Mérida.





LAS TIERRAS LLANAS.

Vuela el tren atravesando la monótona llanura
Cuyo suelo resquebraja la aridez canicular,
Donde no hay ni un hilo de agua ni una mata de verdura,
Pero que ábrese á los ojos infinita como el mar.

Como el mar. Este paisaje por los surcos ondulado
Que sin términos ni orillas se dilata en derredor,
Es un mar en inmutable rigidez paralizado,
En el cual no se percibe movimiento ni rumor.

Aun quizá más imponente, porque en calma inexpresiva
Ni sonríe ni amenaza, siempre inmóvil, siempre igual,
Es también el libre espacio, la insondable perspectiva
Que fascina y anonada, tentadora y virginal.

Aquí, igual que ante la inmensa plenitud del Oceano,
El espíritu del hombre retrocede sin querer,
Y su vista no se atreve, confundida por lo arcano,
De la esfinge aterradora la mirada á sostener.

Es la misma soberana, desdeñosa indiferencia
Que parece repetirnos en la vasta soledad:
«¿Qué sé yo de vuestra nada? ¿Qué hace aquí vuestra presencia?
Soy lo eterno, y permanezco; sois lo efímero, pasad.»

¡Cuán solemne la tristeza reposada y majestuosa
De estos campos, que contemplan cara á cara el cielo azul,
Donde en medio de una viva transparencia luminosa
Flota sólo en la distancia la calma como un tul!

Tierras, tierras y más tierras sin relieves ni accidentes;
Un tapiz desenrollado, sin cesar, á nuestros pies,
Una tela ajedrezada de cien tonos diferentes,
Desde el verde de las cepas hasta el áureo de la mies.

Sólo, á veces, de unos olmos medio oculta entre el ramaje,
Se ve el agua de un arroyo mansamente resbalar;
Y ¡qué intensa poesía cobra en medio del paisaje,
Que su vida allí parece toda entera concentrar!

Otra vez es un sendero, que aseméjase al rasguño
Con que un dedo de gigante desgarrara aquel tapiz,
El que cruza la rugosa superficie del terruño,
Dividiéndola á lo largo como roja cicatriz.

Unos de otros muy distantes, y apiñados siempre en torno
Del escueto campanario que remata humilde cruz,
Pasan pardos pueblecillos cuyo mísero contorno
Se recorta en línea oscura sobre un fondo todo luz;

Y detrás de aquellos muros la existencia se adivina
Del labriego castellano, grave, sobria y regular;
Del trabajo al aire libre la epopeya campesina,
La velada silenciosa junto al fuego del hogar.

Calma en todo, que no turban sino el grillo soterrado
Tras el seto, en cuyas ramas se guarece el caracol,
Ó algún grupo de maricas que se cierne, desbandado,
Sobre la ancha carretera, donde á plomo cae el sol.

.....
Una voz. Allá en las eras, dando vueltas en el trillo,
Que abandona de las mulas al impulso maquinal,
Una moza entona un aire de monótono estribillo,
Un canto áspero, arrastrado, soñoliento y gutural.

Aquel canto es la llanura con su austera poesía,
Es el eco de la estepa resonando en su confin;
Sus compases tienen, lentos, la uniforme simetría
De los surcos, que lo escriben en pentágrama sin fin.

No es su rígida cadencia la que en árabe guitarra
Sensual gime con acentos de indolente languidez
En la siesta voluptuosa, bajo el toldo de la parra
Que de un patio granadino presta sombra al ajimez.

No es la música mimosa con arrullos de caricia
Que en las tardes apacibles melancólicos ois
Por las húmedas laderas de los valles de Galicia
Y al chirrido quejumbroso de algún carro del país;

Ni la heróica alegría tan robusta y generosa
Que Aragón presta á los tonos de su canto popular,
Explosión de sentimientos en que indómita rebosa
La fiereza originaria de la sangre almogavar.

Es todo esto confundido, que á los términos distantes
Se dilata sin que un eco lo devuelva en su extensión;
Es un trémolo de notas aceradas y vibrantes
Como el alma de Castilla, que está toda en aquel són.

¡Oh Castilla, tierra madre! ¿Quién no siente la hermosura
De esas vírgenes montañas que no ha hollado humano pie;
Que hasta el cielo se escalonan en disforme arquitectura,
Y en redor de cuyas cumbres sólo al águila se ve?

¿Quién no admira, estremecido por un vértigo sublime,
Desde el borde pedregoso de un picacho desigual,
De qué modo hacia el abismo, con fragor que el pecho oprime,
Precipitase el torrente por el agrio peñascal?

Si, grandioso es el ceñudo panorama de los montes;
Mas á todo yo prefiero tu solemne placidez,
Tus serenas perspectivas, tus abiertos horizontes,
Donde abarcan las miradas el espacio de una vez.

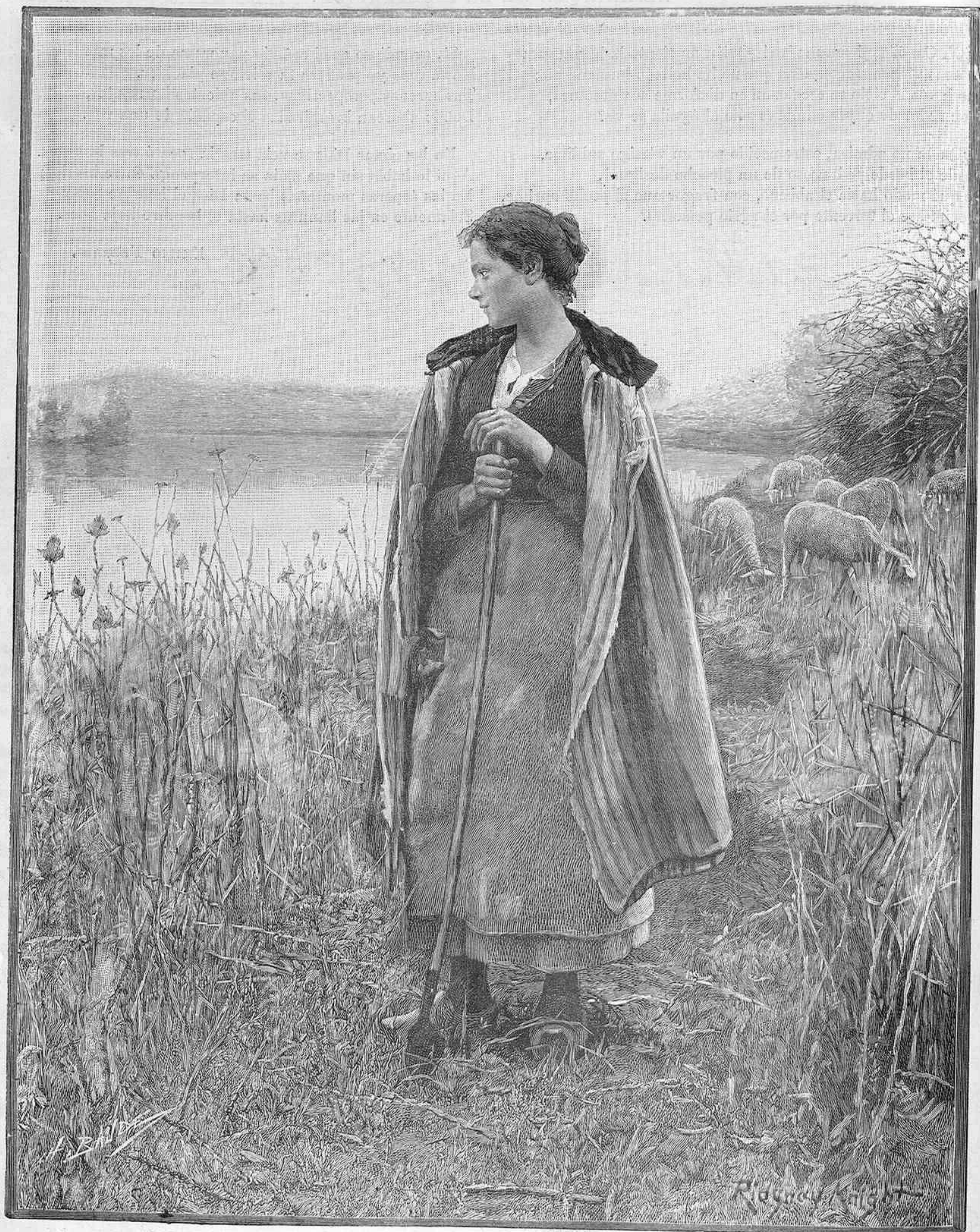
En las cimas Dios se vela tras la roca ó tras la nube;
Aqui le hablo sin que nada se interponga entre los dos;
En las ásperas montañas hasta Dios el hombre sube;
Solamente en las llanuras hasta el hombre baja Dios.

EMILIO FERRARI.



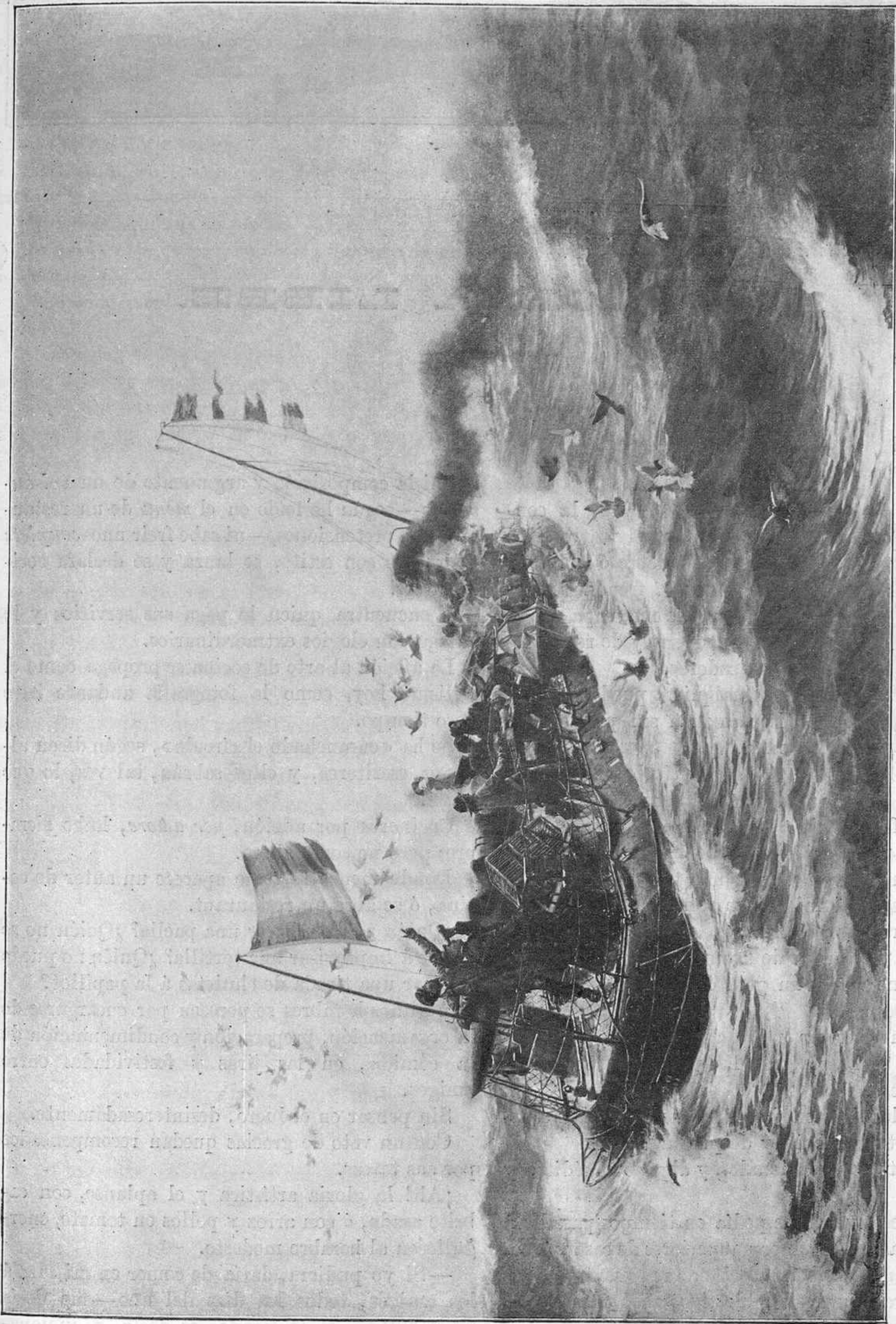
ENTRE ARTISTAS.
Cuadro de Vallet.





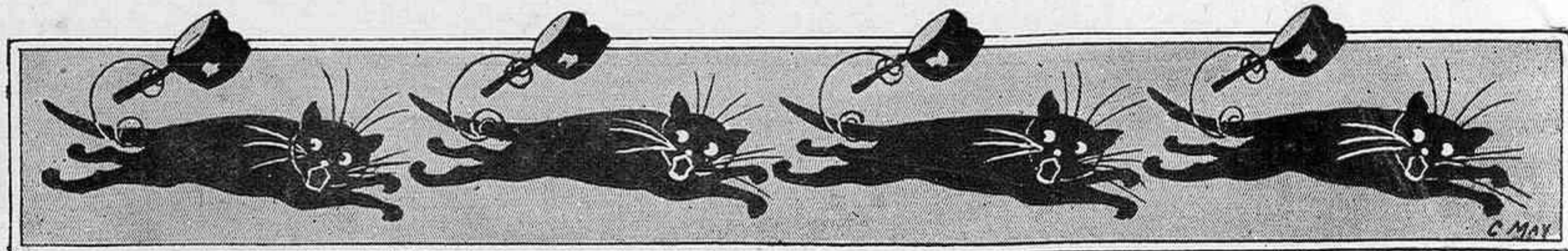
LA PASTORA DE ROLLEBOISE.
Cuadro de Ridgway Knight.





PALOMAS MENSAJERAS EN ALTA MAR.
(Cuadro de Jobert.)
(Paris.—Salón de los Campos Eliseos de 1896.)





LA COCINA LIBRE.



TODO, todo libre.

Enseñanza libre, la ciencia libre, el teatro libre y la cocina libre ó libre.

Ya no ¡ay! frenos.

El arte se emancipa de tuteladas enojosas y de reglas esclavizadoras.

Cualquiera puede ser Brillat-Savarin sin previo examen.

No más títulos profesionales de cocinero.

Triunfe el genio *trufé* ó la erudición *grillée*.

Un tiempo fué en que no hubiera podido un cualquiera entrometerse en la corporación de cocineros, sin previo examen, certificados, información y pruebas prácticas.

Había tribunales de examen rigurosísimos.

—Tome usted un gato é improvise usted una liebre decente.

—Convertir un gorrión en chocha, «encorselada con tocino», como las presentan los cocineros clásicos.

—Codornices en jarras, como bailarinas españolas antes del baile y después del baile.

—Platos convencionales, y alguno «inédito» y original.

Todo esto y más se pedía en tiempos pasados á los aspirantes á cocineros superiores de casa y boca.

Pero en cambio un cocinero representaba más que ahora un senador electivo, mal comparado.

Hoy no hay límites.

Un aficionado insolvente, que no puede expli-

car ni la composición y argumento de un *vol-au-ventre*—según he leído en el *menu* de un restaurant con pretensiones,—ni sabe freir unos *couplets* de huevos con estilo, se lanza y se declara cocinero jefe.

Y encuentra quien le paga sus servicios y le halaga con elogios extraordinarios.

La afición al arte de cocina se propaga como el ciclismo hoy, como la fotografía andante hace poco tiempo.

Se ha «ensanchado el círculo», según dicen algunos escritores, y ellos sabrán, tal vez, lo que dicen.

Cocineros por afición, *per amore*, hubo siempre; pero no como ahora.

Donde menos se teme aparece un autor de cocina, ó se abre un restaurant.

¿Quién no sabe hacer una paella? ¿Quién no se atreve á improvisar una tortilla? ¿Quién no puede realizar una tirada de chuletas á la papillot?

Algunos hombres se pieren por encargarse de la organización, preparación y condimentación de la comida, en las jiras y festividades entre amigos.

Sin pensar en el lucro, desinteresadamente.

Con un voto de gracias quedan recompensados por sus tareas.

¡Ah! la gloria artística y el aplauso, con carbrito asado, ó con arroz y pollos en tomate, enorgullecen al hombre modesto.

—Si yo pudiera, daría de comer en mi casa á los amigos, todos los días del año—me decía un caballero de Hacienda, es decir, «funcionario de.....»

— ¡Corazón generoso! — repliqué — pero perjudicial.

— ¿Eh?

— Perjudicial para sus intereses terrenales.

— Por eso no lo intento.

De cuando en cuando nos invitaba para un banquete á seis ó siete amigos.

¡Qué días aquellos de moda!

No asistí más que á uno, con propósito de enmienda.

¡Qué condimentación! ¡qué platos tan dificultosos!

Él dirigía; su esposa y sus dos hijas, ya cocineras, digo, ya casaderas, ayudaban al padre.

Todos con sus delantales blancos y sus gorros.

Parecían del cuerpo de coros ó comparsa en Carnaval.

Llegar antes de la hora del almuerzo ó de la comida, lo que fuere, era peligroso.

Porque mi amigo Basilio decía:

— Ven, ven, tú eres de confianza. ¿Para qué te has de quedar solo en el despacho ó en la sala? Ven á la cocina y echarás una mano.

— ¿Dónde?

— Pase usted, pase usted — repetían la esposa y las niñas de Basilio, también extraviadas de juicio por contagio del padre de la familia.

Una limpiaba una cacerola; otra funcionaba con el mortero; otra batía en un plato yemas de huevo.

Y el director asaba á fuego lento..... pero continuo, una pierna, no sé si de carnero ó de algúno vecino «ya interfecto».

— Mira, llegas á tiempo. Juanita, déjale el mortero mientras tú vas mondando patatas. Anda, trabaja, haz algo, vago, que para eso vas á comer después.

— Déjale, hombre, déjale — interviene la esposa.

— No, que trabaje.

Y no hay más sino empuñar «la mano» — nombre técnico bestial — la mano del mortero, y machacar.

Esto excita la hilaridad de todos los miembros de la familia.

— Van ustedes á comer bacalao en diez diferentes guisos. A ver qué les parece la cocinera, que ha sido mi señora.

— Hombre, ¿por qué lo avisas? Es claro, ahora dirán que les gusta, por cumplir.

— ¿Usted es vizcaína?

— No, pero tiene un tío en Sopuerta, y por eso.....

— ¿Por eso guisa el bacalao á la vizcaína?

Empieza el almuerzo marítimo: el bacalao se enseñoa de las fuentes.

Al tercer cuadro nadie le sigue, y le retiran al corral.

— Lo que siento es que les gustará el arroz con leche ó Condé.

— ¿Es con de ó con leche?

— pregunta un comensal.

— ¡Arroz con leche de burras! — dice otro, un tanto perturbado ó tirado á varias tintas.

— Es verdad — afirmó otro, después de probar el arroz.

Los amigos abusaron de Basilio el día del último banquete con que los obsequió en su casa.

Uno rompió un juego de café, por brindar, «aunque en prosa vil», como él decía.

Otro abrazó á una de las chicas.

La infeliz traía una fuente humeante en las manos, y la criada otra fuente con variaciones sobre motivos de bacalao.

No había más remedio que sacrificar la fuente ó el rubor y el talle.

Optar entre el insolente y el bacalao, y venció el bacalao.

En otro banquete casero, al que asistí enga-



ñado miserablemente, apareció como postre un castillo de bizcocho, turrón de guirlache y merengue.

Al intentar el ataque el ingeniero constructor

y jefe de familia, para repartir entre los invitados, tropezó con un cuerpo duro.

Primero palideció, y luego, sin darse cuenta de lo que veía, sacó una chocolatera de barro del teatro antiguo, con la cual habían reemplazado los niños de la casa la parte menos visible, que devoraron en secreto.

En cuanto faltó aquel apoyo, vino abajo lo que quedaba del «edificio».

¡Qué escandalera se armó en aquella casa!

A consecuencia de un arroz á domicilio, estuvimos cuatro amigos á dos dedos de sucumbir.

No sé si el cólico fué por causa del arroz ó porque, después de comer, echaron ases para veinticinco duros, y nos dejó sin una peseta el dueño de la casa.

EDUARDO DE PALACIO.



PENSAMIENTOS.

EN el Evangelio está escrito: «la verdad os hará libres.» Sí; la verdad, el conocimiento de la verdad es el único camino para poder salvarse de la tiranía de la ignorancia, que es la raíz y fundamento de todo linaje de tiranías. Ante el tribunal de la ignorancia, que frecuentemente se apellida opinión pública, el hipócrita pasa por virtuoso, el fanfarrón por valiente, el charlatán por sabio, el manirroto por generoso; y el espectáculo de estas falsas reputaciones tan torpemente adquiridas desanima á los buenos y alienta á los malos; y así, la tiranía del error, la más humillante, la más espantosa y la más permanente de todas las tiranías, sólo podrá ser vencida por el conocimiento de la verdad. Sí, en el Evangelio está escrito: «la verdad os hará libres.»

*
*
*

Encargado Solón de legislar para la República de Atenas, dijo: «No me lisonjeo de haber dado á

los atenienses las mejores leyes posibles; pero les he dado las que estaban en estado de recibir.»

Krause ha escrito: «Dad á un pueblo una legislación conforme con los principios fundamentales del derecho natural, y no podrá soportarla si el estado social de aquel pueblo no está de acuerdo con las prescripciones de tan perfectas leyes.»

El humorista Campoamor ha dicho: «No deis un bozal al que necesita un derecho. No deis un derecho al que necesita un bozal.»

El sabio legislador griego, el profundo filósofo alemán y el ilustre poeta español expresan con formas distintas esta evidente verdad: el derecho escrito, la ley, no ha de ser la expresión de la justicia absoluta, sino la de la justicia relativa que puede realizarse en el pueblo para quien se legisla. De aquí se deduce una lamentable consecuencia: toda ley es y tiene que ser deficiente y en cierto modo injusta.

LUIS VIDART.



UN IMPUESTO INFERNAL.

CUENTO.

EN el año de gracia de 1836, cuando se fundó en esta corte el *Casino* (1) que primero se llamó del *Príncipe* y luego de *Madrid*, figuraba entre los socios más distinguidos D. Fausto Rico de la Plata, persona tan adinerada como de suyo pródiga y esclava de vicios que, si son reprobables en el orden moral, obtienen fácil absolución ó disculpa en el sentir de ciertas gentes que alardean de cultas y despreocupadas.

(1) Este nombre, aplicado á los círculos de recreo, tuvo su origen en dicha sociedad, la cual no quiso adoptar el vocablo inglés *club*, á la sazón muy en uso.

Francachelas, devaneos, parásitos, y sobre todo la pasión del juego, consumieron en pocos años una buena parte del cuantioso patrimonio de aquel caballero, completando su ruina los intereses usurarios de prestamistas sin conciencia.

Fué el principal de ellos, y seguramente el más favorecido, porque adelantaba dinero al 5 por 100 al día, un criado del *Casino*, llamado Pedro, quien, después de estrujar á los socios ricos y huyendo de la quema de la insolvencia, trocó la librea por el talego de cobrador, y sentó sus reales en la *Bolsa*, ruina de muchos y verdadera é inagotable mina de pocos, particularmente de los que,



poseyendo el secreto de las liquidaciones, tenían ocasión de jugar á cartas vistas.

Dió Pedro en esto tan evidentes pruebas de habilidad, que nadie le aventajó en el arte de explotar á los especuladores rezagados que operaban á fin de mes, ya obligándoles á cubrirse, ya haciendo subir ó bajar la doble, según la situación del mercado, ó según convenía á los primeros espadas, á cuya devoción estaba y á cuya sombra veía subir su caudal como la espuma.

Pero la ambición humana es insaciable; no le basta á veces la riqueza, pide algo más: la consideración social, los honores, el respeto de las gen-

Casino, que cuando vino de Galicia á la corte apenas llamábase Pedro, alternaba veinte años después con los prohombres políticos, que á la sazón no eran de tan fácil acceso como ahora, y figuraba en la *Guía de Forasteros* entre los caballeros Grandes cruces de Isabel la Católica, con el nombre de Excmo. Sr. D. Pedro Peso Duro.

La celebración de un empréstito, tan perjudicial al Estado como de provecho para los prestamistas, valió á nuestro hombre el título de Marqués de Río Revuelto; y una contrata de tabaco, por efecto de la cual se envenenó media España, le elevara á la grandeza á no oponerse la augusta



tes; y Pedro, que no podía sustraerse á esta necesidad, determinó cambiar la chaqueta por la levita, y subir del corro al *parquet*. Y convertido en agente de Bolsa ganó nombre y fama y crédito, hasta el punto de descollar entre los conspicuos de su clase, por los negocios que le encomendaban y por los que realizaba por su cuenta, cosa en realidad ilegal, pero tan admitida que no causa extrañeza alguna.

A las operaciones de Bolsa siguieron las del Tesoro, eterno menor de edad que á tantos hombres ha levantado del polvo y á tantos ha sumido en el abismo de la miseria; y aquel humilde criado del

señora que se sentaba en el trono de sus mayores.

Produjo esta contrariedad gran pesadumbre al acaudalado Marqués, y en un momento de cólera hizo el propósito de ingresar en el partido revolucionario; pero hubo de venirle pronto la reflexión de que no podía, sin el sacrificio de su estrecha conciencia, faltar á sus principios políticos, resumidos en esta frase: «Consecuente ministerial de todos los ministros de Hacienda.»

Mas todo acaba, termina y perece, y aquel prodigio de consecuencia con todos los Ministerios no pudo, mal de su grado, tenerla con este mun-

do sublunar, pues se fué al otro víctima de un reblandecimiento de la espina dorsal, contraído con el abuso de las reverencias.

Y al llegar al Infierno, único camino que halló abierto, lo primero que hizo fué preguntar por el Ministerio de Hacienda, cuya cartera desempeñaba en propiedad D. Fausto Rico de la Plata, el ex casinista á quien el juego, la usura y la venal galantería arruinaron por completo.

Era por demás difícil y precaria la situación del erario infernal. No se pagaba nada, absolutamente nada, ni siquiera el cupón; enorme circulación fiduciaria abrumaba el mercado, las rentas más productivas y seguras estaban en poder de compañías arrendatarias, todos los monopolios de Luzbel habían caído en manos de agiotistas despiadados; agotada la inventiva arbitrista, no quedaban contribución, impuesto ó tributo á que apelar; y D. Fausto, luchando con la impotencia para hacer frente á las cargas públicas, hubiera dimitido la cartera á no estar condenado á Ministro de Hacienda inamovible y al tormento de los apuros perpetuos, en justo castigo de su vida muelle, disipada y licenciosa.

La prensa, la terrible prensa del Averno, no se daba punto de reposo en vomitar improperios contra el consejero responsable que tan mal administraba los intereses de la nación, convirtiéndolos en granjería del más descarado favoritismo, atento sólo á las concupiscencias de una cuadrilla de salteadores de la cosa pública, hez y escoria de los condenados á eterno suplicio.

Y millares de millares de recomendaciones pidiendo credenciales atormentaban un día y otro día al pobre Ministro, y encallecían los dedos de su mano á puro firmar cartas de ofrecimientos jamás cumplidos, y arreciaban las quejas, las injurias y las calumnias, y crecían los apuros del exhausto Tesoro, y la cuestión de orden público presentábase amenazadora, imponente, terrible.



Desesperábase don Fausto, perdida la esperanza del remedio, y no sabía cómo darse al diablo, cuando recibió en

audiencia al recién llegado, quien, en tiempos para todos más dichosos, le sirvió en el Casino del Príncipe en calidad de criado y prestamista.

—¡Hola!—dijo al verle;—¿eres tú aquel perillán que me prestaba á real por duro al día?

—Señor—contestó el ex Marqués,—siempre á las órdenes de V. E.

—¿Qué quieres? ¿Un empleo?.....

—Señor, yo nunca he sido funcionario público, ni pienso serlo.

—¿Qué pretendes?

—Nada, servir á V. E.

—¡Servirme! ¿y cómo?

—Como he servido á todos los Gobiernos de España.

—¿De qué manera?

—Sacando de apuros al Estado.

—¿Tú?

—Soy especialista en préstamos á menores.

—¡Imbécil, has perdido el laborioso fruto de tus afanes, adquirido á costa del alma, fruto de que gozan ahora alegremente tus herederos; y apenas llegado, cuando careces de todo, alardeas de rico y opulento, y nos brindas con la odiosa y opresora protección de la usura!

—Es verdad, me faltan bienes de fortuna; pero ¿qué importa si siento en mí aquella inspiración maravillosa, aquella extraordinaria fuerza de voluntad, aquel menosprecio absoluto á los medios con que emprendí en la tierra la conquista del dinero?

—No fíes en tu estrella: aquí no existe la buena suerte.

—¡La suerte! ¿qué vale, qué significa, comparada con la perseverancia en buscar un negocio, la astucia al acometerlo, la ausencia de todo sentido moral para realizarlo, y el propósito firme y la resolución inquebrantable de conservar el botín de guerra en la terrible lucha contra el bien ajeno?

—¿Qué intentas?

—La explotación del Infierno.....

—¿Con qué medios?

—Poniendo al servicio de la Hacienda mi práctica en los negocios, en cambio de una participación en ellos.

—¡Sea!—exclamó Lucifer entrando repentinamente en el despacho del Ministro;—propón, condenado, el medio de salir de apuros, y ¡voto á mí! que tendrás lo que en justicia te corresponda.



— ¡Señor! — dijo el ex banquero haciendo una profunda reverencia; — estoy á los reales pies de V. M. grande, eterna, augusta, tenebrosa.....

— Basta de floreos. ¿Qué propones?

— La creación de un impuesto.

— No es posible: hemos agotado el repertorio.

— Falta uno.....

— ¿Cuál?

— El más productivo.

— ¿Sobre qué?

— Sobre lo que más abunda en esta horripilante mansión.

— ¡Acabemos! — gritó el demonio.

— Un impuesto sobre la miseria.....

— Conforme; pero á fin de obtener mayores ingresos, y queriendo dar una señalada prueba de mi especial predilección por la escuela socialista, ordenó y mando: que el susodicho impuesto sea progresivo.

Y el ex capitalista no cabía en sí de gozo. Se consideraba dueño de la Hacienda infernal, como lo fué de la de España; mas hubo de advertir su craso error é inmensa desgracia al hacerse la derrama del impuesto sobre la miseria.

Figuraba en las listas como el mayor contribuyente. Era el más miserable de los condenados del Infierno!

NILO MARÍA FABRA.





CARMOSINA.
Escultura de Francisco Jerrace.

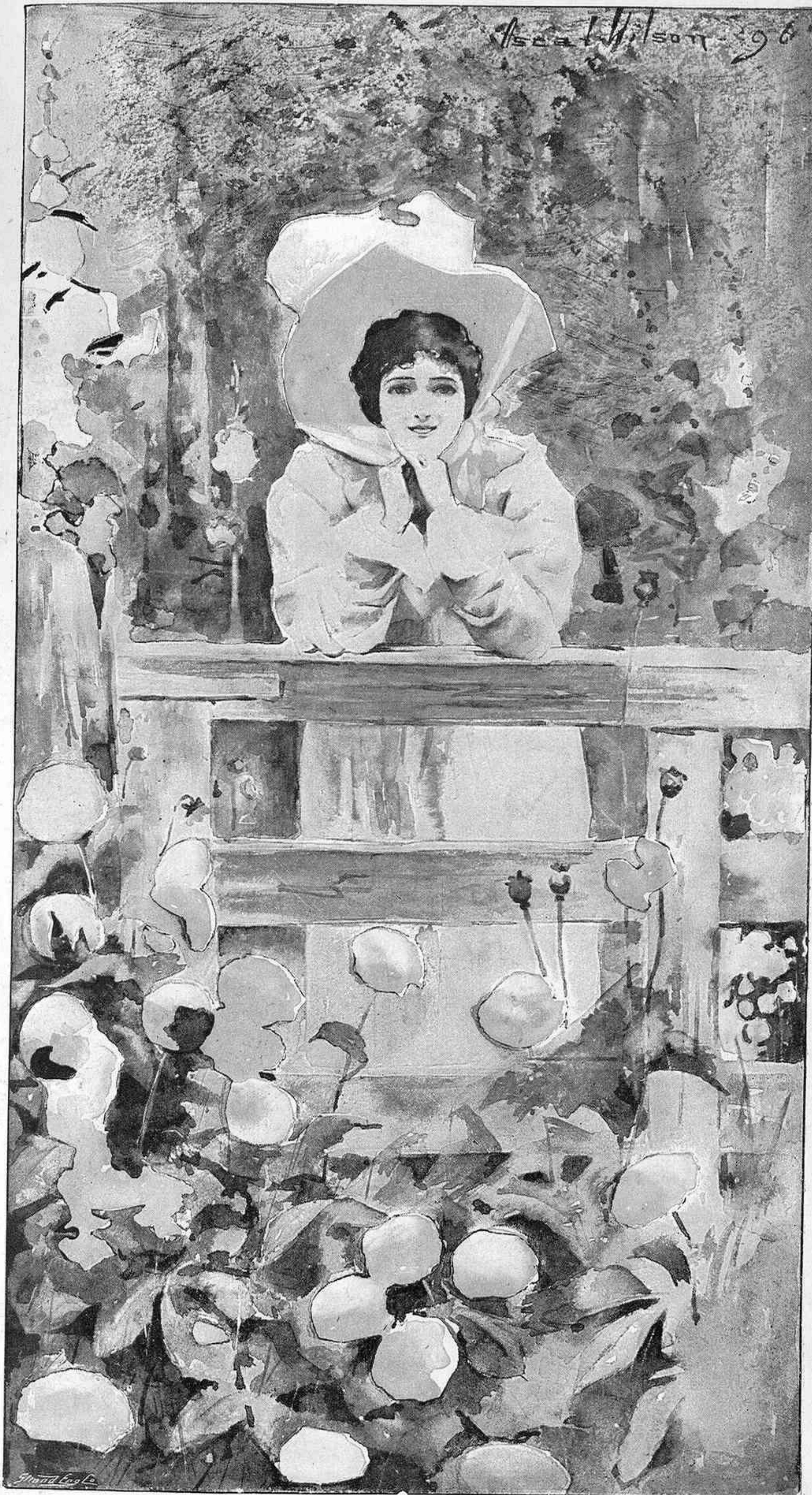


¿SE PUEDE ENTRAR?
Cuadro de G. Linden.



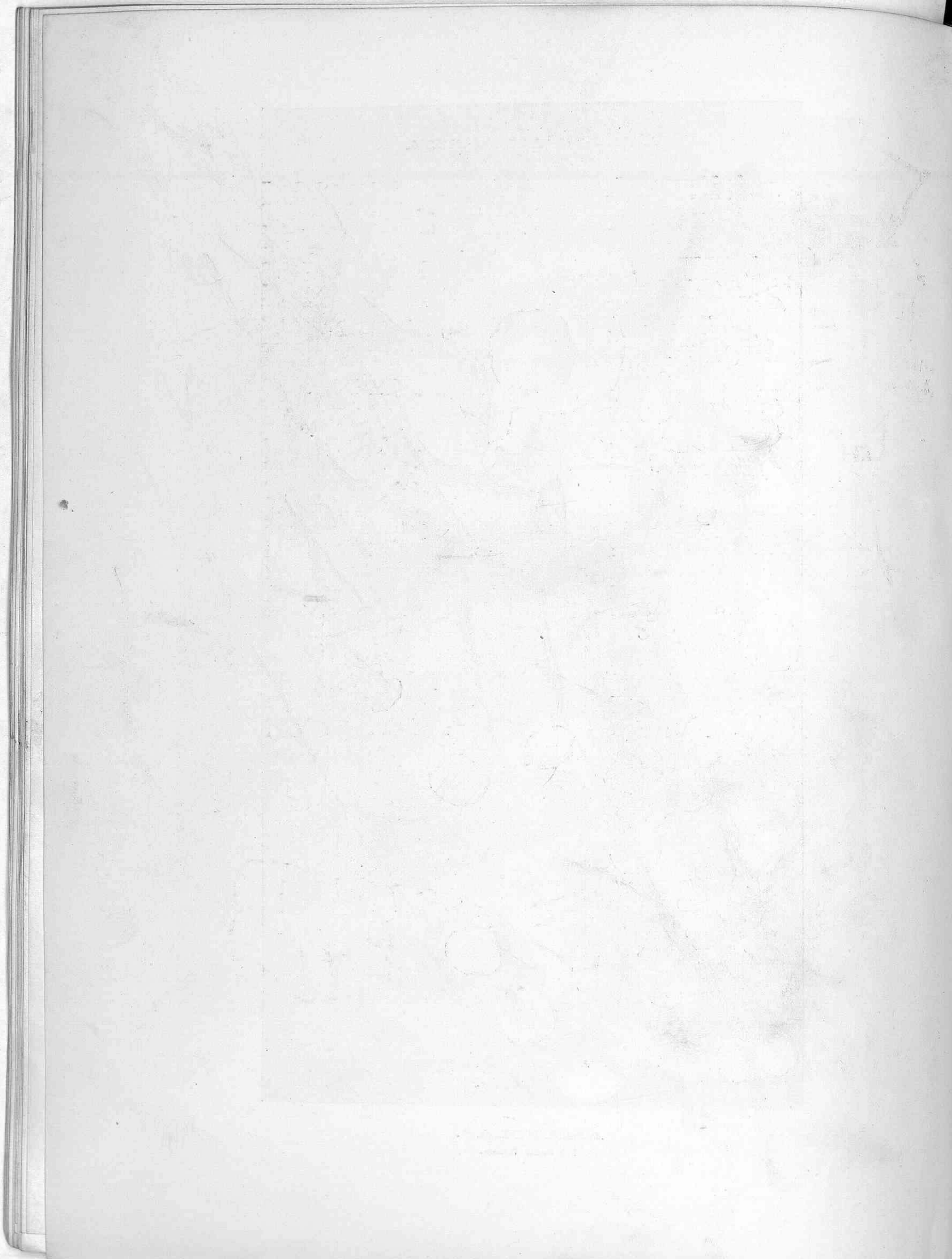


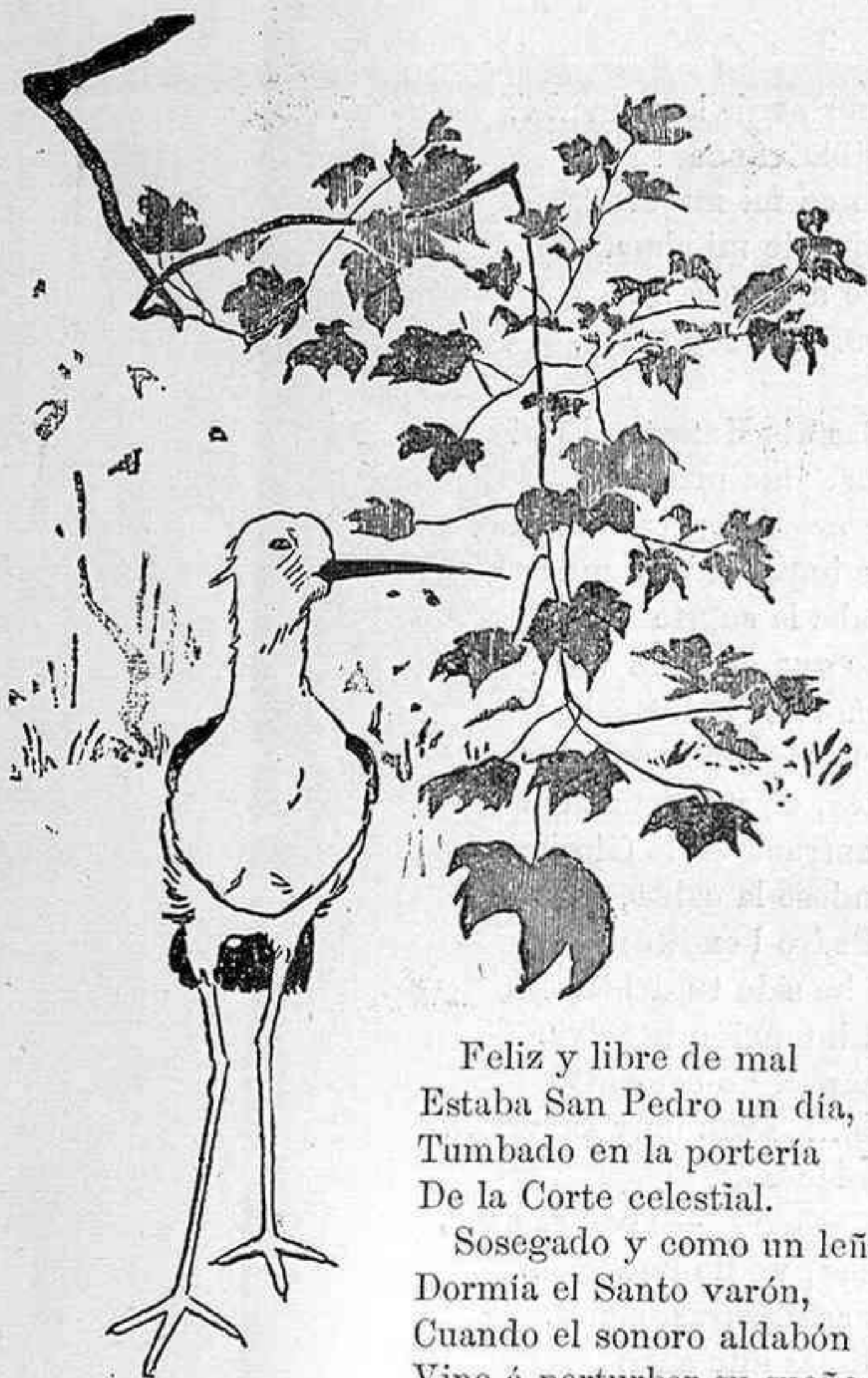
CAMPANEROS.
Cuadro de Brispot



AMAPOLAS.

Por Oscar Wilson.





Las distracciones de San Pedro.

Feliz y libre de mal
Estaba San Pedro un día,
Tumbado en la portería
De la Corte celestial.
Sosegado y como un leño
Dormía el Santo varón,
Cuando el sonoro aldabón
Vino á perturbar su sueño.
Saltó al punto de la cama;
Descorrió un fuerte pestillo;
Asomóse al ventanillo
Y preguntó:—¿Quién me llama?
—¡Señor! ¡Soy un desgraciado!
—No te lamentes así,
Que pues llegas hasta aquí,
No eres tan infortunado.
¿Quieres entrar?
—Á eso vengo
Si me permitis la entrada.
—Yo aquí no permito nada.
Venga el pase.
—No lo tengo.
—Entonces no puede ser.
—Si queréis..... siendo portero.....
—Pues porque lo soy no quiero
Faltar nunca á mi deber.
—¡Yo que confiaba en vos!
—Hijo, sin el pase vienes,
Y eso prueba que no tienes
Derecho á gozar de Dios.
—Pues bien merezco la gloria,
Que hartó ha sido mi sufrir.
Si queréis mi historia oír.....
—Bueno, cuéntame tu historia.
—Sentiré seros pesado.
—No, hijo, no, de ningún modo.
Tal está en el mundo todo,
Que estoy muy desocupado.
—Pues bien, escuchad.
—Ya escucho.
—Os lo agradezco de veras.

Seré breve.

—Como quieras.

—¡Yo he sufrido mucho, mucho!
Llegué al mundo con mal sino;
Huérfano y pobre quedé,
Y lo que yo trabajé
Hasta lograr un destino
Dios lo sabe solamente,
Que en Él puesta la mirada
No me amilané por nada
Y luché como un valiente.
Por fin mi estrella fatal
Brilló una vez, y ese día
Recibí con alegría
La anhelada credencial.
Aunque era modesto el puesto
Con orgullo lo serví,
Pues, yo, señor, siempre fui
Muy humilde y muy modesto.
Era mi vida arreglada,
Aunque tuve, á mi pesar,
Solo un vicio: el de tomar
Algún café con tostada.
Con veinte duros seguros
Al mes, era un caballero.
¡Y aun me sobraba dinero,
Pues ahorré doscientos duros!
Dueño de este capital,
—¡Figuraos qué fortuna!—
Me enamoré un día de una
Muchacha del principal.
Hermosa como un lucero,
Encantadora, divina.....
Mas ¡ay! era la sobrina
De don Roque, ¡del casero!
Ella mi amor aceptó;
Pero su tío, iracundo,
Llegó á decir que en el mundo
Sobrábamos él ó yo.
Me odiaba de tal manera
Que en vano le supliqué,

Y un día de un puntapié
Me hizo rodar la escalera.

María (que ese es el nombre
De la que hoy llora mi muerte)
Unió á la mía su suerte
Á despecho de aquel hombre.

Muy pobres, pero dichosos,
Vivimos con nuestro amor,
Y en premio nos dió el Señor
Cuatro chiquillos preciosos.

Cuatro hijos que eran mi encanto,
Mi delicia, mi embeleso.....
Porque los amé, por eso,
Señor, he sufrido tanto.

Que al fin toda dicha pasa;
Mi cesantía llegó,
Y aquel día se acabó
La alegría de mi casa.

Triste, enfermo y abatido
Quise luchar, pero en vano.
Nadie me tendió una mano,
Y me declaré vencido.

María, en tal situación,
Escribió á su tío un día,
Y en ausencia de María
Leí la contestación.

«No te canses, desgraciada;
Tu esposo me es muy odioso,
Y mientras viva tu esposo
No me pidas nunca nada.

»No le daré mi perdón
Como te lo doy á ti.
Si él falta, venid á mí,
Y tendréis mi protección.»

No era esto una pesadilla.....
;Se me exigía la muerte!.....
¿Cómo luchar y ser fuerte?
;Llegó el hambre á mi guardilla!

Y entonces perdí la calma.....
;Era imposible vencer!
Y pensando en mi mujer
Y en los hijos de mi alma,
Una nube me cegó.....
Cogí un arma..... senti frío,
Y.....

—;Basta! ;Mataste al tío!

—No, señor, ;me maté yo!

—;Desgraciado! ;eres suicida!

—¿Qué me importaba la muerte
Si así aliviaba la suerte
De aquellos que eran mi vida?

Esta, señor, es la historia
De mi angustiosa existencia.....
Tened, pues, de mí clemencia
Y dadme entrada en la Gloria.

Y rascándose la calva,
Dijo San Pedro bendito:

—Grande ha sido tu delito,
Aunque la intención te salva.

Sin embargo, no concedo
Que entres..... sería muy grave.....

—;Por piedad!.....

—Todo se sabe,

Y, la verdad, yo no puedo.....

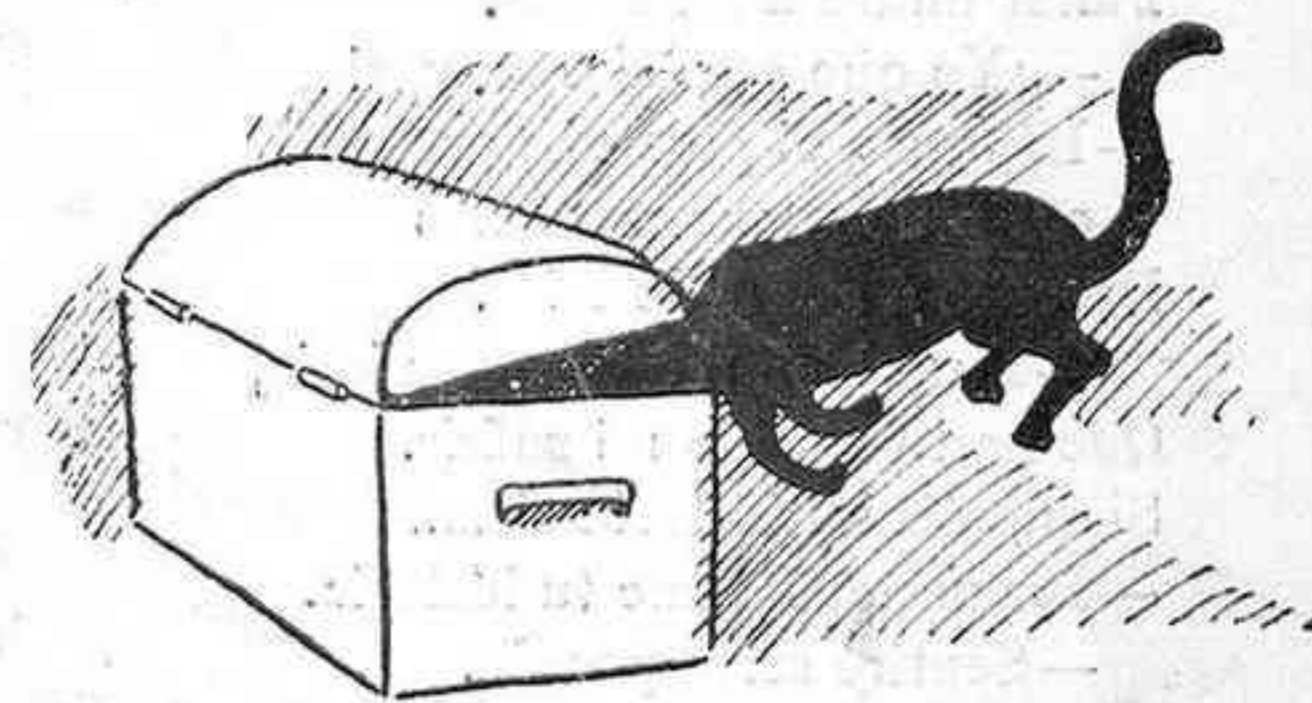
—;Más amarguras, señor,
Después de las que sufrí!

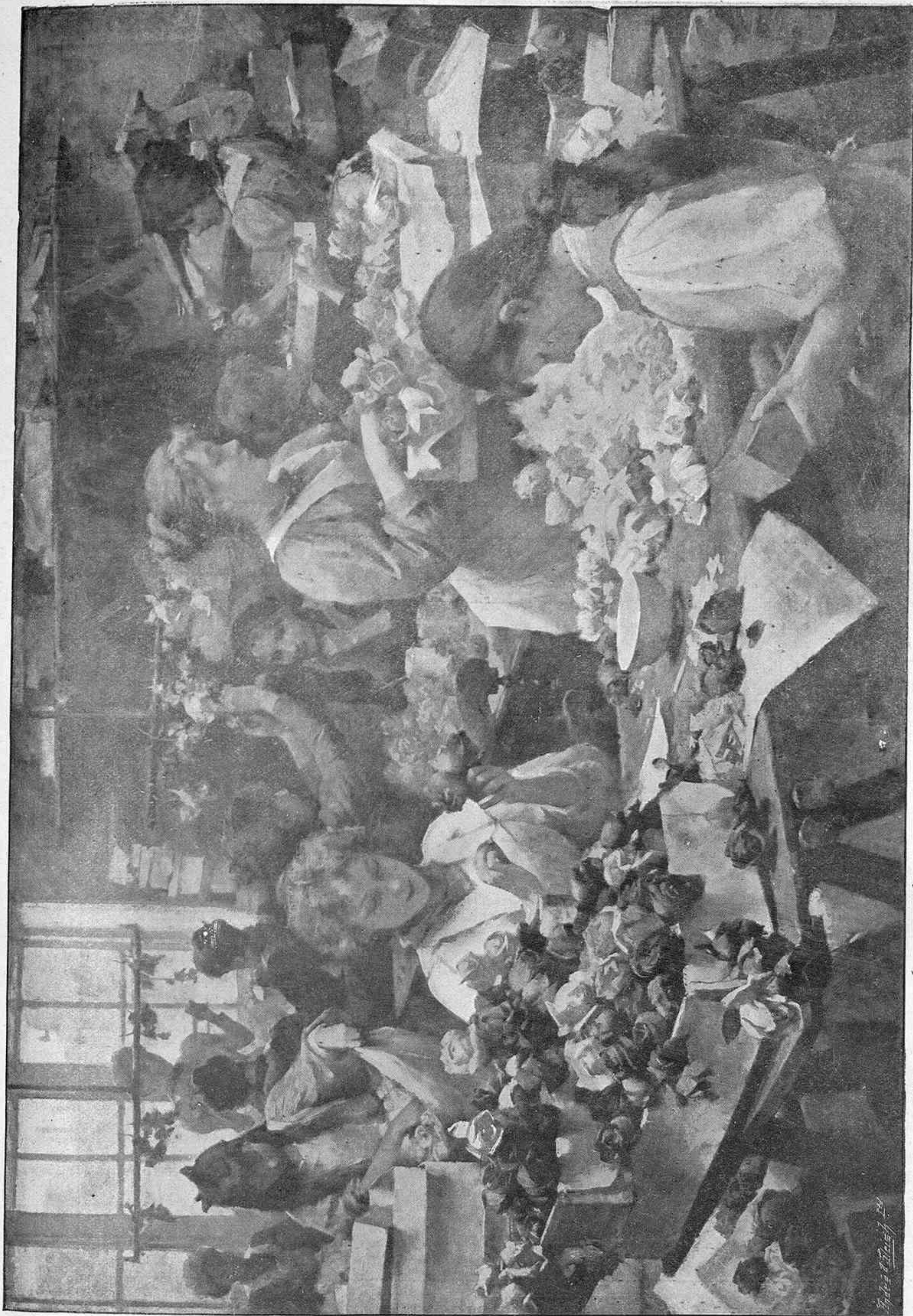
—Lo que puedo hacer por ti,
Hijo mío, es un favor.

Yo no autorizo tu entrada;
Pero ahora, sin que se advierta,
Quito el cerrojo á la puerta
Y te la dejo entornada.

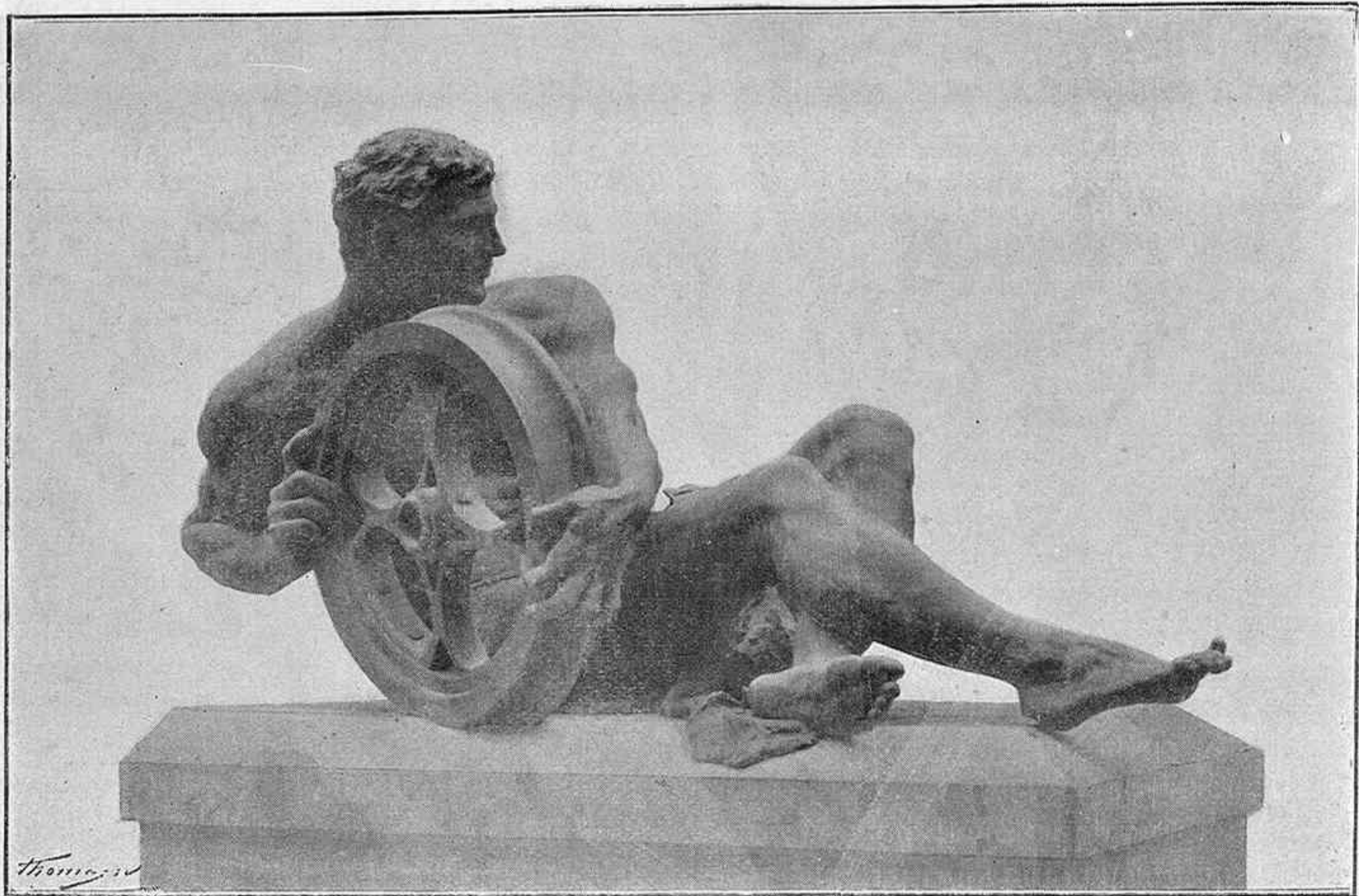
Ven más tarde, sin llamar,
Y ábrela sin hacer ruido,
Que yo me haré el distraído
Para que puedas pasar.

VITAL AZA.

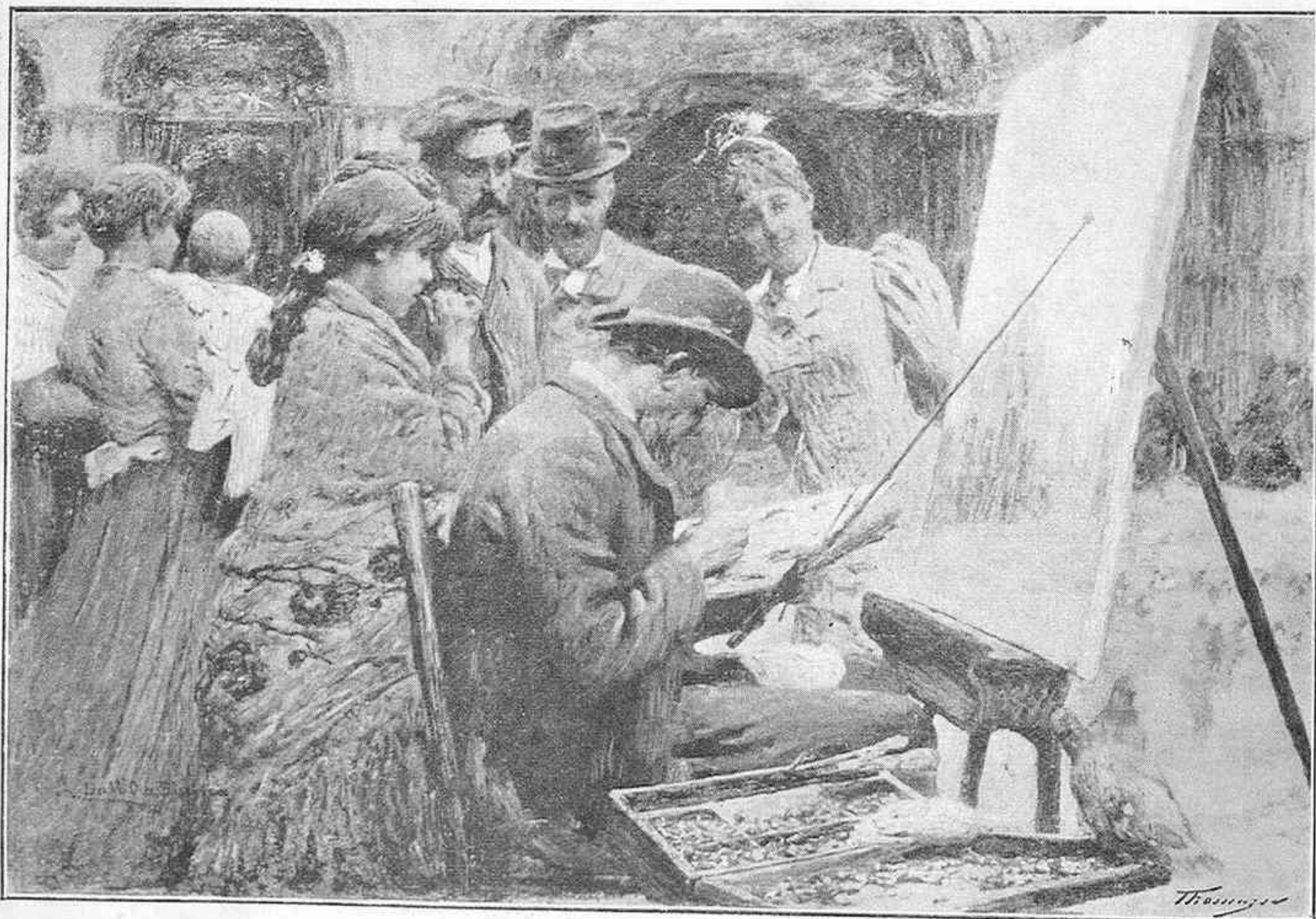




UN TALLER DE FLORISTAS.
Cuadro de S. Melitón Fisher.



EL FERROCARRIL.
Escultura de Mariano Benlliure.



LOS CURIOSOS.
Cuadro de Angelo dall'Oca Bianca.

EL FERROCARRIL DE MARIANO BENLLIURE

ANGLO DALL'OCA BIANCA

LA MÉDICA.



ERA D. Narciso un enfermo de mucho cuidado; entendámonos, porque la frase es de doble sentido. No digo que estuviera enfermo de mucho cuidado..... Tampoco esto va bien. Si estaba enfermo de mucho cuidado, ya lo creo; muy grave; sobre todo porque empeoraba, empeoraba y no se podía acertar con el remedio, ni había seguridad alguna en el diagnóstico. Pero lo que yo quería decir primero no se refiere á la gravedad y rareza del mal, sino á la condición personal de D. Narciso, que era un enfermo de mucho cuidado..... como hay toros de mucho cuidado también, ante los cuales el torero necesita tomar bien las medidas á las distancias, y á los quiebros, y al tiempo, para no verse en la cuna. El médico era á don Narciso lo que el torero á esos toros; porque don Narciso, hombre nerviosísimo, filósofo escéptico y aficionado á leer de todo, y por contera aprensivo, como todos los muy enamorados de la propia, preciosa existencia, le ponía las peras á cuarto al doctor, discutía con él, le exigía conocimientos exactos de lo que á él le pasaba por dentro, conocimientos que el doctor estaba muy lejos de poseer; y con las voces técnicas más precisas le combatía, le presentaba objeciones, y, en fin, le desesperaba. Lo peor era que, acostumbrado don Eleuterio, el médico, á la mala manía de hablar delante de sus enfermos legos en los términos del arte, porque así ni él mentía ocultando la gravedad del mal, ni los enfermos se alarma-

ban demasiado, porque no le entendían, á veces se le escapaba delante de D. Narciso alguna de esas palabrotas poco tranquilizadoras para quien las entiende; y el paciente, erudito, siquiera fuese á la violeta, ponía el grito en el cielo, se alborotaba, y si no pedía la Extremaunción no era por falta de miedo. Había que tranquilizarle, mentir, establecer distingos, en fin, sudar ciencia y paciencia; y no para curarle, sino para que se volviera á sus casillas. Don Eleuterio aguantaba todas estas impertinencias porque el parroquiano ó cliente era de oro por lo bien que pagaba, y, además, hombre influyente y de mucho viso; en fin, no se le podía plantar, pese á todas sus..... cosas, como las llamaba el médico por no insultar al otro.

Y no valía que las palabras terminadas en *itis* ó en *algia*, y otras no menos bárbaras, fuesen de uso completamente nuevo, acabadas de componer por un sabio, autor de libro ó artículo de revista, ó de laboratorio; todo lo comprendía el entrometido, porque como picaba también en las lenguas sabias, no era *manco* en la griega, ó mejor, no era *deslenguado*; y en seguida, anhelante, preocupadísimo, analizaba los componentes del terminacho flamante, y sea con ayuda del léxico, ó sin ella, sacaba en limpio..... que él tenía el hígado mechado, como dice un personaje de *Zaragüeta*, ó el *riñón cubierto*..... de úlceras, ó cualquier otra barbaridad.

Aquello era un purgatorio. La familia de don Narciso pagaba el suplemento de las pejugueras que tenía que aguantar el facultativo. Al cual le costaba más trabajo hacerse respetar, en nombre de la autoridad de la ciencia, porque, cuando estaba sano el amigo D. Narciso, solían convenir,



LOS FAVORITOS.
De fotografía de Lafayette.

sobre todo si tomaban juntos á la sazón café y copa, en que la Medicina está en la edad de piedra, y puede que nunca alcance la de oro. Los dos hacían alarde de su escepticismo terapéutico; el médico muy vano porque creía que era un acto de imparcialidad sublime y de abnegación el confesar él semejante *bancarrota* (palabra de moda en las ciencias), contra lo que le aconsejaban sus intereses; y el otro muy hueco porque lucía su erudición trayendo á cuento á los ilustres varones que habían renegado de médicos y medicinas. «Como dijo Molière..... Según Montaigne..... Dijo Quevedo», etc., etc.

Y claro, cuando había que agarrarse á un clavo ardiendo, recurrir á la Medicina, porque D. Narciso se iba por la posta, ¿con qué cara le hablaba D. Eleuterio de la eficacia de las recetas ni aun de la probabilidad de los diagnósticos? ¿No habían convenido en que el *juego fatal de los fenómenos naturales* era demasiado *complejo* para que el hombre pudiera tener la pretensión de penetrar en su enmarañada urdimbre? Todo iba á dar á la química..... y la *verdadera* química estaba en mantillas.

No se sabía si existían los átomos; lo probable era que no; y sin embargo, los átomos eran indispensables para la química..... y ni aun esto era ya muy seguro, según las recientes disputas de Ostwald, Cornu, etc. De modo que todo estaba en el aire..... todo se reducía á conjeturas, á hipótesis..... ¡y á D. Narciso le llevaban los demonios, porque no quería que el importantísimo negocio de su *rápida* curación dependiese de nada hipotético!..... Todo había de ser apodíctico, categórico..... «*O ji ó ja*», gritaba él; *ji* era la muerte y *ja* la salud. Y aunque decía *ji ó ja*, al médico no le permitía decir más que *ja*. Y *ja* decía D. Eleuterio á regañadientes, porque le gustaba ser claro. Pero en diciendo él *ja* (la salud, sin duda), se irritaba el otro, y exclamaba:

—¿Usted qué sabe? á mí no se me engaña. Tanto cree usted en esas pócimas como yo; ni usted ni nadie sabe lo que yo tengo en el bazo; ni lo que puede sobrevenir en esto del hígado..... ¡Todo es farsa! Usted me lo ha confesado mil veces.

Y así se pasaba la vida, haciéndola más miserable y menos apetecible de tanto apetecer prolongarla y de tanto temer la muerte.

*
*
*

Un día D. Eleuterio se puso muy serio, á la cabecera de la cama de D. Narciso; sacó el reloj,

tomó el pulso, examinó detenidamente al enfermo, y con un tono autoritario que, por de pronto, sorprendió y sobrecogió al paciente, impuso su voluntad y declaró que iba á recetar una cosa que estaba indicadísima para evitar complicaciones serias que podían sobrevenir, de que ya había indicios. Y no dió más explicaciones; no dijo qué *cosa* era aquella. Don Narciso asustado, débil, no pudo mostrar la energía de otras veces para ponerse al cabo de lo que se iba á hacer con él.

A sus tímidas indicaciones, el médico, con voz seca, contestó (seguro de ejercer en aquella ocasión cierto poder sugestivo):

—No puede usted entender la fórmula de esto: es cosa nueva; esta noche he estudiado la cuestión, y resuelvo que esto es lo que conviene; se trata de algo muy complejo, que usted, profano al fin, no comprendería. Y no hay que andarse con bromas; podrá el remedio no servir; pero sin él..... es seguro.....

—¿El qué?

—Es seguro que estamos..... mal.

Cada vez más acoquinado, dijo D. Narciso, por decir algo:

—Bueno; pues..... que traigan pluma y papel..... ó pase usted al despacho.....

—No; no hace falta; tengo prisa. Aquí mismo; traigo yo papel y lápiz..... Y esas plumas de usted nunca parecen..... y eso que es usted escritor.

Y diciendo y haciendo, sacó de un bolsillo interior una cartera, buscó en ella un papel y un lápiz, y en pie, apoyando el papel en la cartera misma, escribió rápidamente la receta. Quería aprovechar aquel momento de dominio sugestivo sobre el enfermo, y no quería dilaciones por causa de pormenores materiales. Nervioso, pero con aspecto de triunfo, guardó sus chismes de escribir, se despidió con pocas palabras y salió, después de entregar á uno de la familia el papelito, símbolo de su victoria sobre el empecatado D. Narciso.

Vino la medicina, la tomó el enfermo, como un doctrino, en la forma que al salir había detallado el médico, y no hubo más.

*
*
*

Así, como media hora después de tragarse la pócima, D. Narciso, revolviendo impaciente los pliegues del arrugado embozo del lecho, tropezó con un papel escrito.

—¿Qué es esto? pensó. ¿Quién ha dejado esto aquí? ¡Ah! ya caigo. Este papel se cayó de la cartera de D. Eleuterio.—Como no era carta, ni cosa por el estilo, su curiosidad no encontró resistencia cuando le pidió que leyera aquel documento.

Y leyó. ¡Cosa más rara! Eran unos apuntes que podían llamarse reflexiones sueltas acerca de la Medicina en general. ¡Pero qué reflexiones! No sólo eran incoherentes, sino que subvertían todo el orden de la terapéutica, tomaban á contrapelo la patología, y suponían un criterio de escepticismo caprichoso, respecto de la ciencia tradicional; y en cambio, se veía clara una tendencia á admitir la eficacia de lo maravilloso, á suponer en la realidad, en el *fondo de la química*, según palabras que se leían allí, misteriosas relaciones, virtudes cuasi-morales de los llamados *simples* con que no contaba ni podía contar la Medicina, porque desconocía la naturaleza, y aun la existencia, de tales elementos de la vida natural, y nada podía decir de sus causas ni de sus efectos. Se exageraba en aquel papel la autosugestión; se suponía que, siendo el hombre *microcosmos*, tenía, por *autarquía* y *autonomía* de la vida *universal-individual*, un mundo aparte, *individual*, de leyes naturales, diferentes para cada cual. Así como Protágoras había dicho que «el hombre era la medida de todo» con relación al conocimiento, significando que la verdad para cada cual era diferente, allí se aseguraba que las enfermedades y los remedios en cada sér individual eran diferentes también. Después venían burlas sangrientas, sarcasmos feroces contra médicos, escuelas, hipótesis científicas, etc.; todo en estilo nerviosísimo, entre paradojas é hipérbolas, incongruencias, imágenes alambicadas y extravagantes....

—No cabe duda — pensó D. Narciso; — este hombre está loco; ¿quién lo había de decir! Aquí tengo el pensamiento secreto de mi médico: este papel se le ha caído de la cartera cuando la sacó para escribir la receta; este papel representa el íntimo pensar de mi médico.... y esto es obra de un loco ilustrado, de un doctor.... á quien se le han hecho los sesos caldo. ¡Dios mío.... y yo estoy en manos de este demente, á merced mi salud de los caprichos de una vesania!

Y siguió leyendo, y de repente dió un grito espantado. Porque había leído esto:

«El único médico bueno del mundo no es médico, es *médica*: la Casualidad.»

»Sólo podéis curar vuestros males jugando á la

lotería. Una receta debe ser algo así como un *décimo* ó muchos *décimos*. El motivo es obvio. No es cierto que la ignorancia en que estamos del fondo virtual de la *esencia* de las cosas aconseje la abstención de medicamentos. El mal, por lo común, no desaparece por sí solo. Lo que hay que hacer es.... jugar á la lotería el mayor número posible de billetes, para aumentar las probabilidades de curar.... y las de reventar. («¡Loco, rematado!» gritaba al llegar aquí D. Narciso.) El que no se aventura no pasa la mar. El médico y el enfermo deben ser valientes, jugar el todo por el todo. La receta debe contener la mayor cantidad posible de principios curativos que no se neutralicen, todos de positiva eficacia en su género. De este modo, si no se ha dado en el clavo, sino en la herradura, se puede matar al paciente, es verdad; pero también puede suceder que su mal no tenga relación ni con el efecto nocivo ni con el benéfico del resultado de la combinación compleja de agentes. Puede también suceder que ésta resulte inofensiva para todo temperamento y para todos los órganos, en todos los estados. Y, por último, puede suceder que la acción de alguno de los componentes, ó de la reunión de varios, ó de la total, sea la que se buscaba á ciegas. Y entonces tenemos la receta modelo.... *a posteriori*. La firma.... la *médica única*, la Casualidad. Jugad muchos billetes y podréis tener más probabilidades de sanar.... ó de reventar.»

—¡Reventar, reventar de seguro!—gritaba don Narciso fuera de sí, casi decidido á saltar de la cama, víctima del pánico.

Se colgó del cordón de la campanilla; pedía socorro. «¡Envenenado! ¡Estoy envenenado!» decía lleno de terror á los parientes y criados que rodearon el lecho....

—¡Lo que me habrá dado ese loco! ¡Dios mío! ¡qué números, qué serie de la lotería me habré tragado yo!

—¿Pero estás loco?....—le preguntaban.

—No, yo no; el médico.... Pronto, á escape, un contraveneno.... un vomitivo....

—Irán á la botica....

—No, no, es tarde; corre prisa.... Aceite; ¡todo el aceite que haya en casa!.... ¡Venga aceite!

Bebió no sé qué cantidad fabulosa de aceite. Por aquella boca salió á poco.... lo que no puede de-



cirse. Debió de haberse quedado hueco. Le venció la debilidad y se quedó entre aletargado y dormido.

Se llamó á D. Eleuterio. Cuando despertó don Narciso lo tenía inclinado sobre su cabeza, observándole.

—Pero ¿qué hace aquí este hombre?

Don Eleuterio creyó que deliraba. En fin, después de muchos despropósitos, hubo explicaciones. Don Narciso sintió que se sentía muy bien.

—¡La medicina!—dijo D. Eleuterio.

—No, el aceite.

El médico se echó á reír, y dijo:

—Puede.

Aquel papelito que tanto había alarmado al enfermo no era cosa de su médico; éste, por curiosidad, lo había recogido entre otros muchos que había dejado un pobre estudiante de Medicina que había muerto loco en el hospital.

A los pocos días del susto y de *desfondarse*, don

Narciso se paseaba ya por casa y comía con apetito.

Y una tarde, D. Eleuterio, que había estudiado muy bien la rápida y milagrosa curación *espontánea* del inaguantable cliente, le dijo:

—Pues hay que confesarlo; el loco del hospital.... acertó en ese testamento *científico*. Quien le ha curado á usted ha sido *la médica*, la Casualidad. Reconozco, sé positivamente, que lo que usted necesitaba, y yo no caía en ello, no era lo que yo le dí, sino lo que usted tomó para arrojar lo otro.

—¿Aceite?

—Si no aceite por necesidad, algo que surgiera el mismo efecto. La cosa parece muy grosera; pero la verdad es que *usted tenía dentro algo que no sabemos lo que era*; y que le hacía falta librarse de ello, y se libró.... por creer que yo estaba chiflado. Le han curado á usted entre un demente y la Fortuna. Dos locos.

—Sobre todo me ha curado.... *la médica*.

CLARÍN.



PRIMAVERA.

Cuadro de Dionisio Baixeras.



EN EL BOSQUE.
Cuadro de Waller.



DOS HOMBRES.

EPISODIO HISTÓRICO.

SE hablaba de disciplina militar á propósito de uno de aquellos motines que ensangrentaron las calles de Madrid en 1848, y un viejo, que permanecía callado hacía tiempo, interrumpió de pronto la conversación, exclamando como si razonara consigo mismo:

—¡La disciplina! ¡la ordenanza! bases indestructibles de todo buen ejército; y hay ocasiones, sin embargo.....

—¡Hola! el veterano parece que tartamudea una objeción—murmuró un antiguo Comisario de guerra.

—No es una objeción, es un recuerdo—dijo tristemente el anciano.

—Recuerdo personal, ¿no es así?

—Tan personal, que se remonta á un día en que merecí yo ser fusilado.

—¿Usted? El militar sin miedo y sin tacha, como llamaban los franceses á no sé cuál de sus campeones. Y ¿por qué delito?

—Por el más grave de todos: desacato y ofensas á un superior.

—¿Ofensas de palabra?

—De palabra y de obra.

—Necesitamos saber eso, porque cuando usted lo hizo me inclino á creer que no fué una botarata.

—Lo diré si ustedes se empeñan.

—Que lo diga, que lo diga—exclamaron á una voz todos los del corro.

Y aquel hombre á quien, como á otros las viuelas, habían desfigurado las cicatrices, tomó la palabra y habló así:

I.

Contaba yo en 1821 cerca de treinta años de servicios; era teniente hacía diez, y me encontraba con mi regimiento de Soria de guarnición en Barcelona.

Una tarde, pasando por la Rambla, vi á la puerta de un modesto café varios oficiales que me hacían señas para que me acercara al grupo. Casi todos eran amigos ó conocidos míos, y apresuráme á complacerles siguiendo mi costumbre. Ya cerca, noté que estaban agitados y coléricos, pero conteniéndose para no llamar la atención, y por respeto al uniforme, que imponía entonces muchos más deberes que ahora.

—¿Qué hacéis aquí?— pregunté á mis camaradas, que se apresuraron á rodearme;— vamos adentro, y entre un sorbo y otro de café me contaréis lo que sucede.

Todos obedecieron mi indicación.

—Pues sucede— dijo el más impaciente de todos, ya instalados en torno de una mesa— que esta mañana ha sido arrestado el capitán N., y se susurra lo serán otros; que nos consta no ha dado motivo alguno para el arresto, con el cual se pretende, sin duda, manchar su brillante hoja de servicios; que el hecho reviste, por tanto, caracteres de gravedad, y que es preciso protestar de él de alguna manera. ¿Sabías tú algo?

—Ni algo, ni nada; entré ayer de guardia en la Ciudadela y de allí he salido hace tres horas, las mismas que he pasado en mi casa: decídmelo, pues, todo; pero por partes, y con mucha prudencia y calma, que es como se arreglan estos asuntos. En primer lugar ¿quién firma la orden de arresto?

—¿Quién ha de ser? E...

—Menos mal, pues se ve que la cosa no viene de muy arriba. Ha podido ser una mala inteligencia, y yo creo que en cuanto dos ó tres os aviséis con ese señor se deshará la equivocación.

—Sí; pero ¿quién le pone el cascabel al gato?

—¿Qué gato es ese de que habláis?

—¿Tú conoces al Sr. E...?

—No, por cierto; los pocos meses que llevo aquí anduve de destacamento, y desde que vine apenas lo habré visto una ó dos veces.

—Bien puedes llamarte dichoso. El Sr. E... es, y apelo al testimonio de cuantos me oyen, el ser más insociable y más adusto de la tierra. Trata á

los inferiores lo mismo que á esclavos, y no admite de ellos ni súplicas, ni observaciones, ni demandas; todo el que acude en queja á él, sale insultado y abofeteado si se descuida; en fin, ¿qué más? son ya varios los oficiales que han pedido el pase á otros cuerpos á causa de los malos tratamientos de que han sido víctimas.

—¡Bah, bah! me parece que exageráis. Será todo lo más un carácter violento, como hay muchos; pero la educación no está reñida con la energía.

—Te equivocas de medio á medio en este caso. Preguntemos, si no, uno por uno á los presentes. ¿Qué opinas tú del Sr. E...?

—Que es un déspota.

—Que es un grosero.

—Que es un bruto.

—Que tiene naturaleza de puerco espín.

—Que debieron destetarle con vinagre.

—Ya has oído la opinión de todos; es decir, no de todos, porque hay uno que nada ha dicho: ¿qué opina usted, señor alférez?

El alférez, enjugándose una lágrima, respondió:

—Tratándose del Sr. E..., yo no tengo opinión, tengo vergüenza. Después de mi padre, es el único hombre que me ha puesto la mano encima, y yo se lo he perdonado por mi padre.

Sentí una conmoción en la sangre, como si todas mis heridas se abriesen á un tiempo, y aproximándome al oído del alférez murmuré:

—Joven, ¿es cierto lo que acabo de oír?

—Tan cierto, mi teniente, como que el miserable cerró la puerta con llave apenas comenzó á reprenderme, y, guardándosela en el bolsillo, vino sobre mí con destempladas voces, y me maltrató hasta dar conmigo en tierra, donde la ira más que el dolor me privó del conocimiento.

—¿Y después?

—Cuando recobré el sentido me hallé rodeado de dos ó tres ordenanzas y empleados de su dependencia, que me curaron y me condujeron á mi casa, diciéndome tan sólo al despedirme:

—¿Cómo ha de ser!

—De modo— exclamé yo, cortando el diálogo— que el capitán N... ha sido arrestado sin motivo, y que es preciso hacer algo por él. Pues yo me encargo de esa comisión.

—¿Tú?— murmuraron cinco ó seis voces.

—¡Yo! ¿qué encontráis en ello de notable?

—Pero ¿vas á ver al Sr. E...?

—En este momento, pues con seguridad estará en la oficina. ¿Me esperáis aquí?

—Te esperamos, aunque sea un par de horas; pasado este plazo, procuraremos averiguar tu paradero.

Estreché la mano de los que tenía más próximos, tomé el morrión, que había colocado sobre una silla, y salí.

II.

No estaba lejos el Gobierno militar, y, según yo presumía, el Sr. E... se encontraba en su despacho, donde no tardé en ser introducido.

Al verme se levantó, y, apoyándose en la mesa, se puso á mirarme de hito en hito. Yo me mantenía descubierto y cuadrado enfrente de él.

—¿Es usted el teniente P...?—me preguntó.

—Sí, señor—contesté.

—¿Sirve usted en el regimiento de Soria?

—Hace tres años, por pase del de Lorena.

—¿Quién es el coronel de su batallón?

—D. Nicolás de Castro Palomino.

—Parece que no es usted muy joven.

—Desgraciadamente es la verdad.

—Sin duda no procede usted de las Academias.

—No, señor; procedo de los campos de batalla.

—Usted dirá lo que desea—murmuró el señor E. mordiéndose los labios.

Entonces, con todo el debido respeto, pero con el mismo calor con que hubiera abogado en un tribunal defendiendo á un inocente, expuse al Sr. E... los motivos de mi visita; el interés que me movía en favor del capitán N..., mi compañero de armas en la guerra de la Independencia; los perjuicios que el arresto podría ocasionarle,

sobre todo en aquellos momentos en que empezaba á ponerse en vigor una especie de ley de sospechosos, y creo que hasta estuve elocuente enumerando los méritos y servicios del capitán y sus condiciones de pundonor y rectitud.

El Sr. E... escuchó mi arenga sin pestañear; en seguida, dando dos pasos hacia mí, dijo con acento de mal reprimido enojo:

—Si todo cuanto acaba usted de decirme fuera exacto, la orden de arresto resultaría una ligereza y hasta una injusticia; pero como la he dado yo, y mejor que sufrir correcciones de nadie quiero creer que no me equivoco nunca, me reservo el derecho de dudar de la veracidad de sus informes.

—Permítame usted, mi coronel, hacerle observar que yo no le he dado ese derecho.

—Hombre, ¡tiene gracia!—gritó con destempladas voces el Sr. E...—¿Desde cuándo necesito yo que me den lo que está en mi mano tomar?

Y como un loco se puso á pasear por la habitación.

Todos ustedes me conocen, y saben, pues lo habré dicho mil veces, que hay una cosa que yo no he tolerado jamás á amigos ni á enemigos: que me hablen alto. Será cuestión de temperamento, será delicadeza de

oído, será lo que quiera; pero no hay nada que me exalte como los desentonos.

Hice de tripas corazón, sin embargo, y respondí al Sr. E... lo más mesuradamente que pude:

—Coronel, debo al Rey la espada que ciño, y mientras la conserve no permitiré que nadie me insulte.

—¿También eso? ¿Bravatas á mí?—rugió ya desatentado el Sr. E...—Va usted á ver el caso que hago yo de las espadas.

Lo que sucedió entonces fué tan rápido, que aun hoy apenas acierto á darme cuenta de ello.



Vi al Coronel abalanzarse á la puerta, echar la llave, y venir después hacia mí con los dos brazos levantados y amenazadores. Di un paso atrás, y sus golpes se perdieron en el vacío. Adelanté, y aferrando sus brazos entre mis manos, que en aquella época solía yo emplear en vez de martillo y de tenazas, le atraje hacia mí, y le rechacé después con tan violenta sacudida, que tropezando en la mesa, cayó desplomado en el suelo, faltando poco para que yo cayera también encima de él. Todo esto había pasado sin pronunciar una palabra; pero al estrépito de la caída, y prevenidos ya sin duda por las voces anteriores, varios oficiales y sargentos salieron apresuradamente por una puertecilla secreta que ponía el despacho en comunicación con la oficina.

El Sr. E... se había ya levantado, y, contra lo que yo esperaba, la expresión de su rostro era, más que de ira, de tristeza.

—¿Qué es eso?—preguntó dirigiéndose al grupo de los recién venidos.

—Nada, señor—dijo uno de ellos,—sino que hemos oído un ruido grande, y creímos que pasaría algo.

El oficial que hablaba era amigo mío, y en la mirada que me dirigió se retrataba su profunda angustia.

En cuanto al Coronel, paseó la vista en derredor, compuso un poco el desorden de su traje, y exclamó con naturalidad:

—Pues aquí no ha pasado nada, ó, si ha pasado, no es lo que ustedes se figuran....

—Perdone usted si nuestro deber y las circunstancias nos han obligado á faltar....

—Nada de eso, señores; y para que no se entretengan en hacer comentarios, les diré que el hecho no ha podido ser más sencillo. Yo no conocía al teniente P... más que de vista; pero había oído hablar de sus fuerzas extraordinarias, y hoy que la casualidad le ha traído á mi despacho, he querido probarlas con las mías, y ya ven ustedes, me ha vencido, y hasta creo que me ha derribado.

—Pura casualidad, señor—murmuré yo,—no sabiendo qué decir.

—Puede que tenga más fortuna otra vez, ó que mi adversario esté más débil; por ahora me contentaré con resignarme.

—¿Debemos retirarnos entonces?....

—Sí, todos, excepto usted, señor teniente, y usted, sargento Ruiz, que va á sentarse en esa

mesa y extender una orden levantando el arresto al capitán N...

Debo confesar que, pasado el arrebato del momento, aquel hombre me parecía respetable; el último rasgo lo acreditaba de sublime. Acerquéme á él, y no sin cierta timidez traté de estrecharle la mano, diciéndole muy quedo:

—¡Coronel, quien ha vencido es usted!.....

—No, teniente—murmuró más quedo aún;—á usted le ha tocado vencer; á mí solamente perdonar.

—¿Y no es ésa la mayor de las victorias?

—Sin duda; pero es que yo, como buen cristiano, perdono para que también me perdonen.

Había el sargento terminado el oficio; estampó debajo la firma el Coronel, diómelo después de metido en el sobre, y cambiando un respetuoso saludo, tomé la escalera del Gobierno, que me pareció más corta que nunca, quizá porque bajé los escalones de cuatro en cuatro.

III.

Si se exceptúan las cabezadas y bostezos de dos ó tres señoras, la reunión, de la que formaban parte algunos chicos, oyó con curiosidad, y á veces con marcado interés, la aventura del veterano. El Comisario de guerra fué el primero en dar cuenta de sus impresiones, y lo hizo de este modo:

—¿Lo ven ustedes? Lo mismo exactamente que yo decía; él llama á eso falta, y yo lo llamo cumplimiento del deber.

—Se equivoca usted, Sr. Comisario; yo falté por muchas razones: falté con ir á ver al Coronel, obedeciendo á un exagerado impulso de amor propio; falté trocando en exigencia de palabra lo que en todo caso debió ser súplica por escrito; falté, porque siendo yo el más viejo de los dos, tenía obligación de ser el más prudente.

—Y á todo esto, nos ha dejado usted sin saber el final de la historia....

—Pues nada; que llegué al café donde me esperaban mis compañeros; que arrojé sobre la mesa la orden levantando el arresto al capitán N..., y que á las risas maliciosas de los unos, y á los impertinentes cuchicheos de los otros, respondí severamente con estas palabras:

—No me pidáis noticias de lo que ha pasado, ni contéis siquiera que he sido yo el que ha con-

seguido alzar el arresto; pero sabed que desde hoy consideraré como enemigo personal al que delante de mí ponga en duda siquiera el valor y la caballerosidad del Sr. E...

Creo inútil decir que esta declaración puso término á todas las murmuraciones.

—¿Y no volvió usted á ver al Coronel?—preguntaron á un tiempo dos ó tres oyentes.

—Muy poco, por entonces; cuando nos encontrábamos en la calle, él se hacía el distraído y yo también. Sólo muchos años después nos hemos visto cara á cara, y hemos podido hablar de igual á igual.

—¡Hola! ¿Y cómo sucedió eso?—interrogó el Comisario de guerra.

—Pues del modo más natural. Retirado del servicio por mi edad y por mis heridas, ocupaba yo hacia 1843 ó 44 la plaza de jefe de Hacienda en una importante capital de Castilla la Vieja, cuando no sé si con autoridad militar ó formando parte de una división de ejército, llegó allí convertido ya en general el coronel E...

Un día nos encontramos en casa del Jefe político. Al tratar éste de presentarme, aquél le interrumpió, y tendiéndome cordialmente la mano, dijo:

—No es menester; nos conocemos hace larga fecha, si es que el Sr. P... no me ha olvidado.

—Yo no olvido jamás los beneficios, General—le respondí á media voz.

—Ni yo tampoco—murmuró éste, llevándome aparte del círculo que se había formado en el salón;—y crea usted que el que le debí fué muy grande.

—Yo siento al verle el remordimiento de mi primera falta.

—Tranquilícese usted sabiendo que aquella mía fué la última. Pero ¿qué quiere usted? No había encontrado en mi camino más que adulaadores ó cobardes; cambié de conducta así que la casualidad me colocó enfrente de un hombre.

—Gracias, General.

Pocos días después fuí yo trasladado con ascenso á la Coruña, y es inútil que me pregunten ustedes más, porque aquí concluye la historia.

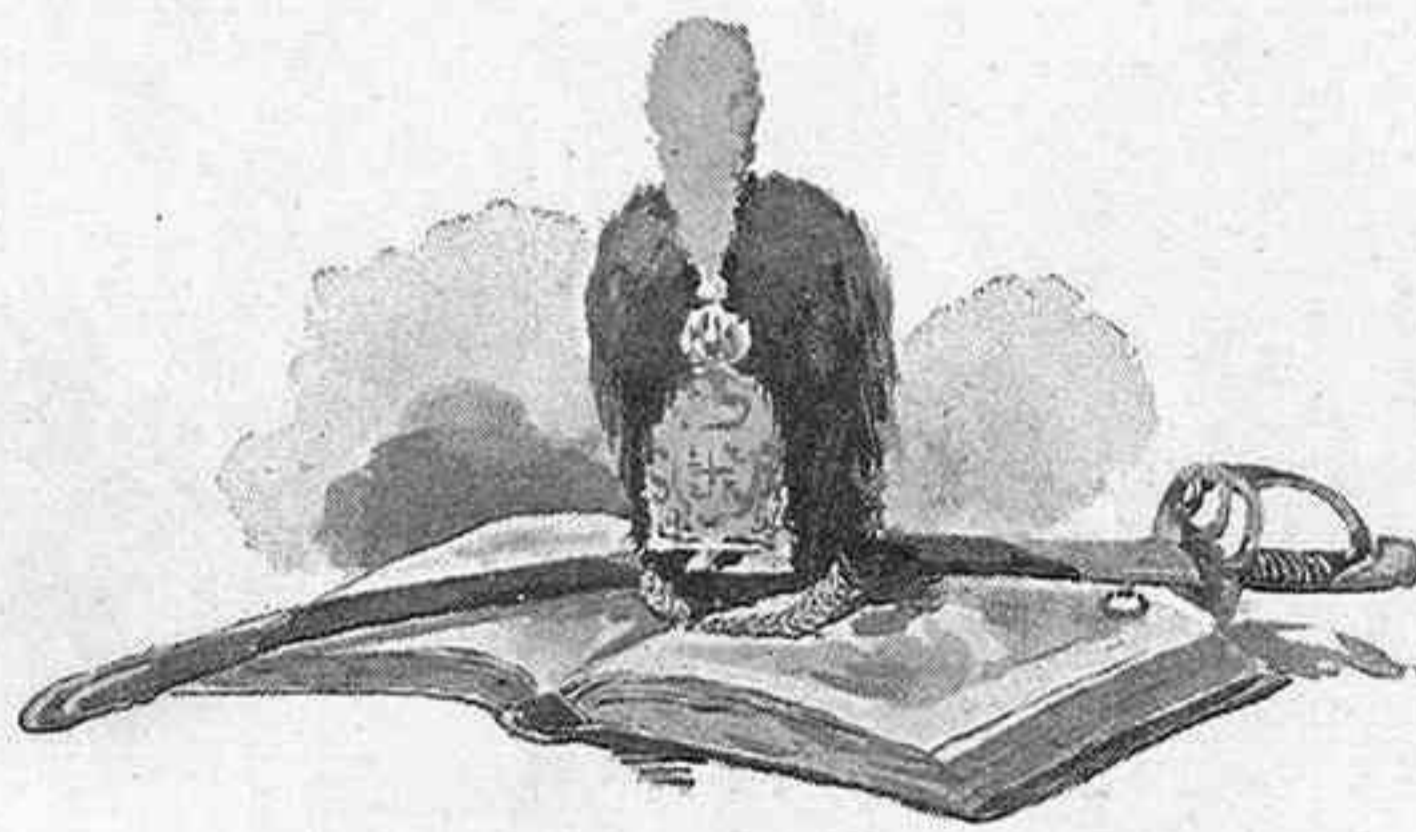
Hace muchos años que murieron aquellos dos hombres.

Conservo vago recuerdo del uno: era el brigadier D. Andrés Egoaguirre.

Guardo memoria eterna del otro: se llamaba Simón del Palacio.

De entre los mil episodios de su novelesca vida, plácele desenterrar hoy éste á su amantísimo hijo

MANUEL DEL PALACIO.





INVIerno.
Cuadro de Emilio Sala.



FLOR DE ESTUFA.
Cuadro de Emilio Sala

Á D. RAMON DE LA CRUZ.

No salgas de tu sepulcro,
Que no le conocerás:
El Madrid de los chisperos
Sólo se conserva ya
En las pinturas de Goya
Y en tu musa popular:
Y si sales, no preguntes
Por la plaza de San Juan,
La Huerta de la Priora
Ni los Caños del Peral;
Ni busques á San Felipe
Si quisieres murmurar,
Y si visitar los templos,
¡Cómo los encontrarás!
Cayeron Santa María,
El Salvador, San Millán,
La Victoria, el Buen Suceso,
Y San Martín y cien más;
La Merced es una plaza,
Y Santa Cruz un bazar.
Por los nombres de las calles
¡Qué pocas recordarás!
La Pingarrona, Aunque os pese,
La plazuela de Garay,
Y el callejón del Infierno,
Nadie sabe dónde están,
Ni la Chamberga, ni el Tufo,
Ni el cerrillo de San Blas,
Porque los ha confirmado
La Municipalidad,
Y te ha dado á ti una calle
Que no pisaste jamás.
Madrid adelanta mucho,
No te lo puedo negar:
Ya nadie grita de noche
En el balcón: «¡Agua va!»
Ni el prójimo puede hacer
Vertedero del portal,
Y hay árboles en las plazas,
Y luz eléctrica y gas,

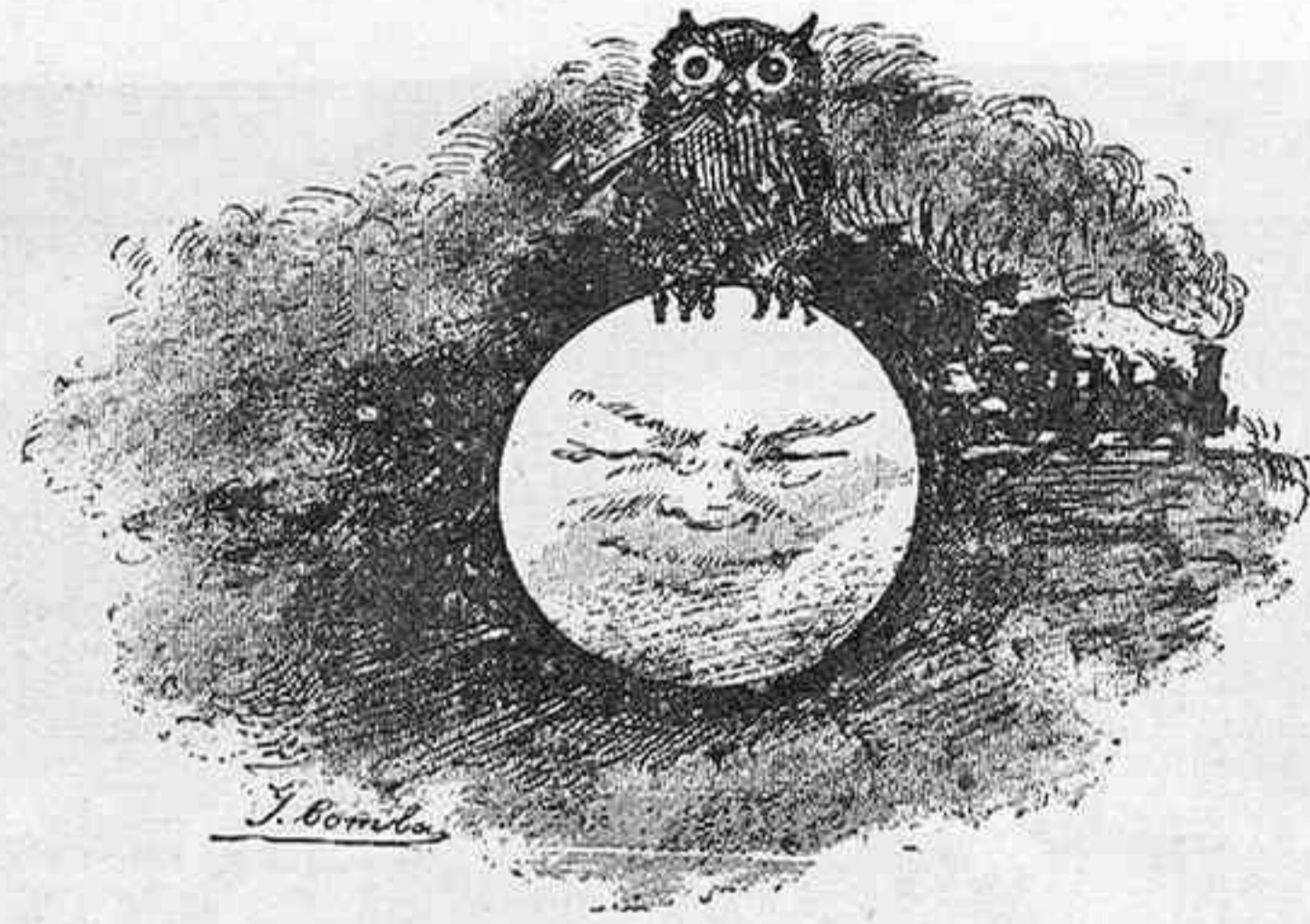
Y barrenderos y carros,
Multas y riego oficial,
Aunque con tanta limpieza
Quede mucho por limpiar.
Si viviendo entre los majos
Y burlándote con sal
De petimetres ridículos,
Cortejos de mazapán,
Abates almibarados,
Maridos sin dignidad,
Mondongueras sin vergüenza,
Pillos y locos de atar,
Ya encontraste rebajado
Nuestro tipo nacional,
¿Qué dirías, sainetero,
Si volvieras por acá
Y conocieras la España
Galo-constitucional?
Arrópate en la mortaja,
Que es nuestro último disfraz,
Si no ha esparcido tus huesos
El barrido monacal;
Pero si tienes empeño
En salir, alzáte ya:
Con el capote de grana
Ocultando el costillar,
Y el sombrero de tres picos
En la calavera, sal;
Y aunque atraveses del Rastro
Al camino de Alcalá,
Y de éste á la Morería,
Y saltes á Tetuán,
No busques el sello y tipo
De tu Madrid familiar.
El Madrid de los chisperos
Le enterraron años ha
En la Moncloa y el Prado
Los sayones de Murat.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.





ALELUYA.
Cuadro de Gatch.



EL CIELO EN 1897.

Sol.—A juzgar por la forma general de la curva que representa la intensidad de las fluctuaciones de la energía solar en su ciclo undecenal, puede preverse que en el presente año ha de ser relativamente escaso el número de manchas, dado que el último máximo ha ocurrido en Agosto de 1893, y el próximo mínimo ocurrirá hacia 1901. No ha de ser esta circunstancia motivo para abandonar el estudio del gran luminar, pues precisamente en la fase actual es cuando suelen aparecer sobre las dos zonas próximas al ecuador manchas muy notables por su forma y dimensiones.

Añádase que estos estudios revisten hoy palpitante interés con motivo de la conexión que acaba de descubrir el sabio astrónomo Flammarión entre aquellas fluctuaciones y las que presenta la temperatura anual en los Observatorios de Londres, París, Lyon, Tolosa y Montpellier, lo cual permite entrever una ley análoga á la del paralelismo entre las manifestaciones de la actividad solar y las variaciones del magnetismo terrestre, enlazándose así fenómenos en apariencia inconexos y cuyo principio generador radica visiblemente en el astro central de nuestra colonia planetaria.

Mercurio.—Las mejores circunstancias para su observación durante la visibilidad vespertina serán en los siguientes días: 6 de Enero, 28 de Abril, 26 de Agosto, 20 de Diciembre; y en la matutina, estos otros: 15 de Febrero, 15 de Junio, 7 de Octubre. Las circunstancias más favorables, el 26 de Agosto.

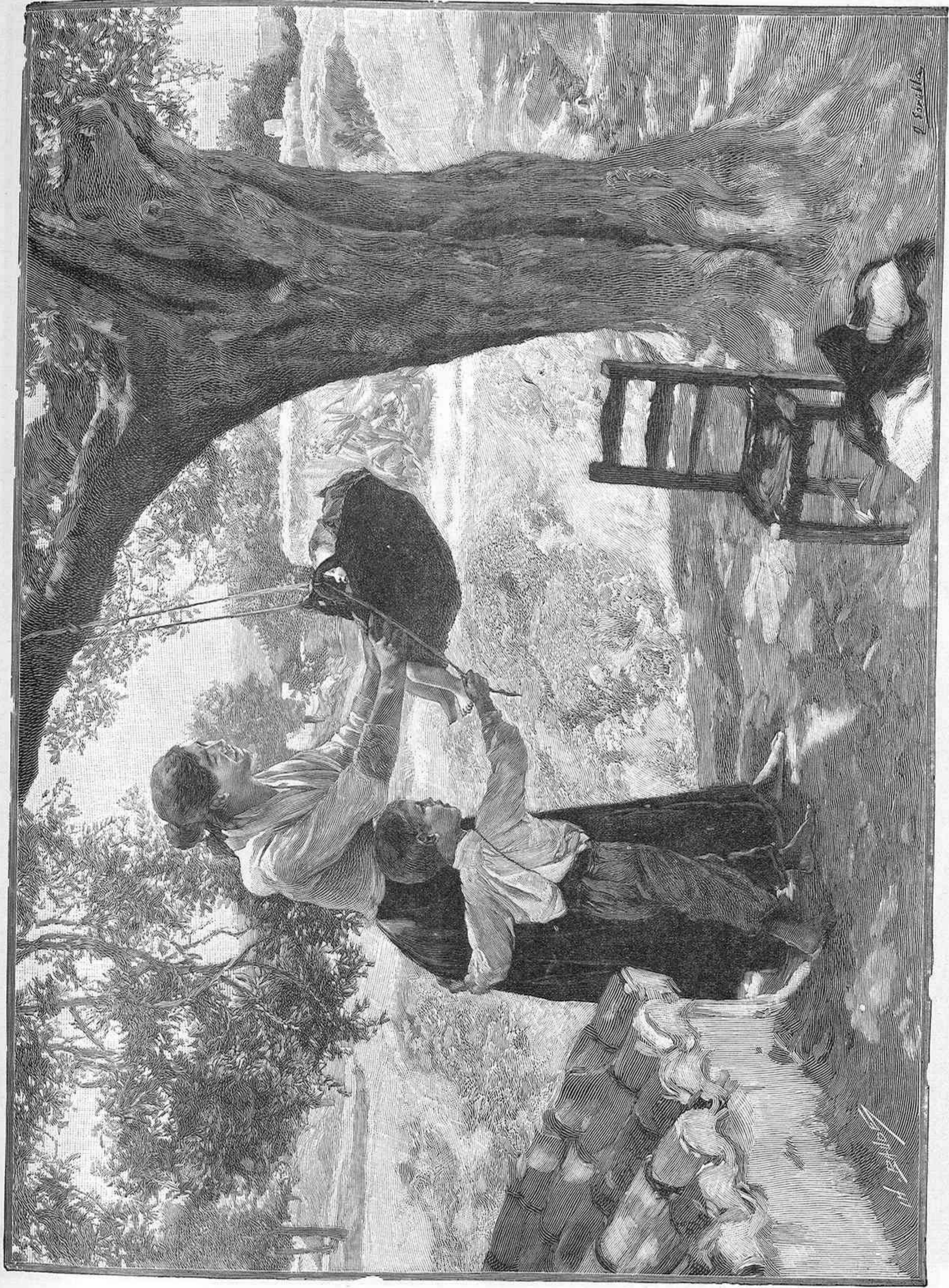
Venus.—Brillará durante las últimas horas de la tarde y primeras de la noche en los cuatro

primeros meses del año, y en las últimas de noche y primeras de la mañana en los restantes. Alcanzará su máximo esplendor el 21 de Marzo y el 2 de Junio, y su conjunción con el Sol ocurrirá el 28 de Abril, en cuyo día su diámetro aparente subtenderá un minuto de arco, y se aproximará á la Tierra á una distancia de 42 millones de kilómetros.

El problema de la rotación de Venus ha sido nuevamente planteado, y, bien puede decirse, definitivamente resuelto por Mr. Perrotin, confirmando la conclusión del ilustre Schiaparelli, quien de há tiempo sostiene ser iguales las duraciones de rotación y de revolución. Fúndase aquí en la luminosidad de que aparece inundado el hemisferio obscuro cuando el planeta se halla en la proximidad de su conjunción inferior, semejante á la de las auroras polares de nuestro globo, lo cual acusa, allí como aquí, una larga noche, que en Venus es perpetua. El fenómeno podrá observarse este año en los días que anteceden y siguen al 28 de Abril.

Marte.—Durante los dos primeros meses del año será todavía bastante visible en la constelación de Tauro, entre las estrellas β y la brillante Aldebarán; pero su diámetro aparente medirá tan sólo 17'' el 1.º de Enero, y luego irá disminuyendo rápidamente, reduciéndose á 10'' á fines de Febrero.

Júpiter.—De Enero á Julio permanecerá en la constelación de Leo, encontrándose al Este y muy cerca de Régulo en la última quincena de Abril y primeros días de Mayo. Estará en oposición con el Sol el 23 de Febrero, en cuyo día



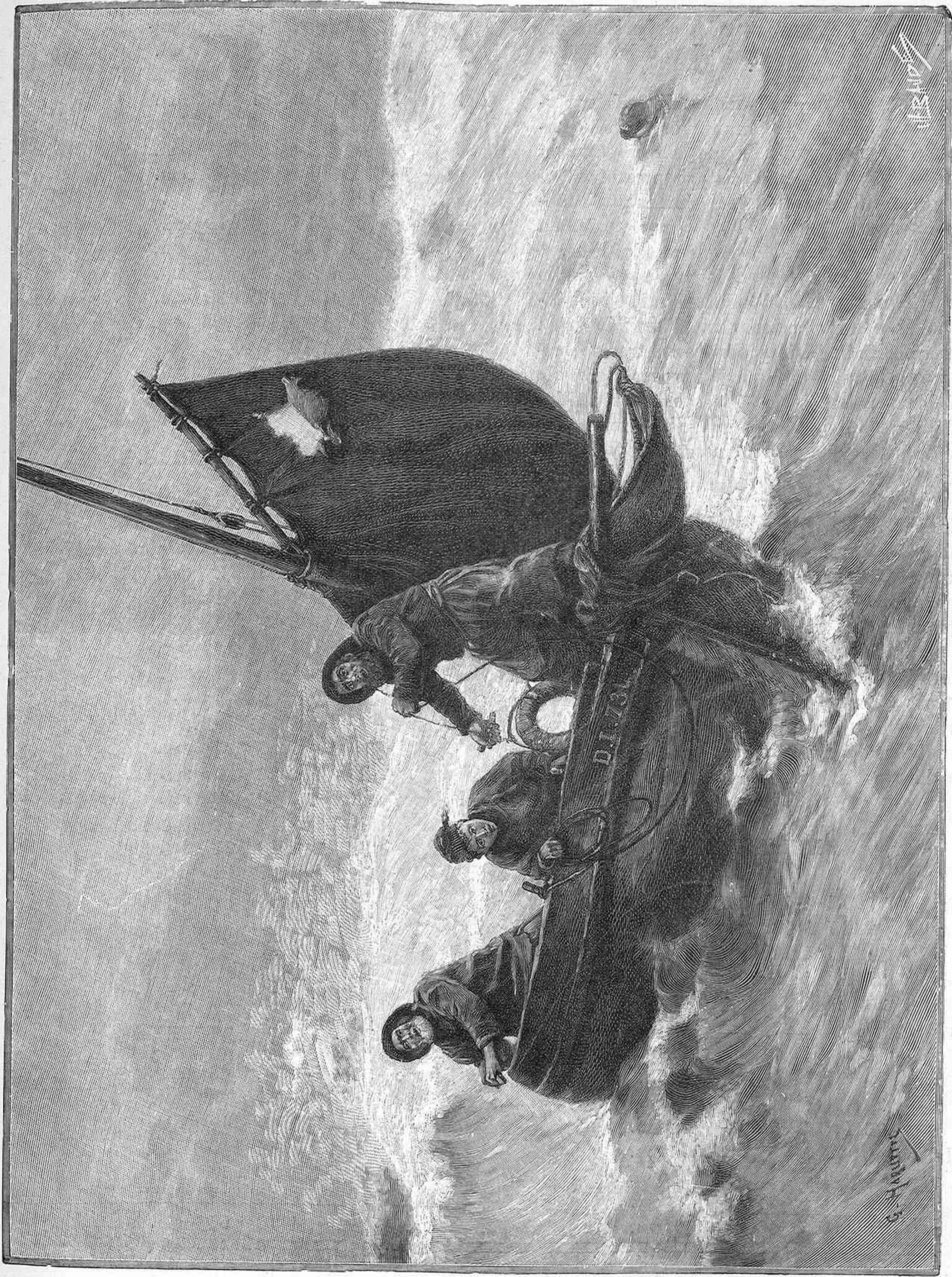
LA MEJOR CUNA.
Cuadro de Joaquín Sorolla.





PARTIDA INTERRUPTA.
Por Latayette.

Mandryk



UN SALVAMENTO.
Cuadro de Haquette.

su máxima altura aparente sobre el horizonte de Madrid será de $60^{\circ} 24'$, poniéndose á las $6^h 55^m$ de la mañana siguiente.

Cambios profundos se han operado en la superficie del colosal planeta durante los últimos cuatro años, hasta el punto de que la configuración de las bandas, tal como se halla representada en las figuras publicadas en los Almanagues anteriores, apenas se parece á la que hoy existe. La banda Norte ecuatorial, de color rojo ladrillo, se ha adelgazado en extremo, tomando en cambio un matiz semejante la banda austral, dividiéndose en grandes extensiones en el sentido de su longitud. Estudiar asiduamente estas transformaciones con la mira de llegar á conocer algún día el régimen meteorológico ó la constitución física de Júpiter, merece, pues, ser objeto preferente para los aficionados que posean instrumentos de mediano alcance.

La duración de los eclipses de los satélites y de los pasos de sus sombras sobre el disco del planeta tienen un máximo y un mínimo que se repiten cada seis años próximamente; y como la primera mitad del de 1897 dista muy poco del último máximo, que ha ocurrido en 1896, se sigue que la observación de aquellos fenómenos en su totalidad será ahora relativamente difícil, á lo menos á horas cómodas, en cuanto á los satélites tercero y cuarto, que invertirán cerca de cuatro horas en sus eclipses y pasos. Los principales de estos fenómenos serán los siguientes:

ECLIPSES.

Enero	3	I á $10^h 53^m 27^s$	inmersión.
»	6	IV á 12 26	emersión.
»	14	III á 10 28	59 em.
»	21	III á 10 57	39 in.
»	26	I á 11 3	14 in.
Febrero	4	I á 7 25	58 in.
»	11	I á 9 18	32 in.
»	18	I á 11 12	14 in.
»	20	II á 11 9	39 in.
»	26	III á 10 15	8 em.
Marzo	3	II á 5 52	37 em.
»	6	I á 11 43	3 em.
»	8	II á 6 11	33 em.
»	10	II á 8 28	39 em.
»	14	IV á 7 56	21 in.
»	»	á 12 13	30 em.

Marzo	17	II á $11^h 4^m 38^s$	emersión.
»	22	I á 10 0	8 em.
»	29	I á 11 54	38 em.
Abril	7	I á 8 17	59 em.
»	10	III á 6 44	5 in.
»	»	á 10 5	4 em.
»	14	I á 10 12	46 em.
»	17	III á 10 43	11 in.
»	»	á 14 4	10 em.
»	21	I á 12 7	38 em.
»	30	I á 8 31	17 em.
Mayo	7	I á 8 45	22 em.
»	20	IV á 8 6	56 em.
»	»	II á 10 24	52 em.
»	23	I á 8 45	22 em.

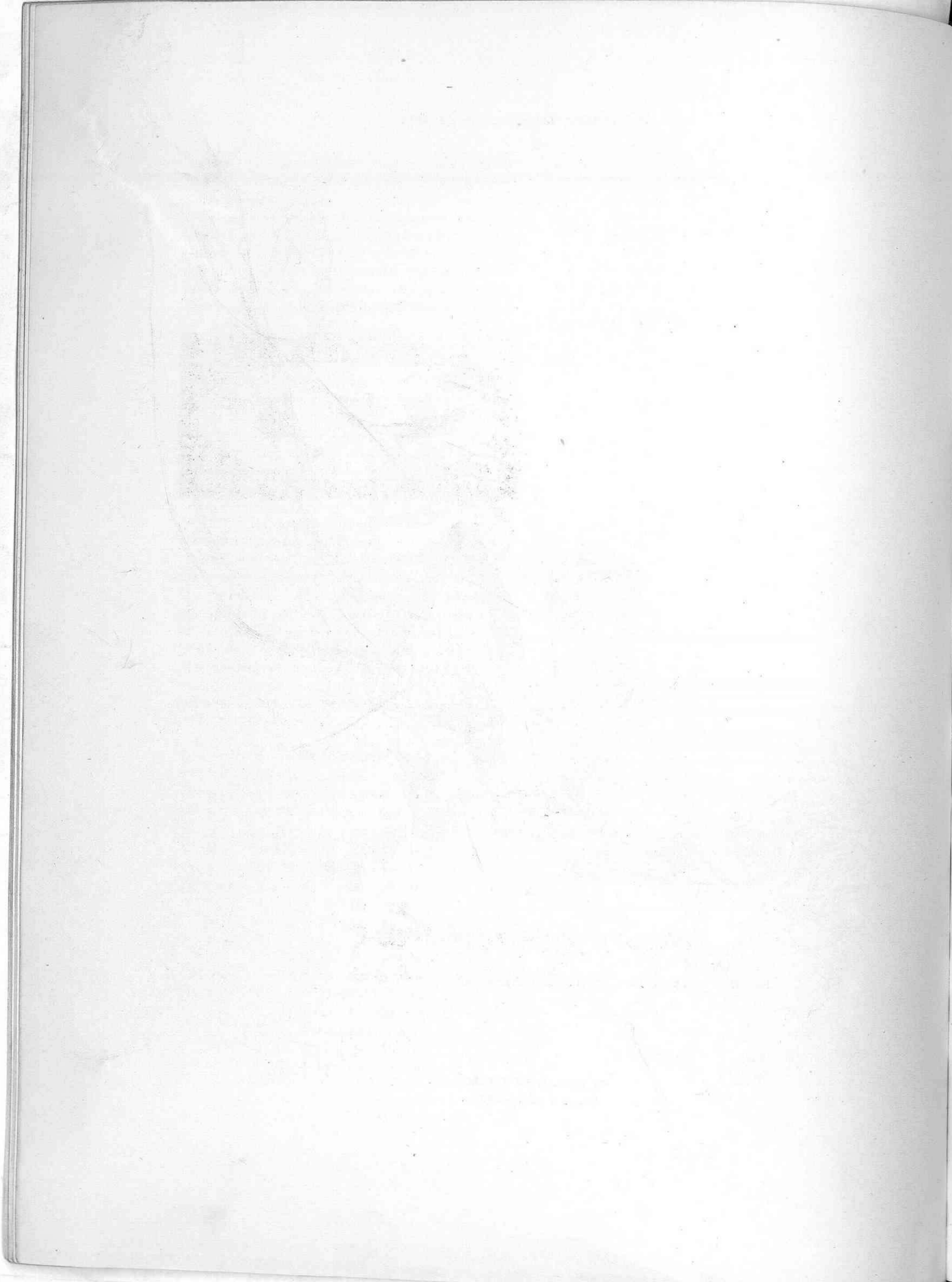
PASOS DE LAS SOMBRAS.

Enero	3	II á $11^h 29^m$	entrada.
		á 14 23	salida.
»	11	I á 10 2	ent.
		á 12 21	sal.
»	21	II á 8 45	sal.
»	27	I á 8 18	ent.
		á 10 37	sal.
»	28	II á 8 25	ent.
		á 11 19	sal.
»	31	IV á 9 25	ent.
		á 14 3	sal.
Febrero	1	III á 8 29	sal.
»	3	I á 10 12	ent.
		á 12 31	sal.
»	8	III á 7 51	ent.
		á 12 27	sal.
»	12	I á 8 54	sal.
»	17	IV á 7 59	sal.
»	19	I á 8 29	ent.
		á 10 48	sal.
»	26	I á 10 23	ent.
		á 12 42	sal.
Marzo	7	I á 6 46	ent.
		á 9 5	sal.
»	14	I á 8 40	ent.
		á 11 0	sal.
»	16	III á 8 18	sal.
»	21	I á 10 35	ent.
		á 12 54	sal.
»	23	III á 8 44	ent.
		á 12 16	sal.



Julio Goodman
'20

GALANTERÍA.
Por Julio Goodman.



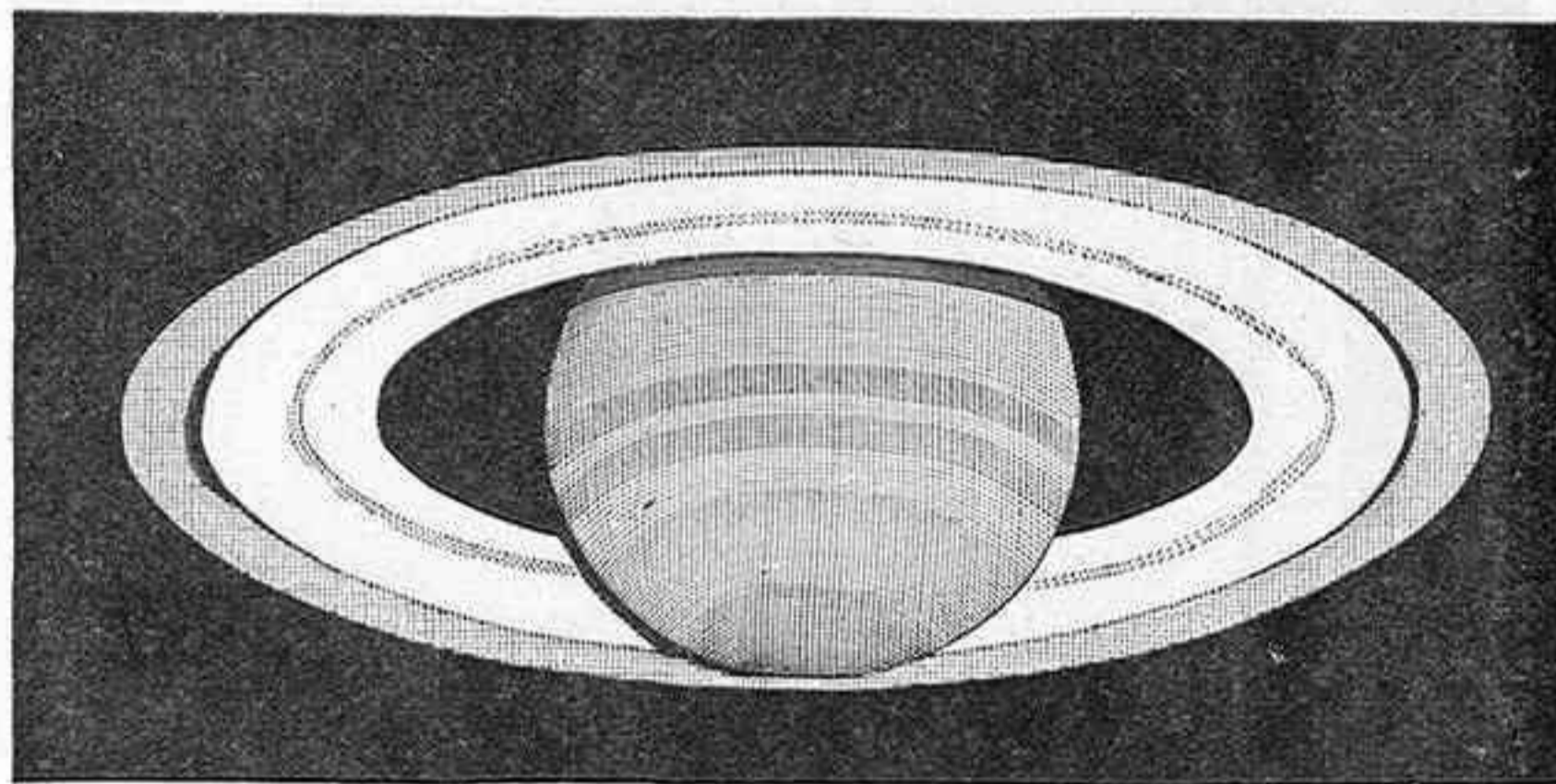
Marzo	30	I	á	6 ^h	59 ^m	entrada.
				á	9	18 sal.
Abril	6	I	á	8	53	ent.
				á	11	12 sal.
»	8	IV	á	9	24	ent.
				á	13	47 sal.
»	12	I	á	7	12	ent.
				á	4	31 sal.
»	25	IV	á	7	44	sal.
»	28	III	á	8	10	sal.
»	29	I	á	9	7	ent.
				á	11	26 sal.
Mayo	5	III	á	8	40	ent.
				á	12	9 sal.
»	15	I	á	7	25	ent.
				á	9	44 sal.

Saturno.—En los meses de Enero y Febrero se hallará en el extremo oriental de la constelación de Libra, pasará á la de Escorpio en Marzo, en cuyos primeros días se dejará ver encima y á corta distancia de la estrella β de dicha constelación, y retrocederá á Libra en los comienzos de Abril, volviendo por último á Escorpio á fines de Octubre. Estará en oposición con el Sol el 17 de Mayo, en cuyo día su mayor altura aparente sobre el horizonte de Madrid será de $32^{\circ} 13'$, poniéndose á $5^h 0^m$ de la mañana del 18.

El estudio de este planeta, hecho recientemente por Mr. Antoniadi con la ecuatorial de 24 centímetros del Observatorio Flammarión, y por Mr. Leo Brenner desde su Observatorio de Manora, ha puesto de manifiesto nuevas divisiones en el plano del anillo; descubrimiento que demuestra una vez más el atractivo constante que entraña la observación de los globos de nuestro sistema solar, pues aunque el objeto de que se trata había sido anteriormente examinado por expertos astrónomos y con instrumentos más po-

tentes, bien se ve que todavía ha podido llevarse más lejos la investigación de los cambios rápidos que se operan en el singular apéndice del planeta.

La ocasión para efectuar estos estudios se presenta en 1897 muy propicia, por ser ahora cuando empezará á verse desde la Tierra el plano del anillo en las mejores condiciones. El grabado adjunto da una idea de cómo aparecerá el expresado plano en la época más favorable del año, que será en los



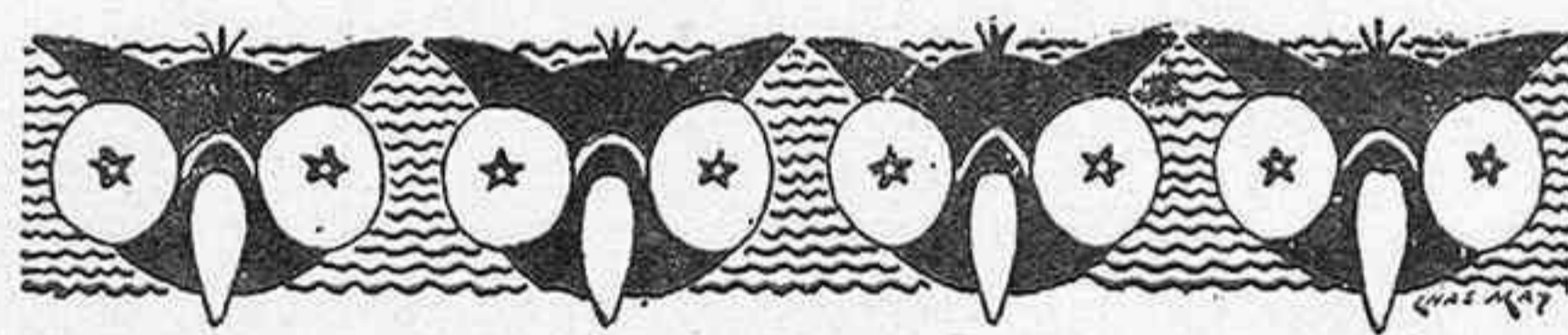
meses de Abril y Mayo. La figura se refiere á visión inversa, por manera que el polo boreal del planeta, ó sea el inferior en apariencia, es el único visible, á causa de encontrarse el austral completamente oculto por el apéndice anular.

Urano y Neptuno.—En el transcurso de su visibilidad, ó sea de Enero á Julio, el primero de estos astros se hallará al Sur de la constelación de Libra, y su oposición ocurrirá el 17 de Mayo.

Neptuno se mostrará al Oriente de la constelación de Tauro, y estará en oposición con el Sol el 12 de Diciembre.

Eclipses de Sol y Luna.—El presente año es de los pocos en que no hay ningún eclipse de Luna. Habrá dos de Sol, pero invisibles en todas sus fases desde la Península.

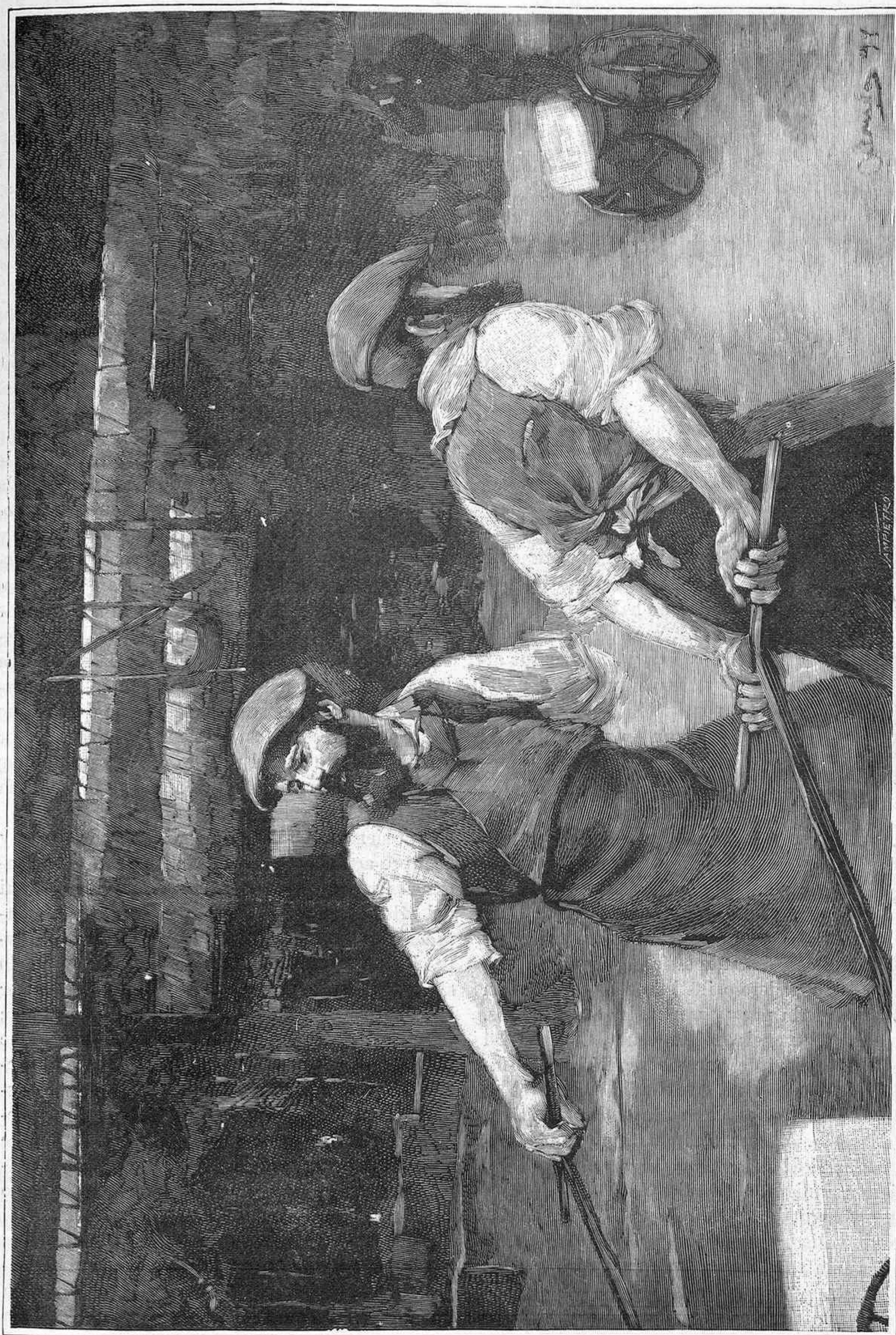
JOSÉ J. LANDERER.





ENFERMA DEL CORAZÓN.

Cuadro de G. A. Storey.



TALLER DE ACERO (VIZCAYA).
Cuadro de Vicente Cutanda.

EN UN TRIS.

I.



DESDE mis buenos tiempos de estudiante, hacía trece años, no había vuelto á Sevilla, y al volver sólo fué de paso, para preparar algunas menudencias de la revolución que se iba á operar en mi vida. Al cumplir los treinta y cinco, la prosa y fastidio de mi aburrimiento llegaron á su colmo, y no pude ya con el peso abrumador que producían en mi alma mi muy amada patria la ciudad de Jerez de los Caballeros y mi casa solariega de los Rocos de Campofrío. Las mujeres, con su poderoso instinto natural, acababan al fin por pensar mejor que nosotros. Clemencia, mi hermana, Condesa del Ardila, siempre que me escribía desde Madrid, donde vive, terminaba sus cariñosas epístolas con esta posdata: «Que te cases, Daniel». A cuya fórmula final jamás contesté, ni di importancia alguna, ni aun llegué á leer siquiera, con el tiempo.

Sin embargo, la soledad del celibato me aplacó. Nada valieron para remediarla los amigos, la caza, las piraterías amorosas de la aldea, la aparente vocación que durante alguna temporada sentí por las labores del campo; la lectura, que

casi llegó á secar mi mollera, como diz que le ocurrió á Don Quijote; los negocios de minas; la música, que estudié á fondo con los maestros modernos; y hasta las experiencias de la química y de la electricidad, en las que me gasté muy buenos cuartos, convirtiendo una de las galerías-torreones de mi casa en misterioso laboratorio de alquimista y brujo, según las gentes lo repitieron. Nada de ello logró equilibrar la fiebre latente que me consumía y que no me dejaba dormir, ni conseguí calmar cierta especie de sed que ardía en los recónditos senos de mi espíritu, y por la cual todo lo que el mundo y mis caudales me brindaban como manjares de gusto, me parecía seco, desabrido y hasta repugnante.

Fuí siempre incrédulo en achaques de amor, y siempre acérrimo enemigo del matrimonio; tendencias personales, no hijas del razonamiento ni del cálculo, sino espontáneas y nacidas y sustentadas sin esfuerzo, ni prejuicio alguno de mi parte. La felicidad material me había acompañado siempre, sin que yo la buscara tampoco, sino por haberla encontrado ya asentada en torno mío; pero era lo mismo que la luz del sol, que aunque me daba de plano en la cara y en todo mi exterior, en cambio por dentro no sentía yo sus resplandores, sino que me parecía vivir en las tinieblas y en mayor obscuridad cada día. Á mí me faltaba algo, y por saber lo que era estuve cavilando meses y meses como un trapense, silencioso y retirado en mi casa de Jerez.

¿Qué era lo que me faltaba á mí? Lo oía todos los días y no quería entenderlo. Mi ama de gobierno y sus hijas, cuando al anochecer armaban tertulia con las vecinas, frente al portalón de la

casa, y les preguntaban por mí, y por qué vivía metido en el palacio sin que se me viera el pelo, y por qué había dejado á los amigos, y por qué me estaba consumiendo arrinconado, cuando podía gastar y triunfar como un príncipe, contestaban: «El señorito padece de falta de aparejamiento, porque en este mundo no hay carro que ande con una rueda sola. Todo animal busca su compañera; y el que se empeña en andar solo, al fin se cae, por muy animoso y derecho que empiece á correr. Don Daniel se ha empeñado en andar con una rueda sola, que es la suya, y por las señas se ha resentido ya, y se va á caer, como no encuentre á escape la otra rueda. ¡Vamos, que buenas proporciones no le faltarían aquí mismo, en Jerez, y en toda España, si se le antojara encontrar novia á un hombre como él, joven, buen mozo y con más oro que un altar mayor!»

Asentían los de la tertulia callejera á las razones de mi ama; y desde mi escondite llegué á asentir yo también, de tal manera que, cuando recibí nueva carta de Clemencia, contesté á su eterna posdata, diciéndole: «¡Me decido á casarme. Aconséjame!»

Había yo achacado la fiebre, la sed espiritual y la murria que yo sentía á las ardientes aficiones filosóficas que en mí despertó la constante lectura de los más apetitosos libros modernos; pero bien pronto caía en la cuenta de que antes de leerlos opinaba, respecto á las mujeres y al matrimonio y á la sociedad y al mundo entero, lo mismo ó peor que después de haberlos estudiado. Á fuerza de filosofar á solas se había desecado, contraído y encallecido mi cerebro; y en cambio, toda la sangre y vida que éste no necesitaba refluyeron en el corazón. El corazón sólo entiende el lenguaje de una obra, el de la obra universal, que está en todos los idiomas sin que nadie la haya traducido; el de la que leen y entienden, con sólo mirarla, todos los hombres, aunque no sepan leer ni pensar. Esa obra es la mujer. Á confesión tan terminante llegué yo cuando descendiendo de las alturas de mis estudios, y echándome fuera de las tinieblas que me envolvían, me hallé en el vulgar terreno de la realidad.



¡QUIÉN TUVIERA DIEZ AÑOS!

(De fotografía.)

II.

¡Encontrar una mujer para sí! Este es el gran problema. En Jerez y en Fera y en Zafra y en Barcarrota y en Puebla y en Salvatierra de los Barros y en Oliva, y hasta en Zahinos, sin salir de los rincosillos de mi tierra, hay reguapísimas muchachas, con toda la gracia de las andaluzas, pero además con toda la gallardía y ánimo varonil y conquistador de las extremeñas. Pero, ¿y qué? ¡Si yo me las sabía á todas de memoria! ¡Si yo las había tratado como amigo desde que nacieron! Era preciso, pues, ir á buscar más lejos mi futura media naranja.

Mi hermana Clemencia me dió casi resuelta la dificultad. Al contestarme, diciendo que bendecía á Dios porque al fin me había tocado en el cora-



LA DIVERSION FAVORITA.

Por Lafayette.

zón, añadía: «Muchas veces te he hablado de mi amiga del alma y compañera de colegio Polonia de Liria, la muchacha (ya un poco jamona) más hermosa, más lista y genial, y mejor acaudalada del reino de Valencia; muy parecida á ti en eso de no querer á ninguno, ni de casarse con nadie, y á la cual á menudo he dicho, en broma desde luego, pero sin que á ella le haya parecido mal, que tengo muchos deseos de que sea mi cuñada. Ya sabes que tiene treinta años, y que heredará el título de sus tíos los de Viver, y presumo que podáis ser felices. Si hay alguien que pueda convencerla de que debe casarse, soy yo. Ahora está en París; pero me asegura en su última carta que para principios de Mayo vendrá á Madrid á pasar unos días con sus tíos. Mira, Daniel, ya sabes cómo pintan á la ocasión; déjate caer por aquí para aquellos días, y os veréis; y si os gustáis, que sí os gustaréis, negocio concluido.»

—¡A casarme, pues!—dije yo.—Polonia es hermosa, inteligente y mujer de mundo, y de seguro me conviene, aunque no tuviera una peseta ni título alguno. ¡Para qué necesita más pesetas, ni más títulos que los míos!

Seis días después, solo y á mis anchas, hecho un Juan Palomo, y sin más equipaje que el bolsillo bien repleto, me planté en Sevilla, en tiempo de feria, dispuesto á despedirme de mi vida de soltero, y á atusarme y ataviarme en regla para ir á Madrid á fines de Abril, y ver, adorar y atrapar á la de Liria, bello ideal y resumen de mi inmediata y perdurable dicha.

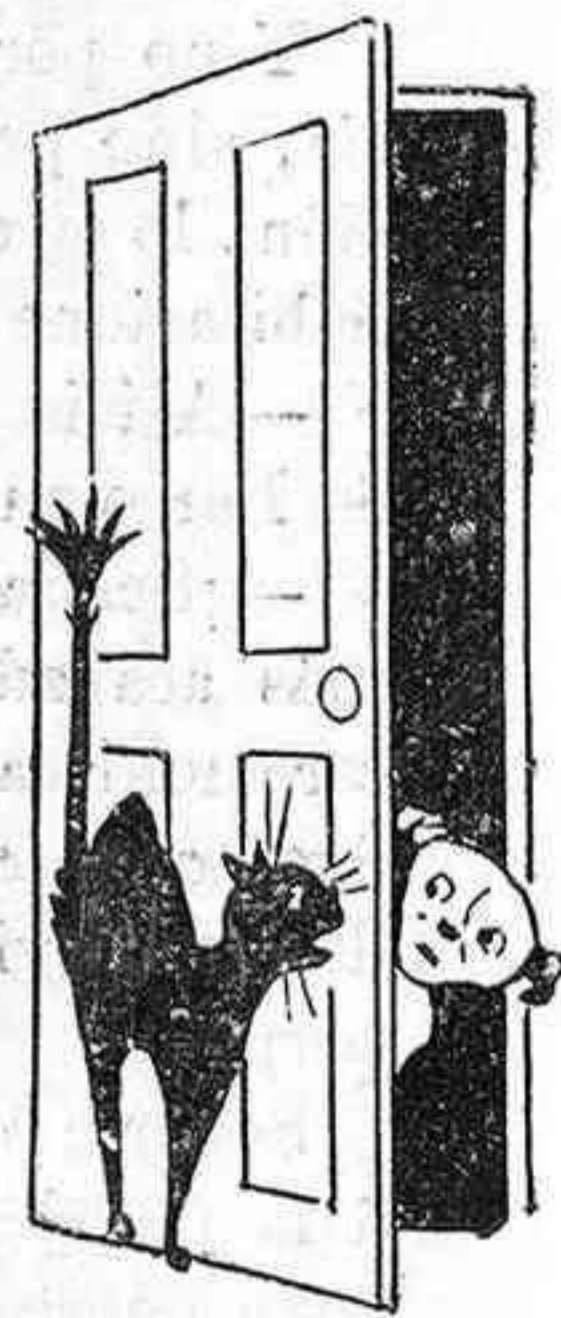
III.

Fuí al mejor hotel de la capital, y no hallé una habitación disponible; pero al ofrecer que pagaría tres veces el precio diario si era preciso, se dirigió el dueño al teléfono, habló un rato y vino á decirme que en una casa particular, en un antiguo palacio, sucursal del hotel durante la feria, situado en el centro más animado de la población, había logrado que me cedieran un cuarto. Allí me trasladé. Los balcones de mi sala daban á una plazuela; el dormitorio, á una amplia galería de cristales llena de flores, y la galería á unos espléndidos jardines. Un oasis. El muchacho puesto á mi servicio me dijo que los cuartos inmediatos, unidos exteriormente por la misma galería, estaban ocupados: el inmediato al mío, por la Excm. señora D.^a Alicia del Pulgar, viuda

de Itúrbide, y su doncella; el siguiente por mister Dick Calf y mistress Liz Tolin's Calf y dos hijas; y los del piso superior, por yo no sé quiénes. Salí, me reformé un poco el pelo de la dehesa que traía de Jerez, hice multitud de compras y de encargos, almorcé en un restaurant, corrí lo increíble por aquellas mis antiguas é inolvidables calles de escolar, procuré no saludar á ningún conocido y volví al hotel para la hora de comer. El encargado de la administración me pidió mi nombre y procedencia para el registro; y yo, por conservar mi libertad y evitarme visitas y molestias, inventé un nombre cualquiera: «Diego Campos, propietario, Tordehumos.»

En el patio, adornado con todas las galas de la flora sevillana, estaba el comedor. Ocupé mi puesto entre varias personas desconocidas, y poco antes de que comenzaran á servirnos apareció en la puerta una mujer, ante cuya presencia todos los comensales, después de contemplarla con irresistible expresión de embeleso, se miraron unos á otros, y repitieron por lo bajo: «¡Alicia! ¡Alicia!»

Era, sin duda alguna, mi vecina de cuarto, la viuda de Itúrbide. Su asiento á la mesa estaba frente al mío; y tan deslumbrador y hondo efecto me produjo su persona cuando la vi, y cuando fijamente nos miramos, que yo no sé lo que se atravesó en mi garganta, porque perdí de súbito las ganas de comer. Muchas mujeres hermosas había visto hasta entonces, pero como aquella muy pocas. Era alta, majestuosa, de redondeadas líneas, blanca como el alabastro, rubia como el oro, y con tal penetración en sus grandes ojos negros, que se sentía uno como reducido y achicado cuando le miraban. Armonizaban en ella la exquisita distinción de su persona y la graciosa soltura de sus maneras, demostrando con tal envidiable equilibrio que procedía de muy buena cuna y que había corrido mucho mundo. En el peinado y en todo su atavío se adivinaban á la doctora ó á la ingeniera del buen gusto, que tiene de sobra con qué poder dar rienda suelta á la elegancia. Habló con cuantos había en la mesa, y á quienes tal vez desde la víspera conocía, y al fin, ante una observación humorística que me permití hacer á un dicharachero de la tierra que yo tenía á mi lado, y que ella aplaudió, habló también conmigo; y



roto el hielo, muy pronto entre ambos sostuvimos el delicioso pasatiempo de la alegre conversación, propia de aquellos momentos. Rodando las frases y los asuntos, hablamos de Sevilla, y pude convencerles de que conocía como pocos los monumentos y tradiciones de la capital, en cuyo estudio entretuve muchos meses durante mis holganzas de joven. Alicia me dijo:

—He dejado siempre para mañana el ver y admirar las riquezas de arte de Sevilla, y providencialmente me encuentro con un gran *cicerone* en casa. Supongo que no se negará usted á serlo, ¿eh?

—Muy rendido y obligado y contento y anhelante y honrado y confuso y humilde y pronto á servirla, y por servirla estoy, señora mía—contesté.

—¿Haremos mañana la excursión?—añadió.

—Mañana mismo; y la prolongaremos hasta el día del juicio por la tarde si usted gusta.

La impresión que aquella mujer producía en mi espíritu era cada vez más profunda, y en las miradas de los comensales adivinaba yo que ellos también se sentían subyugados y fuera de sí por la fascinación que ejercía en todos. Las señoras que había entre nosotros la miraban con estudiada severidad, sin perder una sola de sus frases; y los hombres, los que podían demostrar su complacencia, se la comían con los ojos y con sus cumplidos.

Salimos del comedor, y al ofrecerla mi falso nombre, mi patria supuesta y mi humilde estancia en el hotel, exclamó:

—Vivimos casi juntos; al lado uno de otro; en la misma galería de flores, ¡qué casualidad!

Y no por casualidad, ni con estudiada cortesía, sino por el irresistible influjo de su atracción, le ofrecí mi brazo y subimos hasta nuestras habitaciones. Allí me dijo:

—Alicia Pulgar, viuda de Itúrbide, propietaria en Barcelona y en Roma, de viaje para Italia.

—¡Señora!—contesté yo, haciendo el saludo más acabado que permiten la diplomacia más ceremoniosa y la elasticidad más encorvable del cuerpo;—señora, suprima usted lo del viaje; quédese en Sevilla, y no nos deje sin luz y en soledad perpetua.

Sonrió; volvió á saludar, dejándome clavado á la pared con su mirada, y entró en su cuarto, cuya puerta había abierto la doncella.

¿Qué hice después? No lo sé. Se me olvidó mi

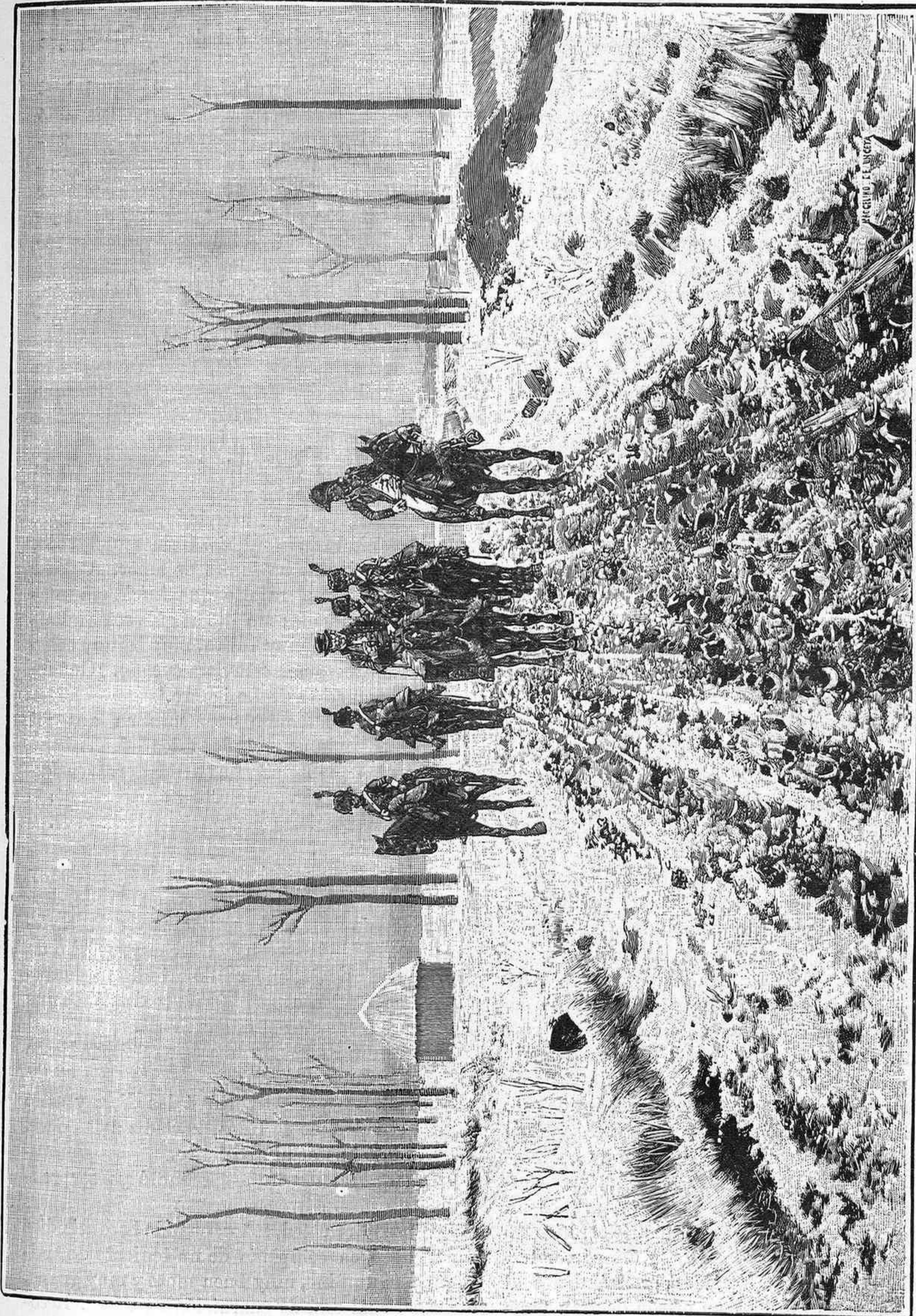
plan de entretenimiento para aquella noche; y anduve, anduve errante por las calles y paseos de Sevilla, como alma en pena, sin poder borrar de mi espíritu el recuerdo de aquella aparición.

—¡Una viuda, una mujer así!—decía yo—¿pues para qué correr más en busca de mi media naranja? ¿para qué pensar en ir á Madrid á ver si me agrada Polonia de Liria? ¿Puede darse nada más seductor y acabado que Alicia? ¿Por qué no me ha de querer? ¿Por qué no ha de ser mi compañera? Y, andando, andando, deteniéndome algunas veces en los cafés á calmar mi sed, pasé no sé cuántas horas, hasta que me enteré en mi reloj, á la luz de un reverbero, que era la una de la madrugada. Volví al hotel, y al abrir las maderas de la puerta de mi dormitorio que daban á la galería, vi sobre la línea de macetas de plantas que separaban, á modo de postiza valla, mi porción de galería de la inmediata, que al otro lado había una mujer, recostada en una mecedora, disfrutando de la frescura del ambiente. Era mi vecina. Saludé, salí hasta el antepecho, y ella, incorporándose, me dijo:

—He estado en el teatro, y me ha hecho daño tanto barullo. Aquí estoy, puesta al sereno, para ver si se me despeja la cabeza. Y usted, ¿por dónde ha andado?

No quise decirle la verdad por no confesar que, por ella, había corrido á la ventura como un loco. Improvisé unas cuantas fantasías de paseos y entretenimientos con amigos, y como la conversación se prolongaba, ocupé yo también mi mecedora, encendí un cigarro, y, valla por medio, hablamos largo y tendido.

Me contó que sus asuntos particulares la obligaban á ir á Italia, después de haber hecho una expedición de recreo por las provincias de Levante, y de haber visitado á Sevilla, que no conocía. Se había casado á los diez y seis años con un diplomático viejo, hombre muy acaudalado que la dejó en herencia bastante propiedad cerca de Roma. Ella, por su casa, tenía muy buenas fincas en Cataluña. Al quedar viuda, hacía ocho años, se dedicó á recorrer el mundo, pasando largas temporadas en Inglaterra, en Alemania, en Italia y en París. Le complacía salir sola y visitar las ciudades como un hombre, á estilo americano. No pensaba en volver á casarse por no estar sujeta á nadie, y para disfrutar á su placer de su bien saneada fortuna. Vivía sometida á perpe-



POB TERRENO ENEMIGO.
Cuadro de Marcelino de Unceta.

tua persecución de parte de los Tenorios ambulantes, pero no hacía caso de ellos.

Yo también hube de contarle mi historia, para lo cual apelé á la fantasía, hilvanando una serie de sucesos imaginarios, que relaté con la mayor formalidad. El último capítulo de nuestra conversación de aquella noche fué un tanto romántico. Yo le supliqué que desistiera por entonces de su viaje á Italia, que se quedara en Sevilla, que viajáramos juntos por Andalucía, y que no se separara de mí, porque á su lado me sentía completamente feliz.

—¡Estoy locamente enamorado de usted!— exclamé.

—¡Hasta mañana á las ocho, en que saldremos á darnos tono de artistas! ¡Buenas noches, don Diego!—contestó ella, levantándose y desapareciendo tras de los cortinones de la puerta de su cuarto.

No pude dormir. La fiebre que me acometió era mayor que la que me produjeron antaño los filósofos de mi biblioteca; y me sentí peor, mucho peor que en mis soledades de Jerez. Pero, en fin, el remedio para curarme era conocido. Definitivamente me resolví á vencer á Alicia y á casarme con ella.

IV.

No sé después cuándo luciría la aurora; pero yo la encontré sonrosada, resplandeciente, serena, perfumada y divina en el vestíbulo del hotel, al bajar á ponerme á las órdenes de Alicia. Tomamos el carruaje y pasamos las horas de la mañana en la catedral, en la casa de Pilatos y en el Alcázar. Almorzamos en el campo de la Feria, recorrimos la barriada de Triana, la Cartuja, y los templos de San Marcos, San Esteban, San Andrés y San Lorenzo, y volvimos al anochecer á la Feria á descansar y comer en un lujosísimo restaurant. En memoria de aquel hermoso día adquirí para Alicia, en una joyería de la calle de las Sierpes, una artística pulsera maciza de oro, con la inicial de mi nombre incrustada en brillantes, que mi compañera lució, muy complacida, desde aquel momento. Entretuvimos después tres horas en varios teatros; tomamos un tente en pie á media noche en un aristocrático establecimiento de aquella calle, y dimos por terminada la excursión artística, retirándonos al hotel, en cuyos jardines un orfeón de gran fama

daba serenata al Gobernador de Gibraltar, que allí se hospedaba desde aquella tarde.

Para oír la música y disfrutar de aquel hermoso espectáculo salí á la galería, y Alicia salió también. Los ingleses MM. Calf and C.^o, que ocupaban su porción de galería correspondiente, huyeron como espantados en cuanto vieron aparecer á Alicia, é hicieron muy bien, porque así nos dejaron solos. La doncella de mi vecina roncaba patriarcalmente allá en su cuarto.

A las dos de la madrugada se retiró el orfeón, y poco después quedó todo en calma y en silencio, en medio de una de esas espléndidas, incomparables noches meridionales, en las que parece que la Naturaleza despliega mayores encantos que cuando alumbran á aquellos deliciosos paisajes los rayos del Mediodía.

No sé cómo me encontré al otro lado de la valla de tiestos, macetas y soportes de flores, y al lado de Alicia. No recuerdo cuándo, ni por dónde, pasé á aquel lado de la galería. Hablamos de todo, y, por consiguiente, hablamos de amor. A pesar de sus afirmaciones, resultó que Alicia era también muy enamorada; me dijo al oído cosas admirables; y hablamos muy bajito, muy bajito, como si todo el universo nos estuviera oyendo. ¿Cuánto tiempo transcurrió así? Lo ignoro.

Sólo sé que hubo un momento en que mi amiga, señalando con el dedo los lejanos horizontes, en los que las siluetas de las torres se destacaban sobre una línea de rosa y oro, exclamó:

—¡Ya amanece! Yo siento frío; retirémonos.

—¡Hasta luego!

Nos despedimos; pasé por entre las macetas, y dormí hasta la una de la tarde. Cuando desperté no tenía fiebre, ni sentía el amor de la víspera; y recordando que había hecho propósito de casarme con Alicia, me reí de mí mismo, horrorizándome de las exageraciones y desatinos que nos induce á cometer el estado febril.

Al preguntar por ella, me dijo el dependiente parlanchín que me servía:

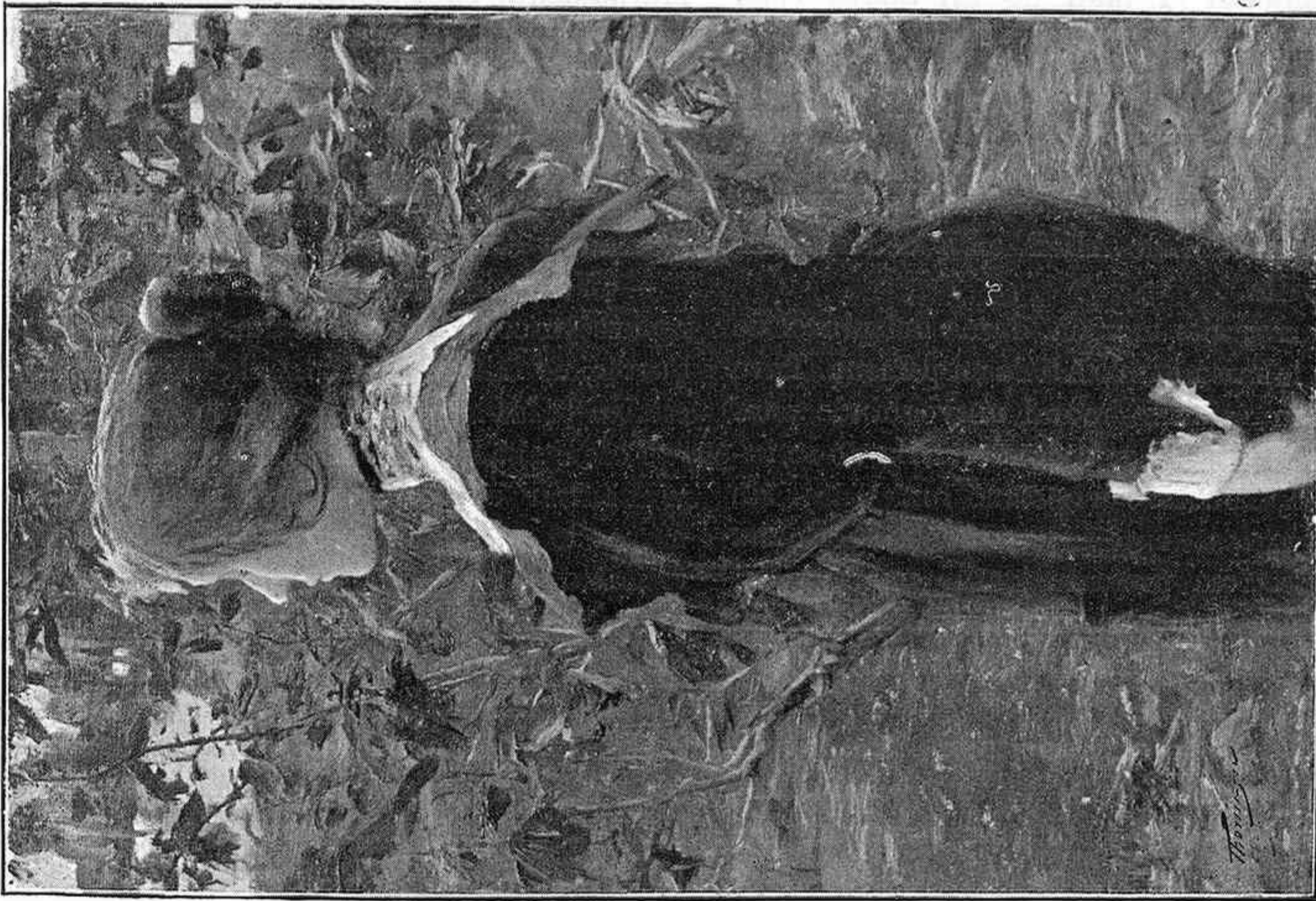
—Se ha ido ya. Almorzó á las diez, y salió para la estación de la línea de Cádiz á las once. Habrá ido á buscar al artillerito.

—¿Á qué artillerito?—pregunté yo sorprendido.

—Pues mire usted, señor; cuando hace seis días vino, llegó en compañía de un teniente de artillería, casi un niño, muy buen mozo y muy guapo, eso sí, el cual está de guarnición en Cádiz. Reco-



LA NIÑA Y LA CABRA.
Cuadro de Luis Jiménez Aranda.



BLONDINETTE.
Cuadro de Manuel Felio D'Lemus.

rrieron la ciudad juntos, como ustedes lo hicieron ayer; y, como el muchacho se había venido sin licencia, se volvió á Cádiz al anocheecer, después de muchos mimos, dejándola su retrato, según me contó la camarera que arreglaba su cuarto, en el cual retrato dice al pie, con letra del teniente: «No me olvides.»

La relación del mozo me dejó aterrado. ¡Y yo, que con todo el pelo de la dehesa de Jerez había pensado formalmente en casarme con ella! Corrido de vergüenza por mi aventura, no me atreví á presentarme en la mesa. Cambié de fonda, descañé, y seis días después llegué á casa de mi hermana Clemencia, en Madrid.

V.

—Mañana vendrá Polonia á almorzar con nosotros— exclamó mi hermana al recibirme;— ¡verás qué mujer tan hermosa! ¡una morena valenciana digna del pincel de Ribera! Ayer me dijo, cuando llegó á Madrid, que tiene vivísimos deseos de conocerte. ¡Ojalá lleguéis á ser felices!

Púseme hecho un novio al día siguiente para parecerla bien; pasé toda la mañana con mi cuñado proyectando el plan de mi nueva vida, decidiéndome á trasladarme á Madrid, y, poco después de las doce, anunció un criado que la señorita Polonia de Liria subía á vernos. La esperamos en el salón y entró. El efecto que su presencia me produjo fué superior, muy superior al que me había causado Alicia en el comedor del hotel de Sevilla.

Aquella arrogante morena, digna del pincel de Ribera, era la mismísima Alicia en persona. Tuve que hacer un esfuerzo moral muy grande para sobreponerme y no caer redondo. Ella no se inmutó; ¡no he conocido monstruo semejante! Me saludó con graciosa sonrisa, y cuando mi hermana hizo las respectivas presentaciones, como yo casi no acertaba á hablar, temiendo que se me viniera á los labios toda la furia que tenía dentro, dijo Clemencia:

—¡Chico! ¡hijo mío! ¡no te impresiones tanto! Polonia se lo merece todo; ya te lo tenía dicho; pero veo que su persona te ha sorprendido con su arrogante belleza mucho más de lo que yo pensaba.

Contesté cuatro frases sin sentido, mientras Polonia reía como una loca, y sin más preámbulos

nos sentamos á la mesa. Durante el almuerzo Clemencia refirió mi historia á Polonia. ¡Qué historia tan distinta de la que yo le había contado en Sevilla! Trabajo me costó el estar serio al recordar el contraste. Después Clemencia nos contó la historia de Polonia, muy distinta también de la que ella me había referido. Era soltera, muy rica, había viajado mucho y.... nada más. Lo demás no lo sabía mi hermana, pero lo sabía yo.

Cuanto más grave y lacónico estuve yo, más fresca, decidora y archifamosa (no encuentro otra frase más apropiada) estuvo ella. Aquella mujer era el demonio más hermoso que ha andado suelto por este mundo.

En el momento del café, mi cuñado se levantó por unos cigarros, y Clemencia, pretextando no sé qué, salió del comedor. Al hallarnos frente á frente la dije:

—Polonia, no perdamos más tiempo, ni armemos ruido. ¡Nos conocemos demasiado! Usted y yo no podemos casarnos, porque hay entre nosotros un impedimento que ningún poder de la tierra puede dispensar. Ese impedimento existirá mientras vivan Alicia Pulgar y Diego Campos, á quienes usted y yo conocemos de sobra. Nos engañamos mutuamente en Sevilla durante dos días; no quiero que continuemos engañándonos, es decir, que usted me engañe durante toda la vida. ¡Ni rubia, ni morena me conviene!

—¡Bestia!—exclamó iracunda y desencajada Polonia, quitándose la pulsera que yo le había regalado y arrojándola contra mi pecho.

—¡No se incomode, Alicia, digo, Polonia!—repuse yo con aparente calma;—si no la puedo querer, no faltará en Cádiz algún artillero que la escriba todos los días: «¡No me olvides!»

Polonia se levantó echando fuego por los ojos, y al entrar en aquel mismo momento mi hermana, le dijo que se sentía indispuesta y que se retiraba.

Como no volvió más por nuestra casa, tuve que explicar á Clemencia algo, muy poco, de lo que había ocurrido. A mi cuñado se lo conté todo.

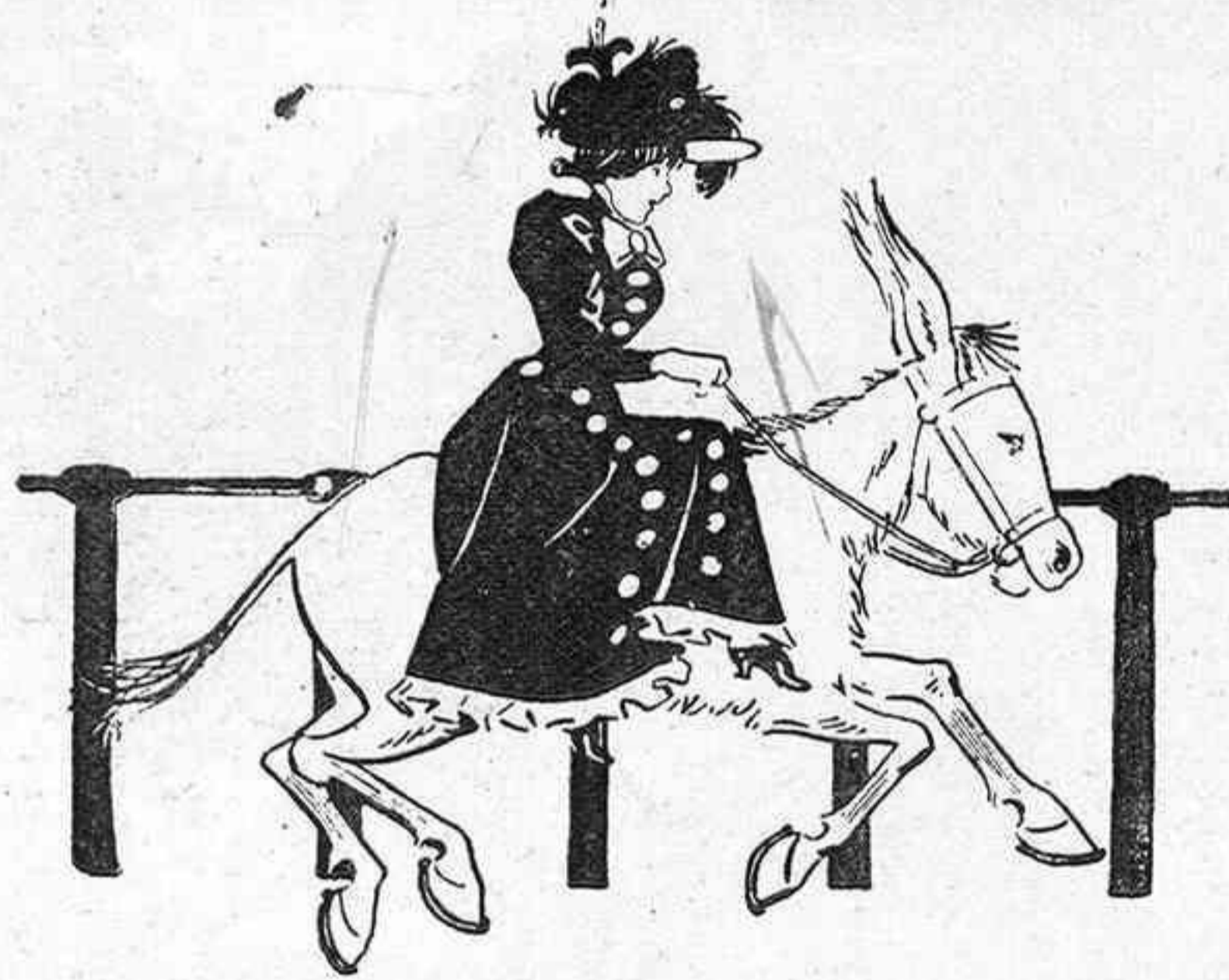
—¡Ya veis!—les dije,—mi buen nombre y mi tranquilidad futura han estado en un tris. Si me caso con Polonia, como inocentemente me lo proponíais, me hubiera coronado de gloria para siempre.

Regresé á Jerez. Aquí vivo tranquilo y resignado, sin leer ningún libro trascendental, y sin

pensar en amores imposibles. Pasada ya la edad de las fiebres, mi cabeza, mi corazón y mi estómago marchan al unísono, y soy feliz. Antes de salir de la corte compré un perrito enano, que

me acompaña, y el cual lleva siempre por collar la pulsera de Alicia. Todo se lo merece, por su fidelidad incomparable, mi cariñoso y diminuto compañero.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.



LOS RIGORES DE LA SUERTE.

DOLORA.

Yo conocí un valiente
Que cuando iba á la guerra á matar gente
Murió de una caída en el camino,
Y al expirar, decía tristemente:
«No es el rayo el que mata, es el destino.»

CAMPOAMOR.

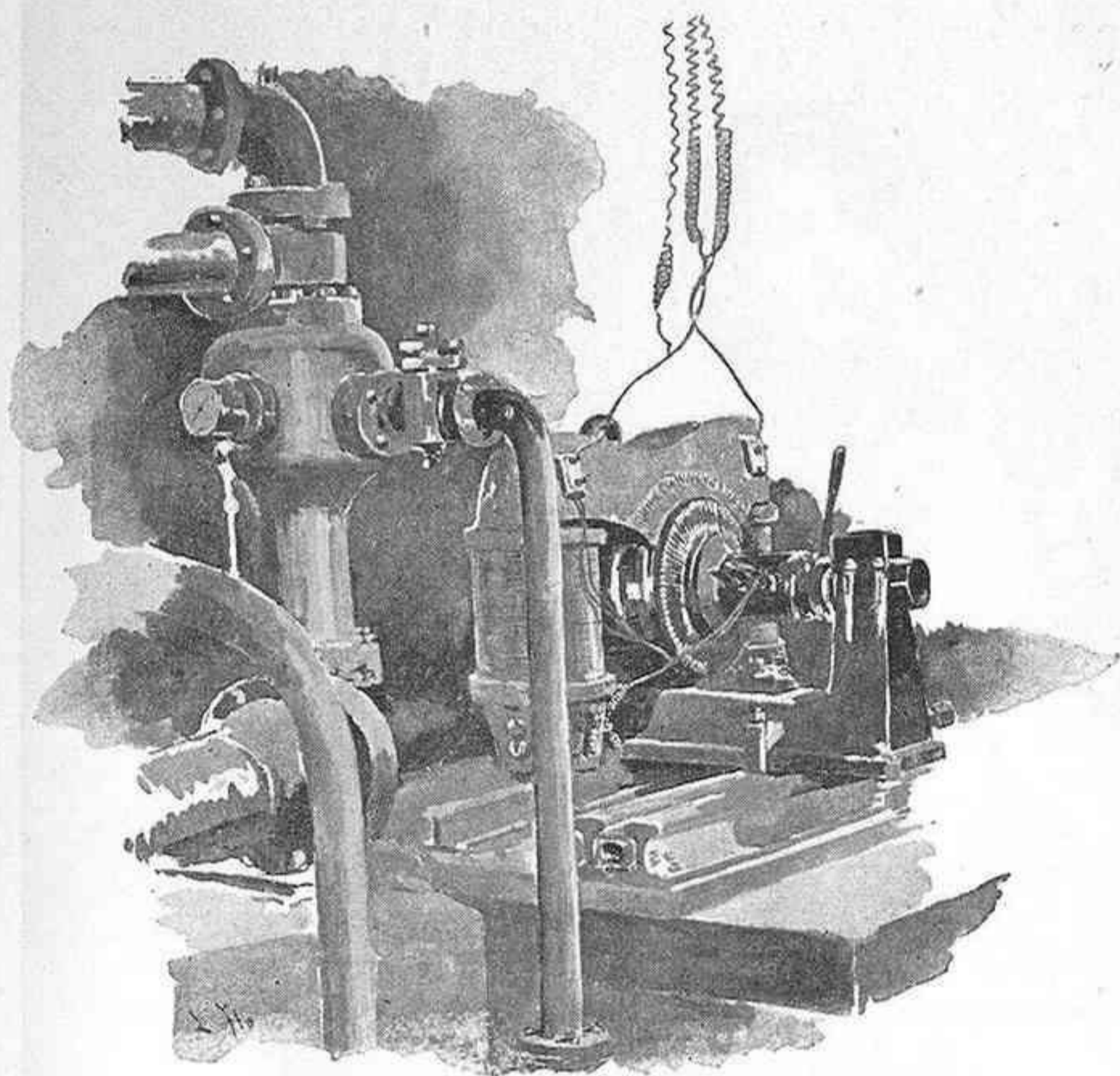


EL
SALÓN DE MÁQUINAS.

A MI ILUSTRE AMIGO ANDRÉS COMERMA.

¡ El árbol! llenó la selva
De músicas y fragancias
Con el rumor de sus hojas
Y el perfume de sus ramas.
Colgaron en él las aves,
Como tiendas de campaña,
Los nidos donde entonaron
En las noches estrelladas
A los rayos de la luna
Idilios y serenatas.
Hoy, convertido en madero,
Roto a su cadalso marcha,
Para morir hecho trizas
En la devorante máquina
El tablero endurecido
Los férreos dientes horadan,
Y en ronco són de agonía
Sus últimos ayes lanza.
El hervor de las calderas;
Las ruedas que no descansan;
La garlopa que obedece
Al impulso que la manda;
El martillo sobre el yunque;

La sierra dentro la tabla;
 La áspera lima que muerde
 Junto al punzón que taladra,
 Todo á su labor acude,
 Todo vive, todo estalla
 En la explosión gigantesca
 De la fuerza que lo arrastra.



Cada hierro es una mano,
 Y mil manos cada plancha;
 Cada tornillo un obrero,
 ¡Mil obreros cada barra!
 Lo que en el bosque fué tronco,
 Y huésped en la montaña,
 Y centinela en el valle,
 Y en las cumbres atalaya,
 Desde que muere en el campo
 Hasta que lo vuelca el hacha,
 ¡Por cuánta mano atraviesa,
 Por cuántos martirios pasa!
 Él en la puerta asegura
 Del hogar la confianza;
 Él afirma nuestro techo
 Con la noble viga anciana;
 Él del soberbio edificio
 Que aquí la industria levanta,
 El pavimento asegura,
 Cierra las bóvedas altas,
 Los rojos muros decora,
 Las techumbres afianza
 Y el feliz término anuncia
 De la bandera en el asta.

.....

 Tiende la lóbrega noche
 Sus túnicas enlutadas:

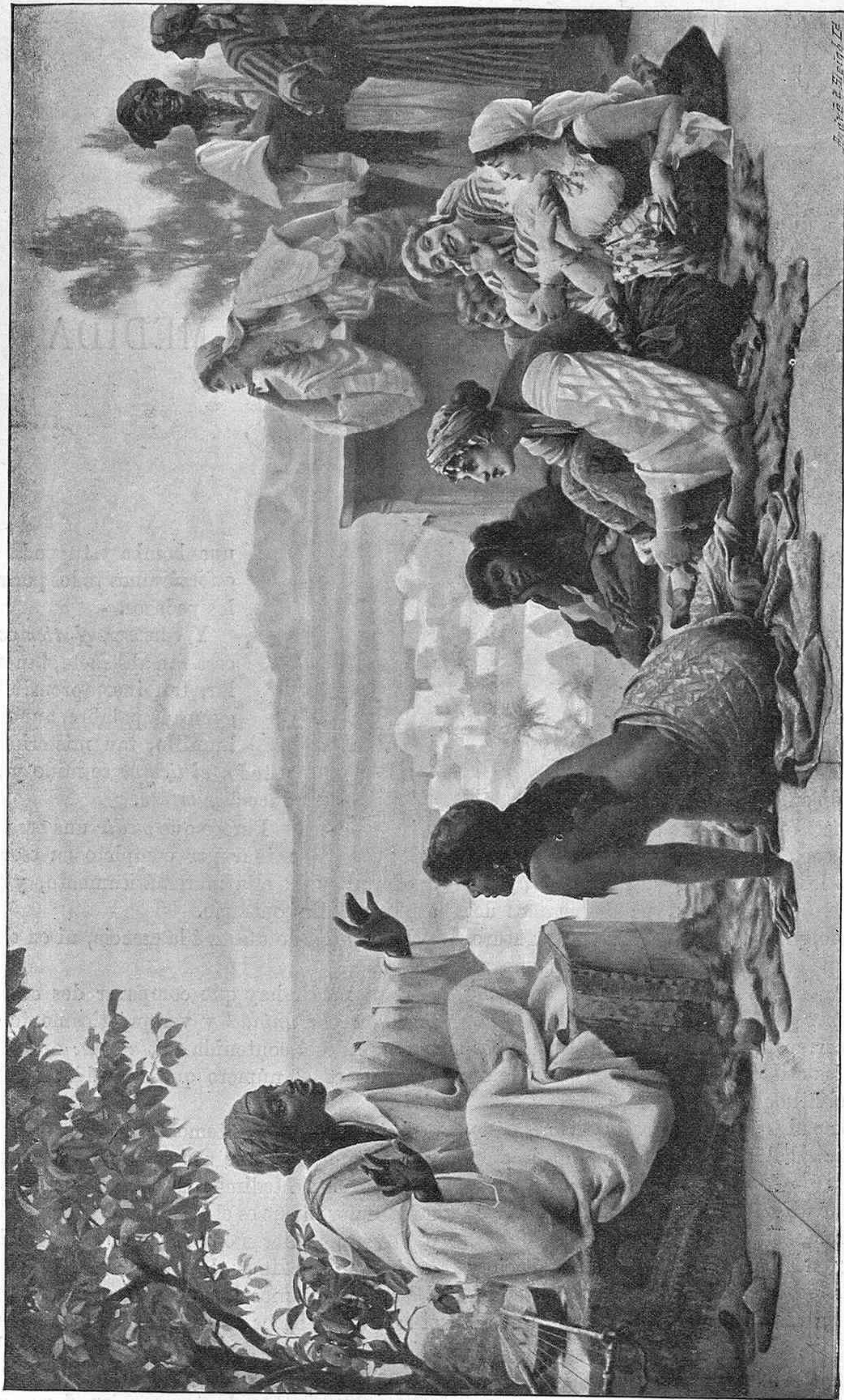
De las máquinas potentes
 Los férreos brazos descansan;
 Y cuando el fuego en los hornos
 Cierra sus ojos de llamas,
 La luz eléctrica entonces
 Hace trabajar al agua.
 Pero ¿qué son los dinamos,
 Ni los hornos, ni las ascuas,
 Ni la salvaje violencia
 De la brutal maquinaria?
 ¿Qué son las locomotoras
 Atravesando comarcas,
 Serpientes dentro del túnel,
 Águilas por las montañas,
 Cansando al ave y al viento,
 Que sin poder alcanzarlas
 Las persiguen por los campos
 Como flechas disparadas?
 Haced que se duerma el hombre,
 Haced que vuelva la espalda,
 Y el taller será el sepulcro
 De la herramienta parásita.
 ¡Sólo el pensamiento humano
 Tiene luz, grandeza y alas
 Para dar vida á la inerte
 Materia torpe y esclava!
 Y sobre ese pensamiento,
 Y sobre la inmensa fábrica,
 Y sobre todo el arcano
 De la ciencia que avasalla,
 Que sobre el fuego domina,
 Que sobre las olas manda,
 Y que hasta al carbón sombrío
 Roba tintas irisadas,
 Está palpitando eterna
 La ciencia que no se acaba:
 ¡La de Dios, que está escondida
 En lo profundo del alma!

ANTONIO GRILLO.





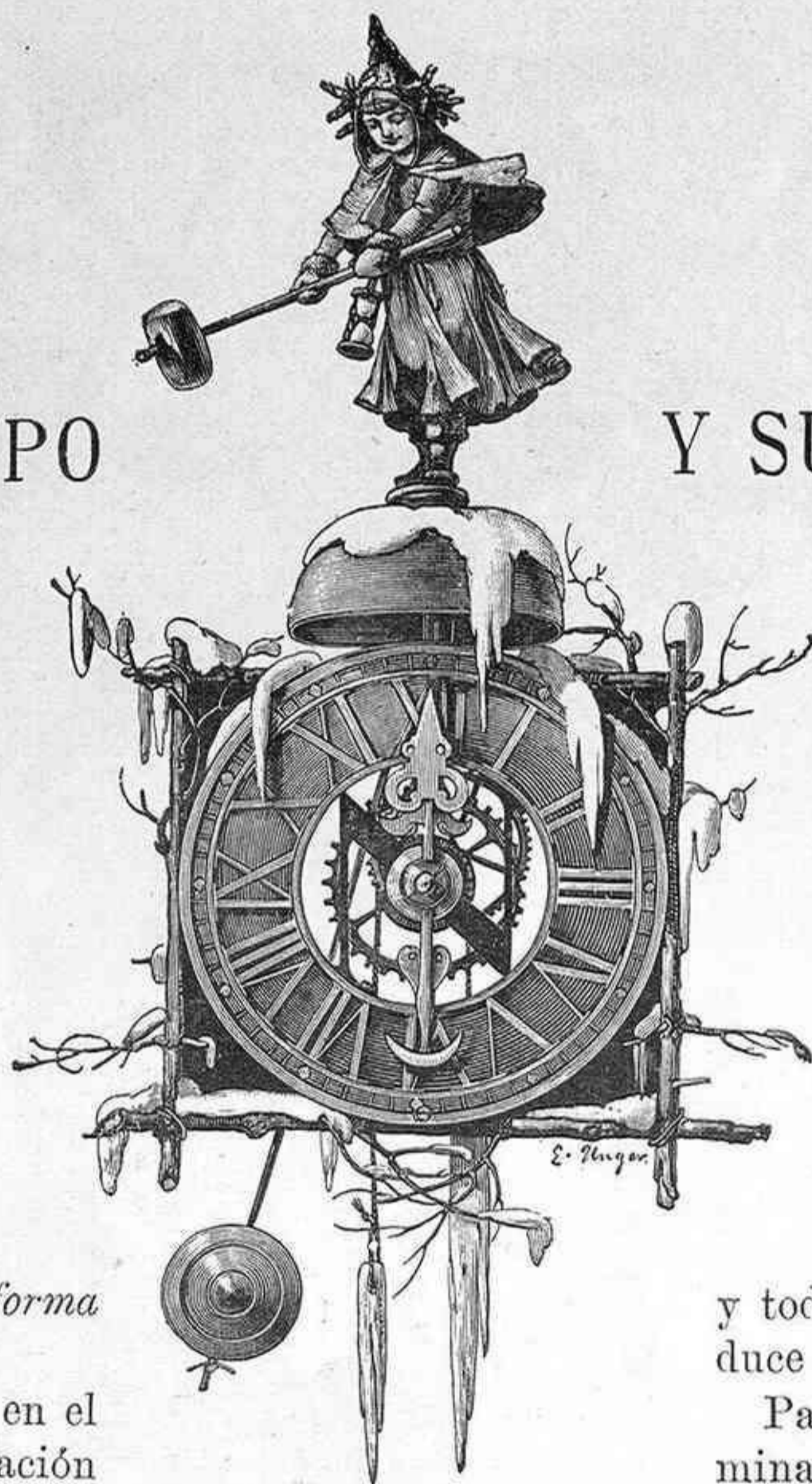
CREPÚSCULO.
Cuadro de Calderón



NARRANDO UN CUENTO
Cuadro de Normand.

EL TIEMPO

Y SU MEDIDA.



EL tiempo! No hay concepto más abstracto en toda la filosofía.

Y no hay, por sus efectos, realidad más concreta, más dominadora, más palpitante.

Algunos filósofos lo niegan: es una ilusión, un fantasma, una forma de la realidad: la *forma del mudar*, dicen que es.

Pero el mísero mortal, que en el tiempo vive, con él está en relación íntima todos los instantes de su existencia, ya le traigan placeres, ya dolores, ya desengaños del tiempo pasado, ya esperanzas del tiempo futuro.

Es el tiempo como un hilo, negro, muy negro, por el cual va corriendo todo sér, como despacho telegráfico corre por el hilo del telégrafo.

Y por él corren mundos y soles, y los seres todos y todas las criaturas, como las cuentas de un rosario por el hilo que las atraviesa.

Parece como si todos fuésemos telegramas que, por el hilo inacabable del tiempo, manda la eternidad, á lo largo de uno de sus diámetros, desde el infinito que dejamos atrás, al infinito que desde el porvenir remotísimo nos atrae.

Corremos todos por la *dispersión* del espacio y por la dispersión del *tiempo*, como queriendo juntar, en una síntesis de un instante y en la unidad de la conciencia, algo que en el origen de los tiempos se hizo añicos por entre las anchuras de lo infinito.

Como si la creación hubiese sido el estallido de

una bomba estupenda y nos esforzáramos todos por reunir los pedazos.

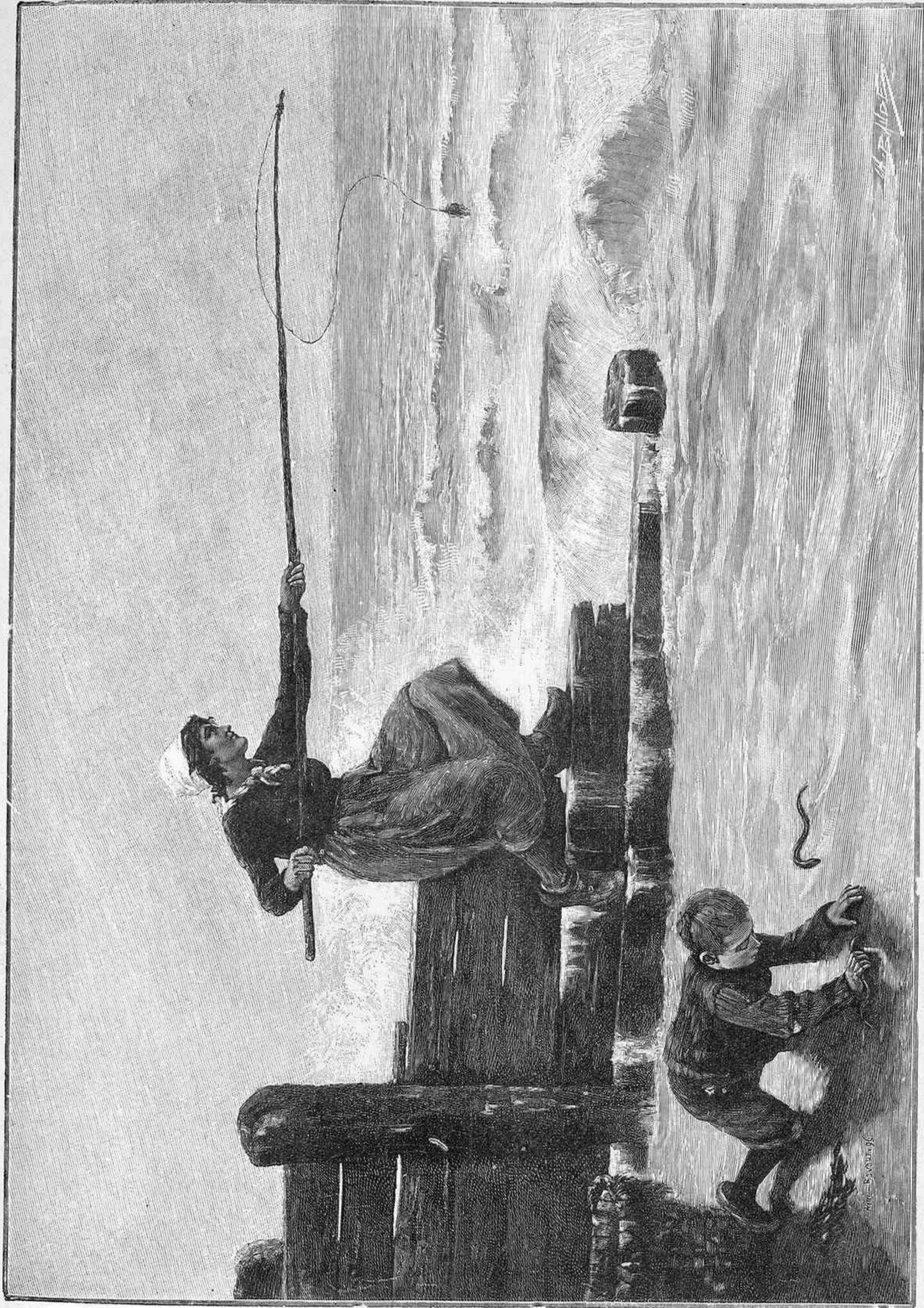
Y con ser *el tiempo* una cosa tan abstracta, tan singular, tan incomprendible, digamos la palabra, aunque nos humille, tan misteriosa, así y todo, *el tiempo* se mide y se reduce á números.

Parece que *medir* una cosa es dominar por completo su esencia y apoderarnos de ella matemáticamente, y no es así: es todo lo contrario.

La *medida* no afecta á la esencia, ni en ella penetra.

Para medir hay que comparar dos cosas: tomar *una* por *unidad* y ver prácticamente cuántas veces está contenida en *la otra*: este número de veces es el número que la mide: es su *medida*.

Así es que constantemente estamos *numerando* y *midiendo* cosas que son para nosotros verdaderos misterios. Medimos el *espacio* por *metros*, y no sabemos lo que es el espacio; medimos el *tiempo* por segundos, horas ó *años*, y no sabemos lo que es tiempo; medimos la *gravedad* ó el peso por *kilos*, é ignoramos lo que es la *atracción*, y aun si existe; medimos todos los accidentes de la *electricidad* por *volts*, *wats*, *ampères*, y no sabemos lo que es la *electricidad*; y así sucesivamente en serie interminable de *ignorancias*, á que oponemos una serie de *medidas*.

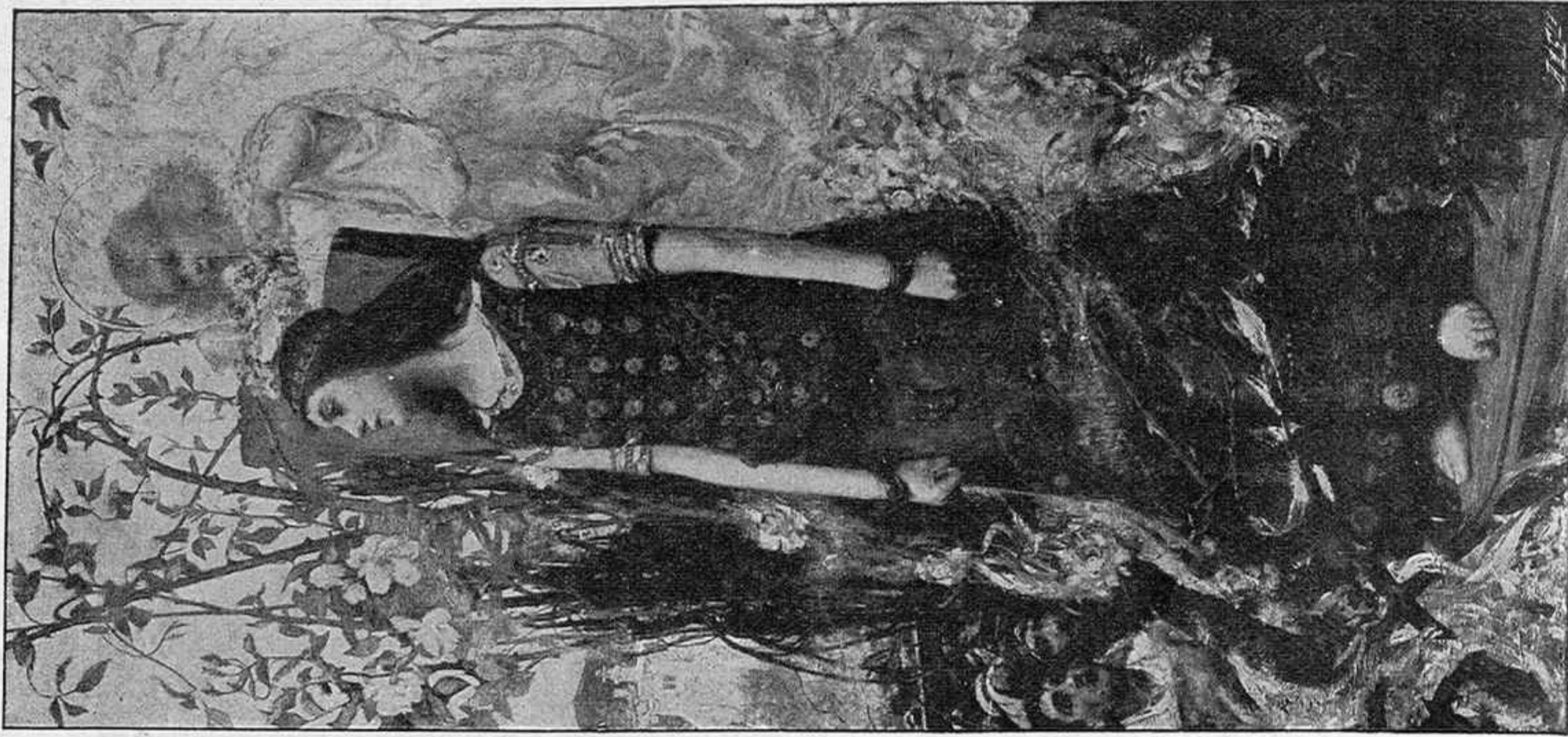


LA PESCA DE LA ANGIULA.
Cuadro de R. Ravant.



RETRATO DE UNA DAMA ESPAÑOLA.

Por Carreño.



EL MILAGRO DE LAS ROSAS.

Cuadro de Glog



EL ÓMNIBUS DE BAYSWATER.
Cuadro de Joy

... de la ...

¡Qué más, *numeramos hombres!* ¿y quién sabe lo que es el hombre?

Porque, ya lo hemos dicho, para medir hay que comparar *una cosa con otra* de la misma clase: de modo que se mide lo desconocido por lo desconocido, lo misterioso por lo misterioso, espacios por espacios, tiempos por tiempos, electricidades por electricidades, hombres por hombres.

Decir: tal cosa, por incomprensible que sea, mide ó está medida por 20, es decir que comprende otras veinte cosas tan incomprensibles como ella. Es arañar con esfuerzos de la razón, por medio de conceptos racionales, la superficie de lo incognoscible, sin penetrar en su fondo.

Así, pues, el tiempo se mide por el tiempo.

Fiándonos en la constancia de las leyes del universo, cuando *dos fenómenos* que consideramos iguales se verifican uno tras otro, decimos que el conjunto abarca y mide *doble tiempo* que uno de ellos.

Y así, por ejemplo, se mide el tiempo por el *péndulo*.

Así se mide por los movimientos *astronómicos*.

Así podrá medirse por cualquier *fenómeno natural* que supongamos *uniforme* y constante. Y en esto no deja de haber gran atrevimiento metafísico.

Supongamos un péndulo, de longitud determinada, en un punto determinado del globo y á salvo de toda causa perturbadora: separémoslo de la vertical y dejemos *que oscile*.

Si suponemos que todas sus oscilaciones *son fenómenos idénticos realizados en el mismo tiempo*, á cada oscilación, ó, mejor dicho, al tiempo empleado, le daremos un nombre: le llamaremos, pongo por caso, *un segundo de tiempo*; y diremos que tal período de tiempo ha sido de *un segundo*, de *dos segundos*, de *cien segundos*. En *cada oscilación* tendremos la unidad, *el metro* del tiempo.

Y no por eso conoceremos lo que el tiempo sea, mejor que antes; pero podremos comparar duración de fenómenos con exactitud matemática. Tendremos, sí, una medida, y un número, y un símbolo admirable y poético.

Cada vaivén del péndulo será como una pequeña zancada del ser misterioso: el tiempo que pasa: el tiempo que se desliza: el tic-tac de la péndola del reloj será como el taconear del ser invisible.

Dí un paso, parece que dice, y ese ya no volverá: daré otro, y no volverá nunca: así estoy desde

el origen de los tiempos, y así estaré hasta la consumación de los siglos.

He sido Saturno y he devorado á mis hijos. La ciencia me ha echado del Olimpo, me ha quitado las barbas, me ha roto la guadaña, me ha dejado reducido á una varilla, que es como haberme dejado sólo una pierna; pero yo ando como andaba, como devoraba devoro, soy el que era, y siempre seré como fui.

Los filósofos me niegan, y yo acabo con ellos y con sus teorías. No soy sustancia, ni tengo cuerpo, ni peso; pero, como decía Hegel, con mi insustancialidad metafísica y la de mi compañero el espacio, suplo á la masa en la velocidad; que una *bala* no mata por su masa, sino por su velocidad, engendro misterioso como el espacio y el tiempo.

Hemos dicho que si el tiempo se mide por el *péndulo*, también se mide por los *movimientos astronómicos*, que en el fondo es medirlo por el movimiento.

Como pudiera medirse por una reacción química ó por un fenómeno físico bien determinado: por ejemplo, por el enfriamiento.

La medida por el *péndulo* es la medida *al por menor*.

Por la *Astronomía* y sus leyes se mide *al por mayor*, si la frase es permitida.

Y lo que sí ha de permitírsenos es una imagen.

Supongamos una llanura extensísima: en el centro una hoguera: alrededor de la hoguera una pista, y corramos por ella con perfecta *uniformidad*; es decir, siempre lo mismo, sin acelerar, sin acortar la marcha. Movimiento uniforme llaman á esto los mecánicos.

En los límites de la llanura y *todo alrededor*, pero muy lejos, supongamos multitud de pintorescos accidentes. El campanario de una iglesia, un molino de viento, una alquería, una cruz, una palmera, un grupo de nogales, una elevada roca, una cascada, un picacho. Y así llenando el círculo visible del horizonte.

Entretanto, nosotros alrededor de la hoguera, caminando sin cesar con marcha uniforme sobre la constante pista.

Y al caminar *observemos*.

Observemos los objetos que á través de las llamas, ó por los bordes de la hoguera se van enfilando.

Enfilaremos primero, pongo por caso, el *campanario*; pero seguimos nuestra marcha y ya enfilamos el molino de viento.



EN EL CAMPO.

Por Oscar Wilson.

Y seguimos nuestro giro, y ya no es el molino de viento, es la alquería, que parece incendiada.

Y continuamos avanzando, y veremos la cruz tender sus brazos entre las llamas, como esforzándose por abarcarlas.

Y así, á medida que completemos nuestra revolución en torno de la hoguera, pasarán por detrás de ella la palmera, el grupo de árboles, la roca, la cascada y el picacho.

Al fin llegará un momento en que *otra vez* aparecerá en la dirección de la hoguera el *campanario de la iglesia*.

Habremos terminado en este momento una *revolución completa*, y al tiempo empleado, que supondremos que siempre es el mismo, le llamaremos *año*, ¿y por qué no *año solar*?

Lo que fué el péndulo en una oscilación, hemos sido nosotros al girar en rededor de la hoguera. Péndulo astronómico hemos sido en verdad. Él medía *segundos de tiempo*; nosotros hemos medido *años solares*.

En todo caso podremos comparar ambas unidades y ver cuántos segundos tiene el año solar y si la relación es siempre la misma. Que si no lo es, ó el movimiento del péndulo no es uniforme, ó no lo es el nuestro, ó acaso no lo es ni uno ni otro.

Tenemos, en suma, dos medidas que se comprueban mutuamente: el *segundo pendular*, el *año astronómico*.

Año astronómico, ó *año solar*, decimos; porque en rigor nuestro ejemplo no ha sido más que un símbolo del movimiento aparente del Sol alrededor de la Tierra, ó del movimiento efectivo de la Tierra alrededor del Sol.

A la Tierra en su revolución simbolizábamos, que *tierra* somos.

La *hoguera* del centro era nuestro pequeño Sol, alrededor del cual giramos en un año.

La planicie que en torno se extiende es como el espacio inmenso que nos rodea.

El lejano círculo del horizonte es como la faja del cielo que se llama *Zodiaco*, y en el cual el Sol se mueve al parecer; así como nuestra hoguera, al parecer recorre otro zodiaco terrestre, cuando sobre él la vamos proyectando con la vista al caminar por nuestra *órbita*, que es nuestra *pista*, y al ver al foco de fuego ya enfilando la torre, ya el molino, la cruz, la palmera y todos los objetos de la lejanía.

Pues también en el cielo, en la faja del zodiaco, hay objetos, y grupos, y señales de referencia, que no son más que grupos de estrellas, inconfundibles por sus formas geométricas permanentes, á que desde la antigüedad se han dado ciertos nombres.

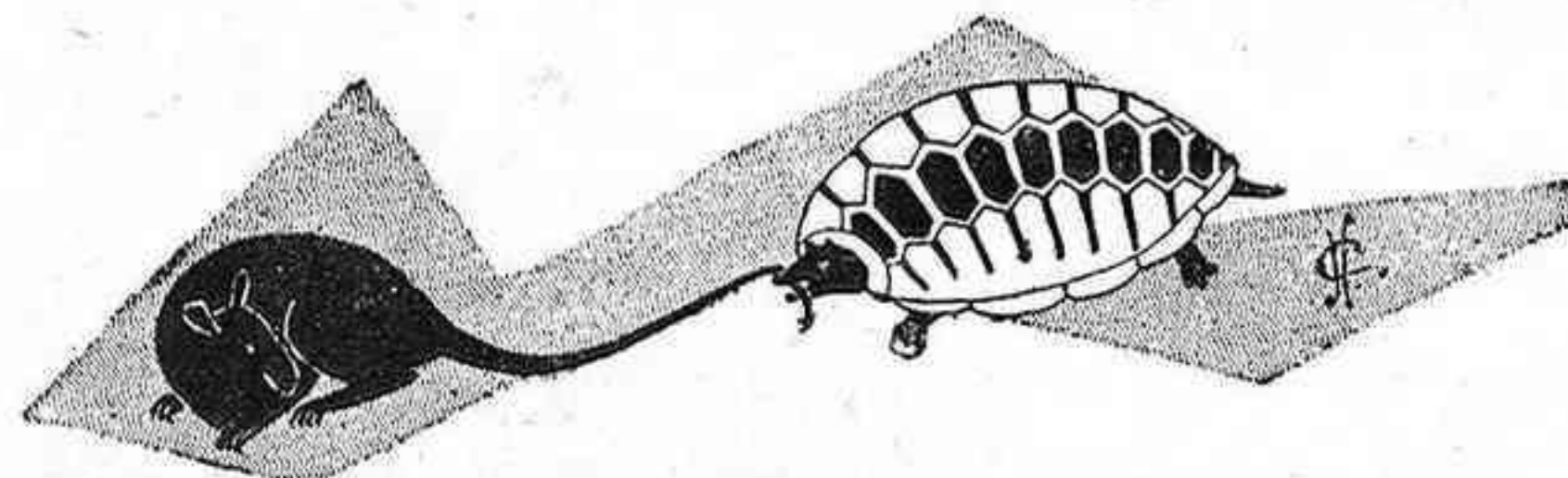
Ya está el Sol en *Aries*, en *Tauro*, en *Géminis*, en *Cáncer*, en *Leo*, en *Virgo*, en *Libra* decimos, como pudiéramos decir: ya está la hoguera en el campanario, en la alquería, en el molino, en la palmera, en la roca.

Y al volver el Sol al mismo punto del cielo, como al volver la hoguera al campanario, decimos que ha terminado un año solar: salvo las correcciones.

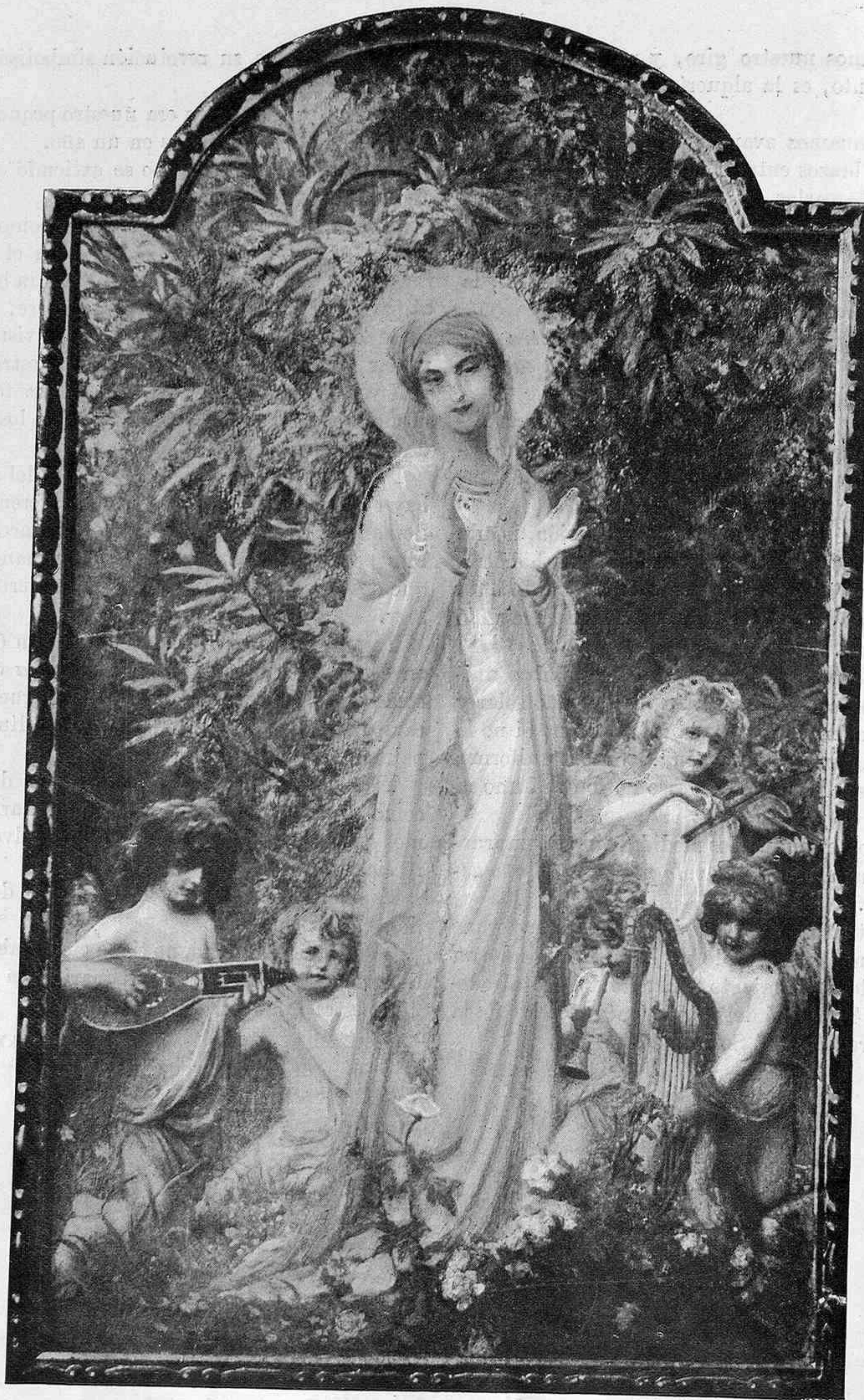
Es siempre la medida la repetición de un fenómeno constante.

Sólo la vida humana no tiene ciclo: ¡ah! ¿cuándo volveremos á ver el campanario ó la alquería de nuestra infancia?

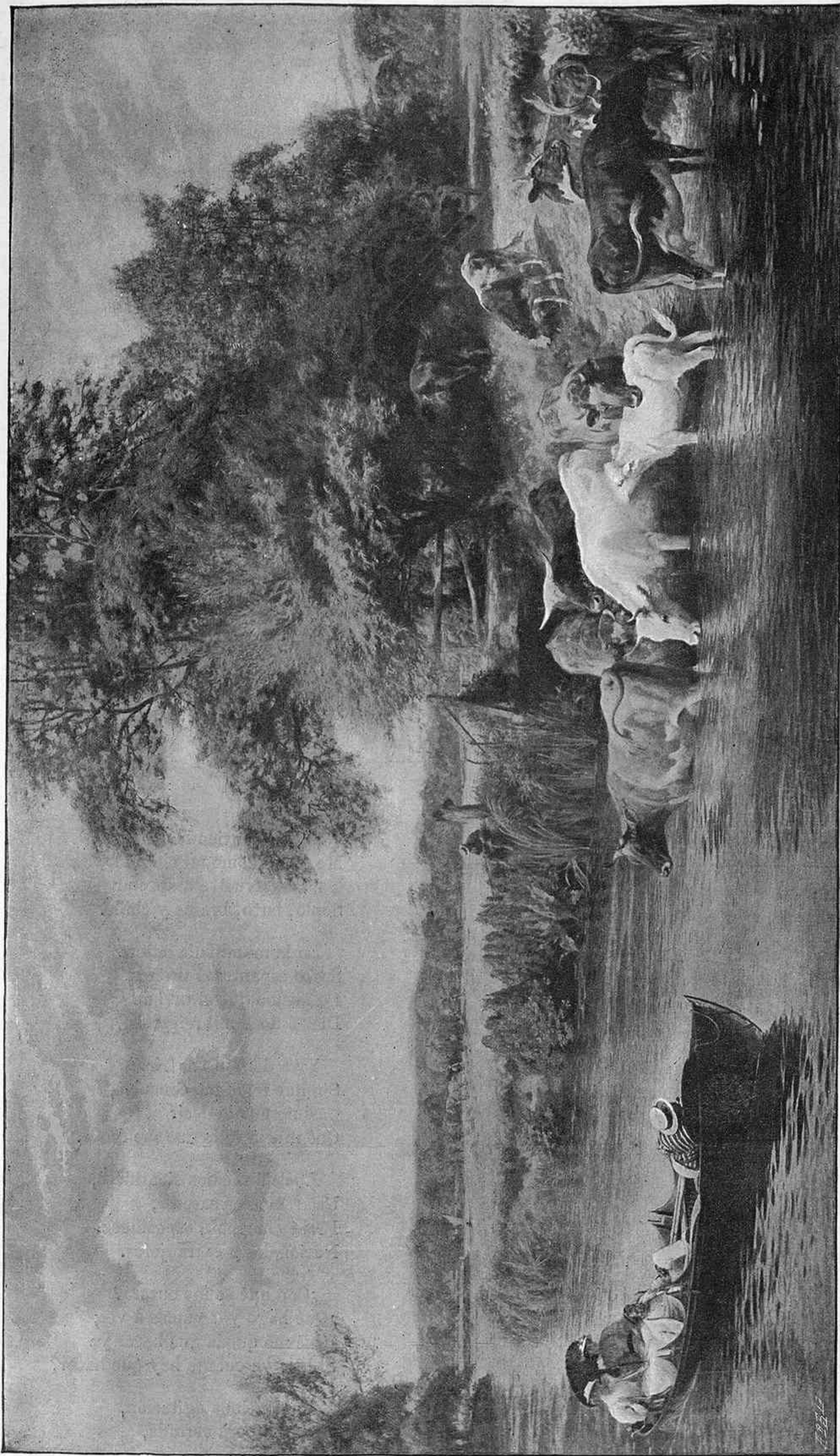
JOSÉ ECHEGARAY.



ALMANAQUE DE LA ILUSTRACIÓN



PARAÍSO.
Cuadro de Hebert



ORILLAS DEL TÁMESIS.

Cuadro de Bradley.



DOLOR DE MUELAS.

— Esto no hay quien lo resista.
¡Qué dolor tan pertinaz!
Me voy á ver al dentista;
Que me la saque, y en paz.

Con este dolor maldito
Llevo tres noches en vela;
Nada, nada; necesito
Que me extraigan esta muela.

Y al parecer está sana;
¡Mire usted que es mucho cuento!
Pero no me da la gana
De que me dé más tormento.

Ni un instante de reposo
Y siempre este *riquirrí*;
Vamos, esto es horroroso,
No puedo vivir así.

En esta angustia mortal,
Y sin que ceda el dolor,
Acostado estoy muy mal
Y levantado peor;

Y aunque convencido de esto,
Estoy ya que no lo aguanto,
Y me levanto y me acuesto,
Y me acuesto y me levanto.

Si el dolor tiende á calmar,
Me quejo como un chiquillo,
Y cuando vuelve á apretar
Soplo, bufo, bramo y chillo.

En la mandíbula entera
Sufro espantosos tirones,
Lo mismo que si tuviera
Diez ó doce mil raigones,

Y ya de tanto sufrir,
Sin que nada me consuele,
Casi no puedo decir
Qué muela es la que me duele.

Apelé á medios científicos,
Usé remedios caseros,
Probé cincuenta específicos
Nacionales y extranjeros.

¿Con qué se me curará?
¿Qué hago yo? vamos á ver;
¿Qué me queda que hacer ya
Si hice ya cuanto hay que hacer?

En continua agitación,
Y con la boca cerrada,
Recorro mi habitación
Como una fiera enjaulada.

Me enjuago con agua tibia....
 ¡Oh, qué placer! ¡Oh, qué encanto!
 Parece que se me alivia;
 Si, sí; no me duele tanto....

¡Ay! Ya me vuelve otra vez:
 Esto es una atrocidad;
 Yo creo una estupidez
 Sufrir sin necesidad.

Este dolor tan seguido
 Es horrible. ¡Dios me asista!
 No dudo más, me decido:
 Voy a casa del dentista.

Y, en efecto, allá me fui,
 Armándome de valor,
 Y en cuanto al dentista vi....
 Desapareció el dolor.

—Pues yo, le dije, venía....
 Porque.... ¡es tan rara la cosa!
 Esta muela me dolía
 De una manera horrorosa;

Y no comprendo por qué,
 ¡Si es de lo más sorprendente!
 En cuanto le he visto a usted
 Me he puesto perfectamente.

Y, la verdad, no doliendo,
 Añadi con turbación,
 ¡Es un trance tan tremendo
 El exponerse al tirón!....

Siento haber dado este paso....
 Usted me dispensará....
 —Nada, no es el primer caso;
 Si duele, usted volverá.

Me despidió muy cortés,
 Y yo ¡qué alegre me fui!
 Pero dos horas después
 Estaba fuera de mí.

¡Qué dolor! ¡Mucho mayor!
 A mí va a darme un ataque;
 No soportó este dolor,
 Yo vuelvo a que me la saque.

Al fin y al cabo, no hay nada
 Parecido a este tormento,
 Y aunque esté muy arraigada
 Será cuestión de un momento.

Por mucho que se resista
 Padeceré unos instantes.—
 Y volví a ver al dentista....
 Y me sucedió lo de antes.

—Mire usted que es cosa rara
 Esto que a mí me acontece;
 En viéndole a usted la cara
 El dolor desaparece.

—Pues vuélvase usted a marchar,
 Y si le vuelve a doler,
 Me vuelve usted a visitar
 Y no tiene más que hacer.

Si usted no lo necesita,
 ¿A qué pasar un mal rato?
 —Pues cobre usted la visita
 Y déme usted su retrato.

Al ver que le hablaba así,
 Muy afable y complaciente
 Dijo el dentista: Por mí
 No hay ningún inconveniente.

Si se ve en tales apuros
 Ya volverá usted otro día.—
 Y, cobrándome dos duros,
 Me dió su fotografía.

Me fui a mi casa después,
 Y no lo creará el lector:
 Pero a mí la verdad es
 Que no me ha vuelto el dolor.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.



LA MISA DE LOS MUERTOS.

Qué leyenda tan bella la que encontré en una colección de algunas muy notables de la Edad Media! ¡Qué perfume tan de aquellos tiempos! No la tengo á la vista, pero sí en la memoria, y he de referirla sencillamente para delectación de los lectores.

Era una pobrecita mujer, ya sola en el mundo, porque la muerte le había arrebatado con persistencia cruel á todos los individuos de su familia: hijos, hermanos, próximos parientes, cuanto había amado su buen corazón; cuanto en mejores días la obligaba, con inefable gozo suyo, á permanecer reclusa en su modestísimo hogar, completando la ventura de aquellos seres queridos; cuanto constituía su mundo tranquilo, silencioso, plácido, dentro de otro mundo agitado, turbulento y de enconada lucha de pasiones é intereses, todo había desaparecido, trasladándose á otra región donde ya la muerte no tendría imperio para arrebatarlo.

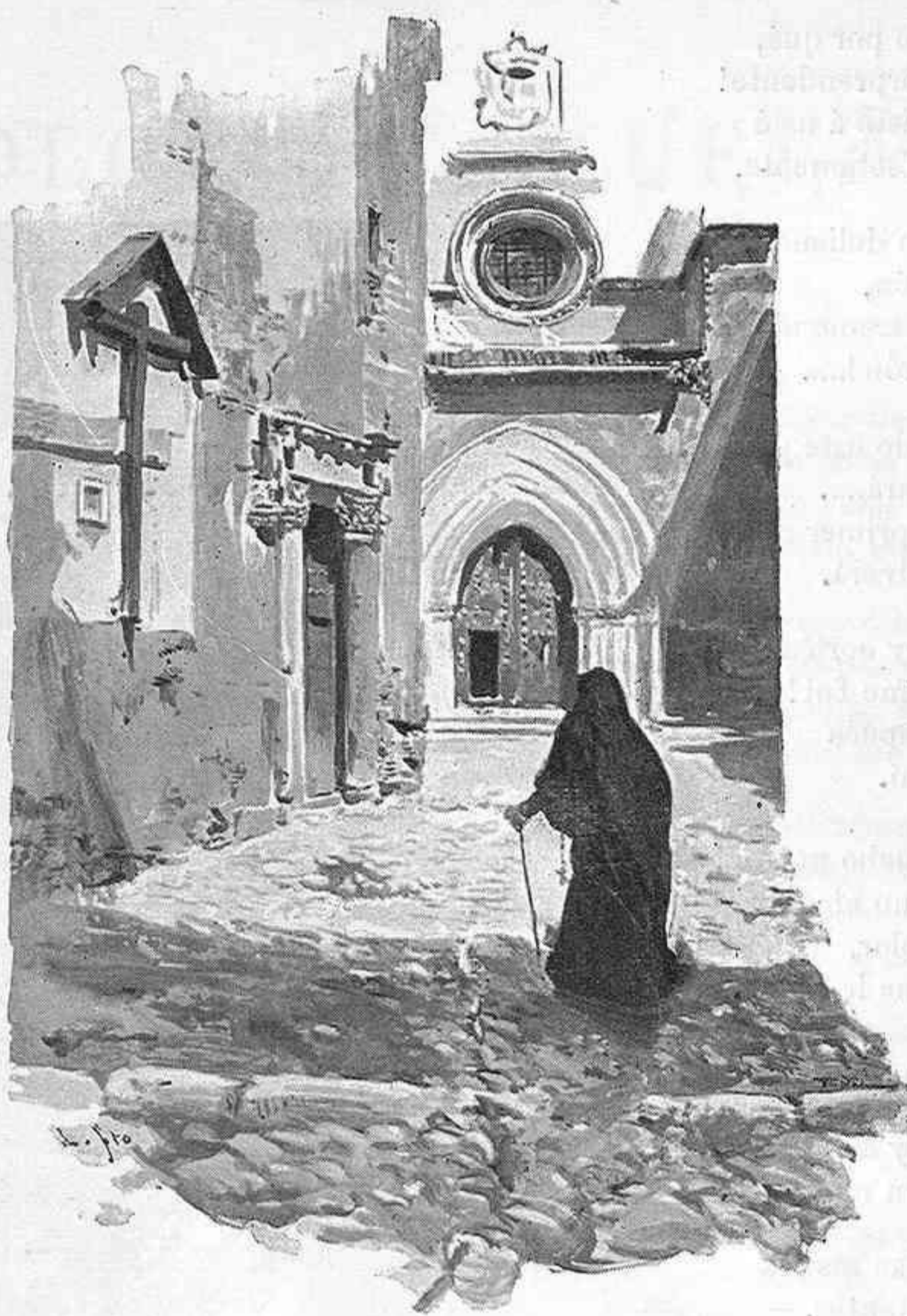
A los intensos dolores, á las amargas hondísimas que en ella causaron tan continuados y duros

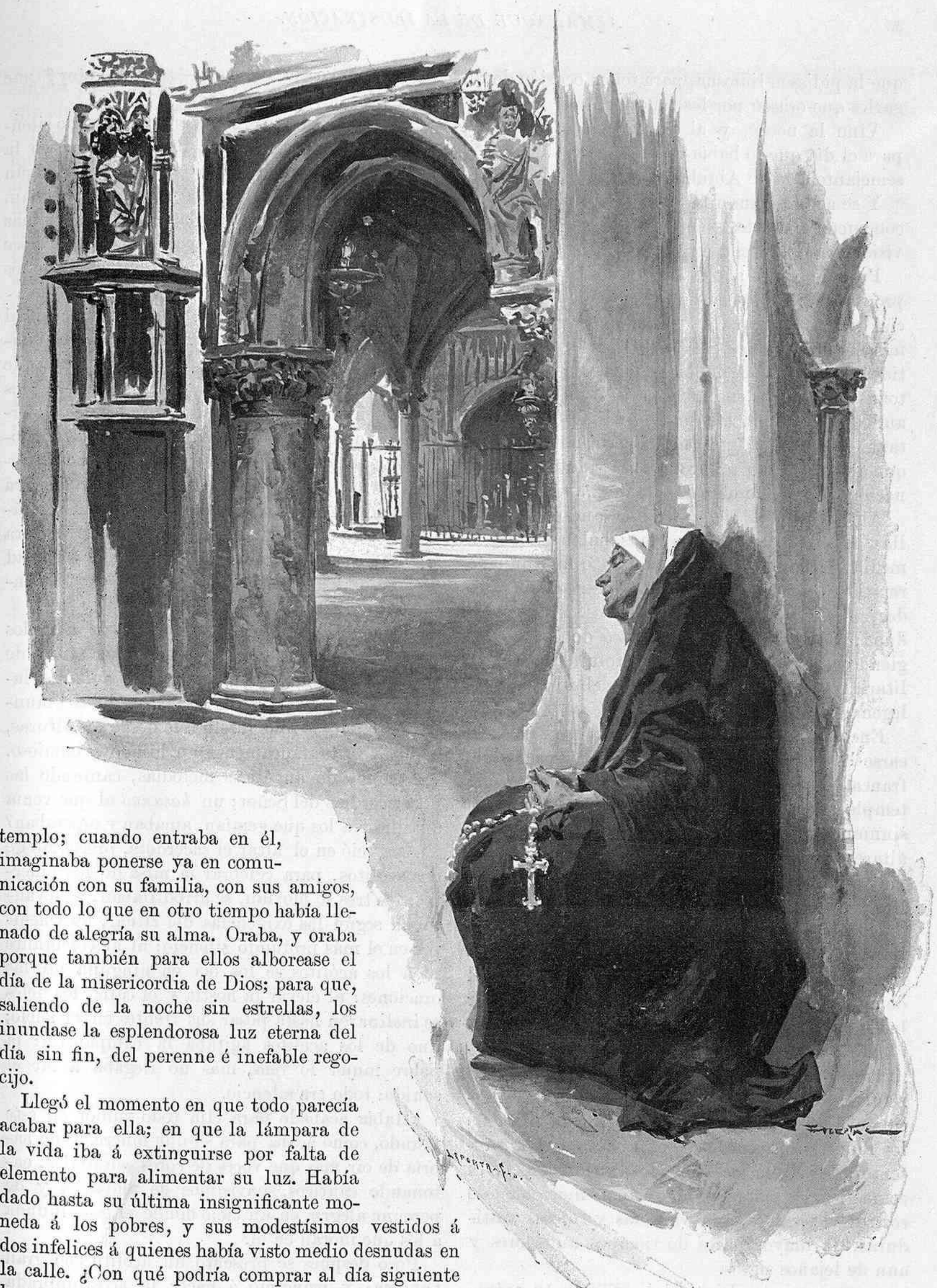
golpes sobre su corazón, había sucedido una dulce melancolía, una esperanza inefable de volver á reunirse con los que habían sido el encanto de su vida. Pues abandonado este mundo se hallaban

en otro mejor, ella iría á buscarlos, los encontraría y nada los podría ya separar. Como aquí se había afanado por su bien, procuraba con idéntico afán mejorar su suerte más allá del sepulcro: deseaba verlos en la región de la luz, de la paz, de la felicidad perfecta.

Oraba siempre con fe, con amor, con esperanza, y siempre por los que habían sido en este mundo: todas sus súplicas eran por los muertos; ella también vivía como muerta por su soledad, por el olvido ó indiferencia de los demás. De su corto peculio daba limosna á los pobres, encargándoles siempre que rogaran por los muertos.

Al rayar el alba se celebraba una misa en sufragio por los que habían existido: nunca faltaba á su misa de los muertos. Envuelta en largo manto, y al iniciarse el crepúsculo de la mañana, acudía presurosa al





templo; cuando entraba en él, imaginaba ponerse ya en comunicación con su familia, con sus amigos, con todo lo que en otro tiempo había llenado de alegría su alma. Oraba, y oraba porque también para ellos alborease el día de la misericordia de Dios; para que, saliendo de la noche sin estrellas, los inundase la esplendorosa luz eterna del día sin fin, del perenne é inefable regocijo.

Llegó el momento en que todo parecía acabar para ella; en que la lámpara de la vida iba á extinguirse por falta de elemento para alimentar su luz. Había dado hasta su última insignificante moneda á los pobres, y sus modestísimos vestidos á dos infelices á quienes había visto medio desnudas en la calle. ¿Con qué podría comprar al día siguiente lo necesario para su propio sustento? ¿qué daría á los

que la pidiesen limosna, para tener ocasión de rogarles que orasen por los muertos?

Vino la noche, y al pensar en su situación para el día que le había de amanecer, dijo con fe semejante á la de Abraham: «Dios proveerá.»

Y se acostó tranquila, durmiendo poco después con sueño apacible, exento de congoja ó de penosa visión.

Poco le duró aquel sueño de beatitud. De pronto despertó oyendo una campana, cuyo especial tañido indicaba ser la que convocaba á la misa de los muertos. Levantóse presurosa; se vistió á la tenue luz de la pequeña lámpara que todas las noches encendía para alumbrar á sus amigos del mundo eterno, y se dirigió á la ventana, diciendo: «He dormido poco; no puede ser que amanezca tan pronto: ¿habrá sido una alucinación? He creído oír la campana.....»

Abrió, miró al cielo, y observando las estrellas, tuvo por cierto que apenas había pasado la media noche; mas en aquel punto la campana repitió clara y distintamente sus especiales tañidos, tocando á misa de los muertos. Ya no cabía duda, y la pobrecita mujer salió de casa, dirigiéndose por calles obscuras y profundamente solitarias á la iglesia donde se celebraba aquella legendaria misa.

Encontró cerrada la gran puerta; mas al acercarse á ella se abrió por sí sola, ofreciéndole franca entrada y llenándola de asombro. El templo aparecía profusamente iluminado por un sinnúmero de grandes blandones en todos los altares, y su espacioso ámbito densamente cuajado de muchedumbre de fieles, puestos de rodillas y orando con el más intenso fervor.

Dirigióse á su acostumbrado sitio, que vió hallarse vacío y como respetado por los demás. Todos le abrían paso, sin mirarla ni ceder en su actitud de adoración, y atravesaba libre, como el pez por las ondas, sin tropezar en cuerpo ni vestidura.

Al resplandor de los innumerables cirios aparecían los semblantes como iluminados por la más refulgente luz del sol. Miró la pobrecita, buscando á sus asiduos compañeros de la misa de los muertos: no encontró ni uno solo. Los presentes, para ella desconocidos, aparecían todos como grandes señores y nobilísimas matronas, de rostros venerables, con variadas y lujosas vestiduras, la mayor parte de tiempos anteriores y aun de lejanos siglos.

—¿Qué es esto, Dios mío!—dijo en su extra-

ñeza, casi en su estupor;—¿dónde estoy? ¿me encuentro tal vez soñando?

Lo que más la sorprendía era el profundo silencio que reinaba en aquella multitud: aun en la más callada soledad de los campos se oye algún rumor; allí nada se oía: los labios se movían, como si enunciasen plegarias en alta voz; mas nada llegaba á sus oídos: percibía el tenue roce de su manto, hasta su propia respiración; de los demás, nada.

¿Era que, en medio de la profunda obscuridad de aquella noche del mundo, alboreaba con vivísimos fulgores la esplendente luz eterna que iluminaba ya, clarísima y deslumbradora, los rostros en tal momento transfigurados de tan fervorosa y desconocida muchedumbre? ¿Aquella adoración sublime en la tierra por los que no aparecían á la luz del día, era el preludio de otra adoración más profunda, más ardiente, más extática en otro mundo de gozo consumado, de ventura sin fin, ante el trono de Dios y en la sociedad dichosa de los hijos del bien y de la eterna bendición?

De aquel profundísimo silencio; de aquellos pechos conmovidos por oleadas de amor santo, de inefable sobrehumana esperanza; de aquellos labios que hablaban sin voz para los oídos del mundo, en lenguaje sólo inteligible desde las alturas, ¿saldría instantáneamente un himno armonioso, dulcísimo, de angélicas melodías, cantando las misericordias del Señor; un *hosanna* al que venía á redimir á los que gemían, amaban y esperaban?

Apareció en el altar el sacerdote, precedido de dos acólitos, para celebrar la misa de los muertos: los tres se movían, se arrodillaban, se levantaban según las exigencias del ritual, mas siempre en el más profundo silencio; ni al celebrante ni á los acólitos se los oía en ninguna de las oraciones: al elevar la hostia y el cáliz, los fieles se inclinaron hasta posar sus frentes en el suelo; uno de los acólitos agitaba la campanilla; la pobre mujer lo veía, mas no llegaba á oír el sonido: todo era silencio.

¿Había acabado para ella todo rumor en este mundo, como acaba para el que muere, y no habría de oír más que voces de coros celestiales, entonando cánticos suavísimos de alabanza y de perenne alegría en un cielo donde el gozo inunda á los que moran en él?

Poco después se presentó un acólito con gran bandeja, y principió á hacer la acostumbrada

colecta para los muertos; todos depositaban sus ofrendas, pero el metal no sonaba.

Cuando llegó al sitio donde se hallaba la buena mujer, la bandeja estaba ya rebosando de muy relucientes monedas de oro: la pobrecita sintió una angustia mortal; nada tenía que dar. El acólito la miró con inefable dulzura, como insistiendo en su ruego: entonces tuvo una súbita alegría; reparó en que llevaba una joya; el anillo de oro que había recibido ante el altar el día de su boda. — «Ya ¿para qué le quiero?—dijo entre sí.—Pobrecitos muertos, para vosotros.»

Y sacándole del dedo anular y besándole con intenso amor, le puso en la bandeja.

Al tocar en ella, el anillo sonó: aquel vibrante

sonido fué lo único que interrumpió tan profundo silencio: repercutió en el templo, é instantáneamente se apagaron todas las luces.

Cuando al amanecer acudieron los sirvientes á abrir las puertas de la iglesia, la encontraron muerta en su sitio acostumbrado: junto á ella había un anillo.

Lo había dado todo por los que ya no vivían: lo último fué su vida.

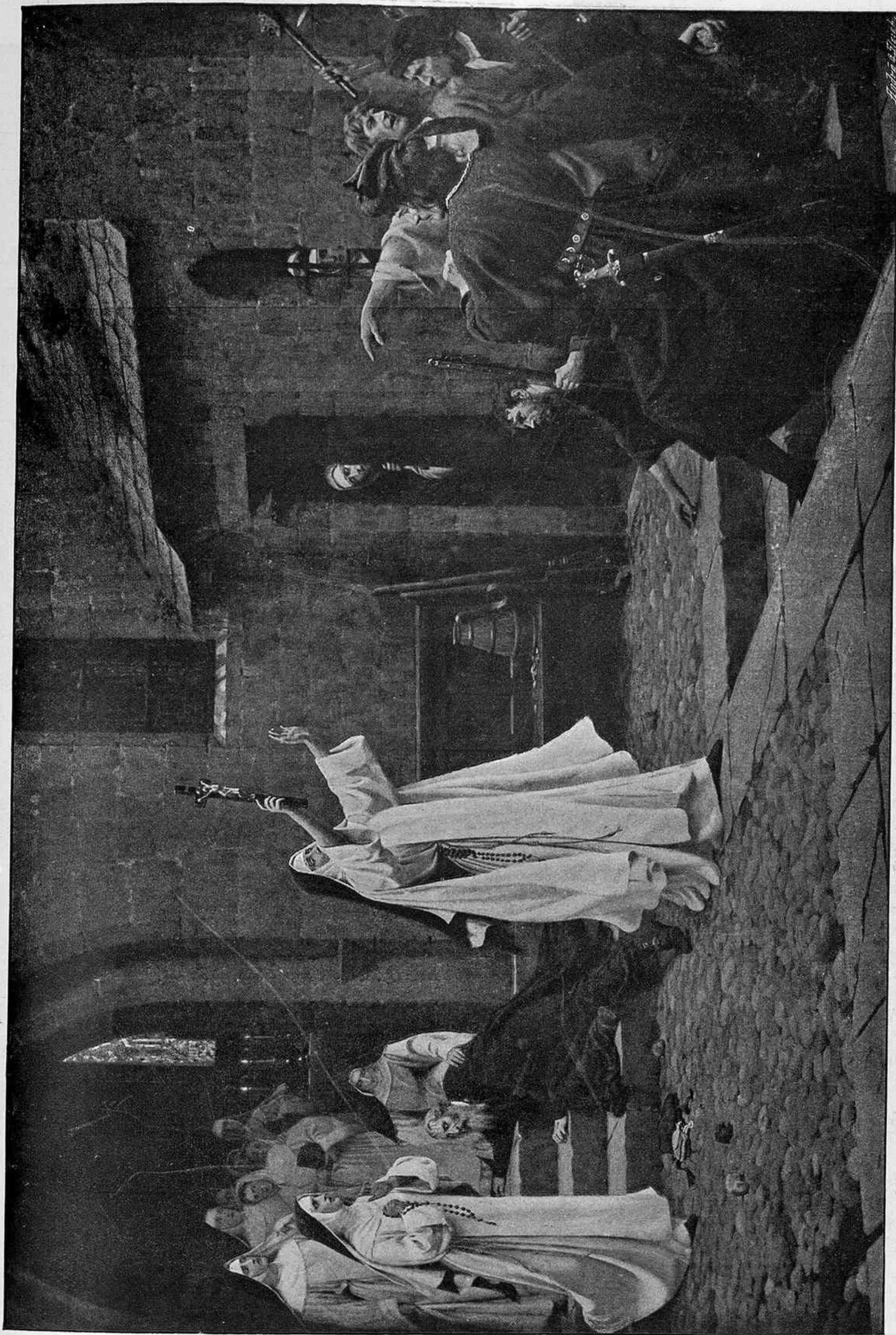
Y la dió en medio de ellos: en la misa de los muertos.

JULIÁN MANUEL DE SABANDO.

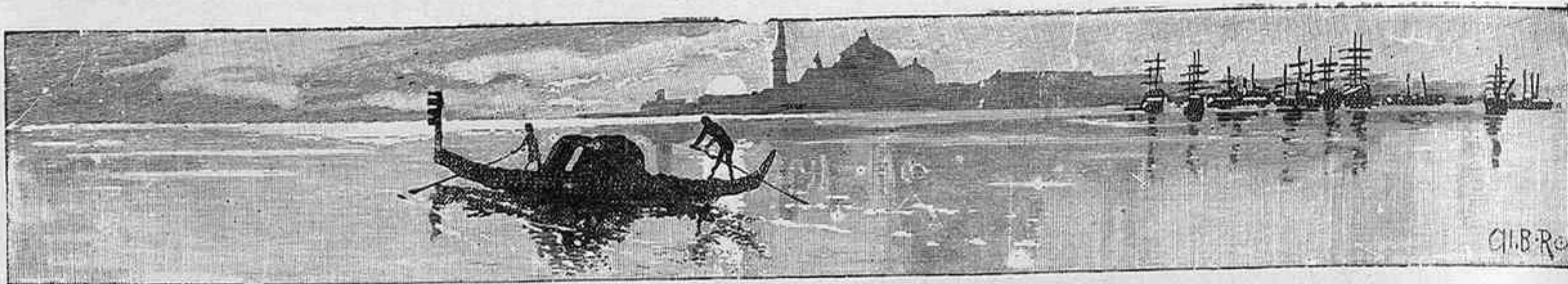




LA ABUELA.
Cuadro de la Srta. J. Ravier.



¡EN NOMBRE DE DIOS!
Cuadro de E Blair Leighton



LA DISTANCIA.

I.

¿Qué atractivo especial tenía Amparo?
No lo puedo decir..... ¡ya no me acuerdo!
Porque los años borran implacables
Hasta las sombras del amor *eterno*.
Pero sé que la quise con locura
Cuatro meses lo menos,
Y á mí se me antojaba una morena
Más guapa que los ángeles del cielo.
Sé que entrambos lanzábamos al aire
Quejas amargas contra *el hado adverso*
Que nos tenía separados siempre,
Sin hablarnos, sin vernos,
Perdiendo en el suplicio de la ausencia
La paz del alma y la salud del cuerpo,
Y haciéndonos quedar poquito á poco
Lacios y enclenques, pálidos y entecos.
Y, sin embargo, yo, con la potente
Prodigiosa atracción del pensamiento,
Echaba á todas horas
Párrafos largos con mi dulce dueño,
Sentía la caricia de sus ojos
Posándose en los míos largo tiempo,
Y el timbre de su voz arrulladora
Y el mágico perfume de su aliento.....
Así, con la ilusión, con la esperanza
No lograda jamás, crecía el fuego,
Y mi morena y yo, casi dichosos,
Siempre estábamos juntos..... desde lejos.

II.

Luisa fué mi pasión, cuando de Amparo
La linda imagen se me fué del pecho;
Una pasión frenética, indomable,
Que me absorbió tres días por completo.
Y al cuarto día..... ¡horror! me da vergüenza
Confesárselo á nadie, y lo confieso
Por si puede servirme de castigo
Y á los demás de ejemplo:
¡No dejaba ni rastro la locura!
¡No quedaba ni chispa del incendio!
Y viví desde entonces amarrado
Á mi *amor*, como al potro del tormento,
Siempre cerca de Luisa, siempre unidos,
Mirándola en silencio,
Sin ver las rosas de sus frescos labios,
Sin ver el brillo de sus ojos negros,
Y haciendo la comedia del cariño.....
Con el alma á cien leguas del objeto.....

III.

De este modo aprendí por experiencia,
¡El único tesoro de los viejos!
Que en el amor humano la distancia
No es de espacio..... es de tiempo.

SINESIO DELGADO.





COQUETERÍA.
Cuadro de A. Chevallier Taylor.



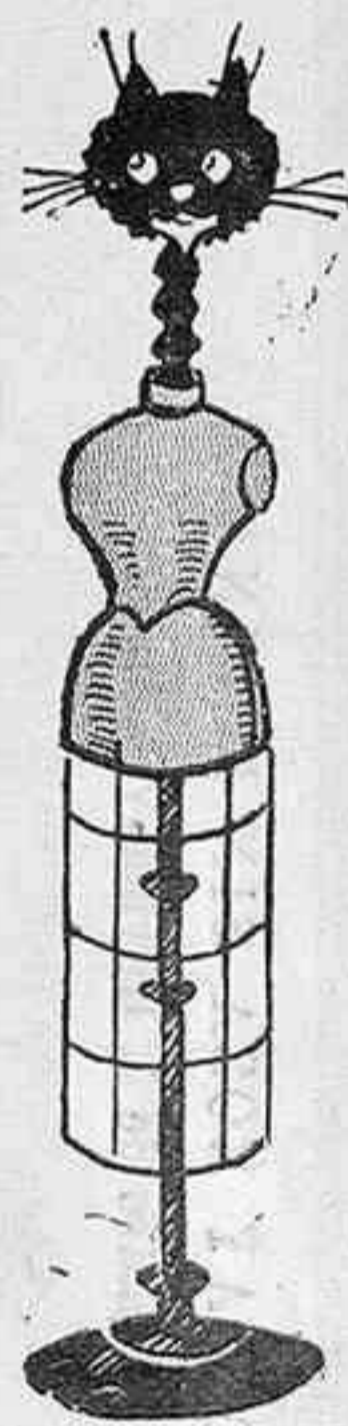
ÉXTASIS.
Cuadro de Emilio Sala.



NO HAY ROSA SIN ESPINAS.

Quadro de J. Haynes-Villiams.

DESVENTURAS DE UN MOZO LISTO.



No vayan ustedes á sospechar que se trata de cierto personaje de una zarzuelilla del repertorio viejo, el cual personaje dice, entre otras cosas no menos interesantes, «*que se llama Calixto y que es mozo listo (lixto pide el consonante), galán y cortés*»; no, señores. El mozo de quien me propongo contar las desventuras, aunque es listo, en opinión de cuantos lo tratan—opinión que coincide con la del propio interesado,—no se llama Calixto, sino D. José de.... (esto y de lo otro y de lo de más allá), ó sencillamente *Pepito*, como lo nombraban, en tiempos más felices, sus protectores, que fueron muchos y que ¡ay! nunca lo protegieron en cosa que valiese la pena.... Pero (como dicen los noveladores ó novelistas) no anticipemos los acontecimientos.

Pepito reveló desde su edad más tierna (no sé si lo de *tierna* está bien aplicado, pienso que no; pero cuando todos lo dicen....); pues, como decíamos, Pepito reveló desde muy pequeño sus envidiables condiciones de *hombre práctico*. Cuando tenía que optar entre obsequiar ó ser obsequiado, optaba siempre, indefectiblemente, por esto último; si le daban á escoger entre una caricia y un bollo, escogía el bollo; cuando su madre lo llamaba para darle un beso y su padre le enseñaba una moneda, corría al lado de papá, y así sucesivamente.

A su señor padre, hombre experimentado, que alardeaba de muy corrido, se le caía la baba al advertir las inclinaciones de su heredero, y dicho se

está que, lejos de contrariarlas y torcerlas, complaciase en estimularlas con mil plácemes y elogios repetidos.

«Este será un hombre—solía decir.—No, quien á éste se la pegue, agallas ha de tener; bien haya quien á los suyos se parece; no desmiente la casta el rapaz. Sigue, sigue así, hijo de mi alma. Vete siempre á lo positivo; nada de entusiasmo, ni de ideales, ni de....; y de quien te moteje por eso, riéte: así ha sido siempre tu padre y le ha ido perfectamente; imítalo y no te irá mal; que el que lo hereda no lo roba.»

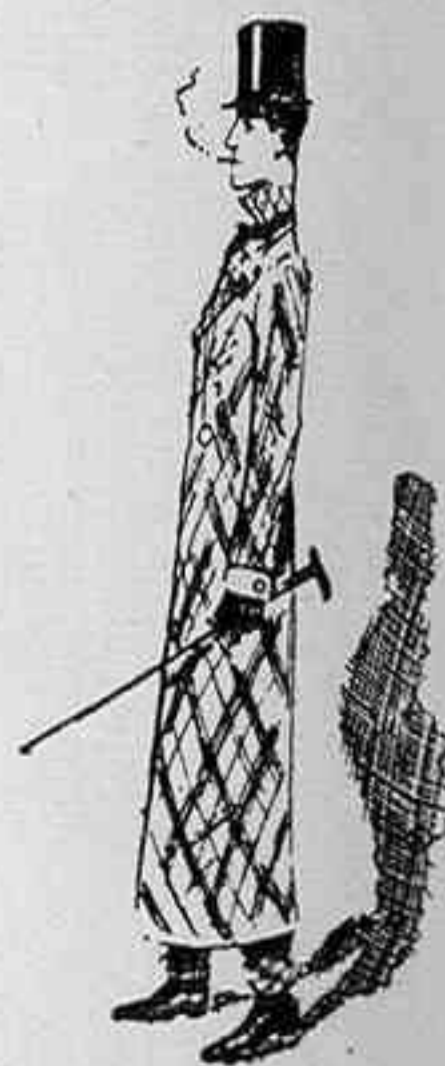
No hay que decir cómo esas aptitudes infantiles de Pepito adquirieron desarrollo, convirtiéndole en el más egoísta de los egoístas.

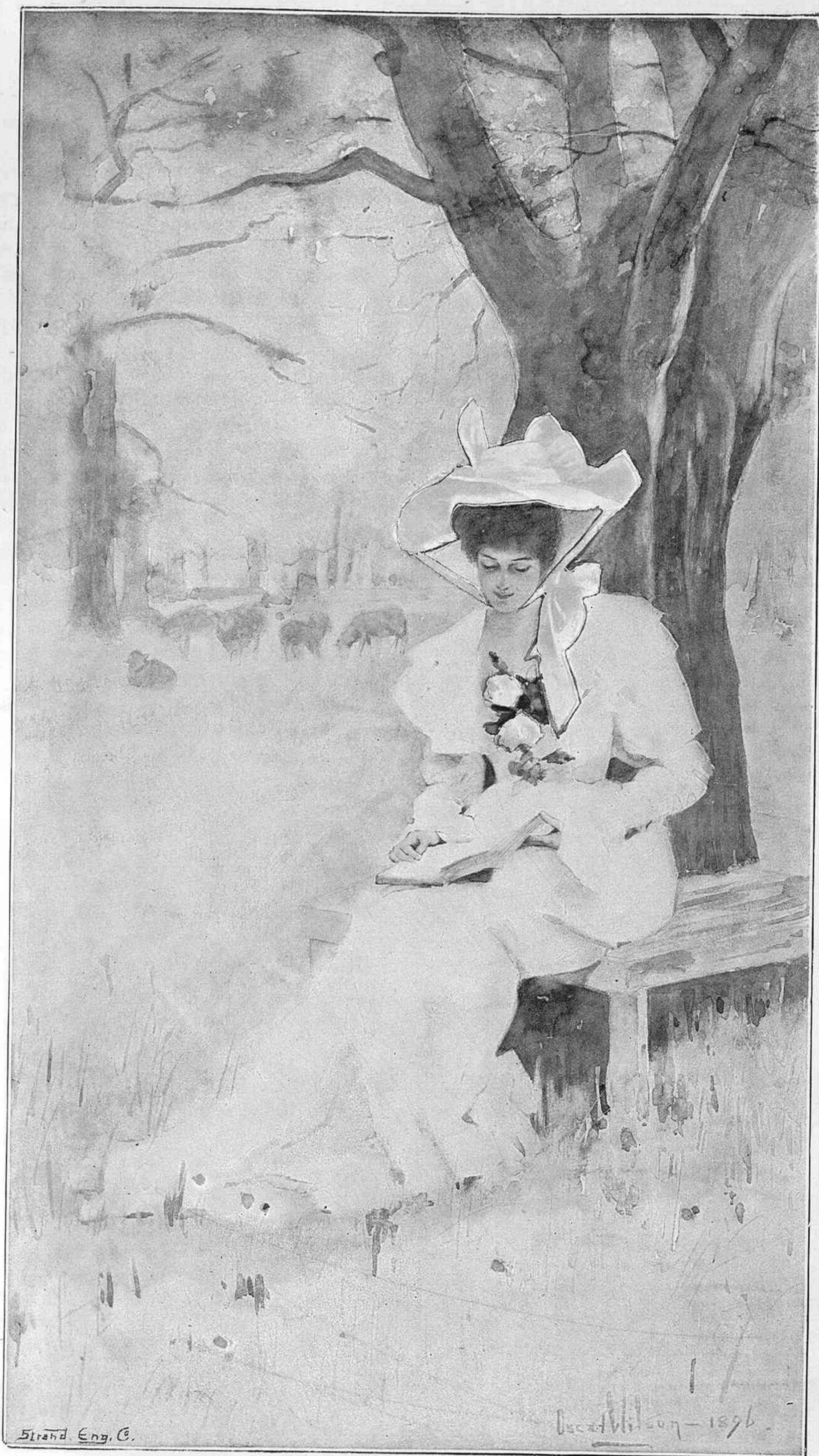
Procuraba siempre arrimarse á buen árbol para que lo cobijase buena sombra; poníase siempre al sol que más calentaba; buscaba siempre y en todo la propia conveniencia y nada más que eso; llegó á no realizar un acto, ni á dar un paso, ni á pronunciar una palabra, sin calcular antes lo que esta palabra, ó ese paso, ó aquel acto podrían valerle.

Como la tontería, aunque no lo enseñen los sabios, es contagiosa, la opinión de los padres de Pepito llegó á generalizarse, y el muchacho fué para todo el mundo uno de los hombres más listos de la generación nueva.

«¿Ese?—decían los viejos cuando de él hablaban—¿ése?, ése llegará adonde se proponga llegar y será cuanto quiera ser.»

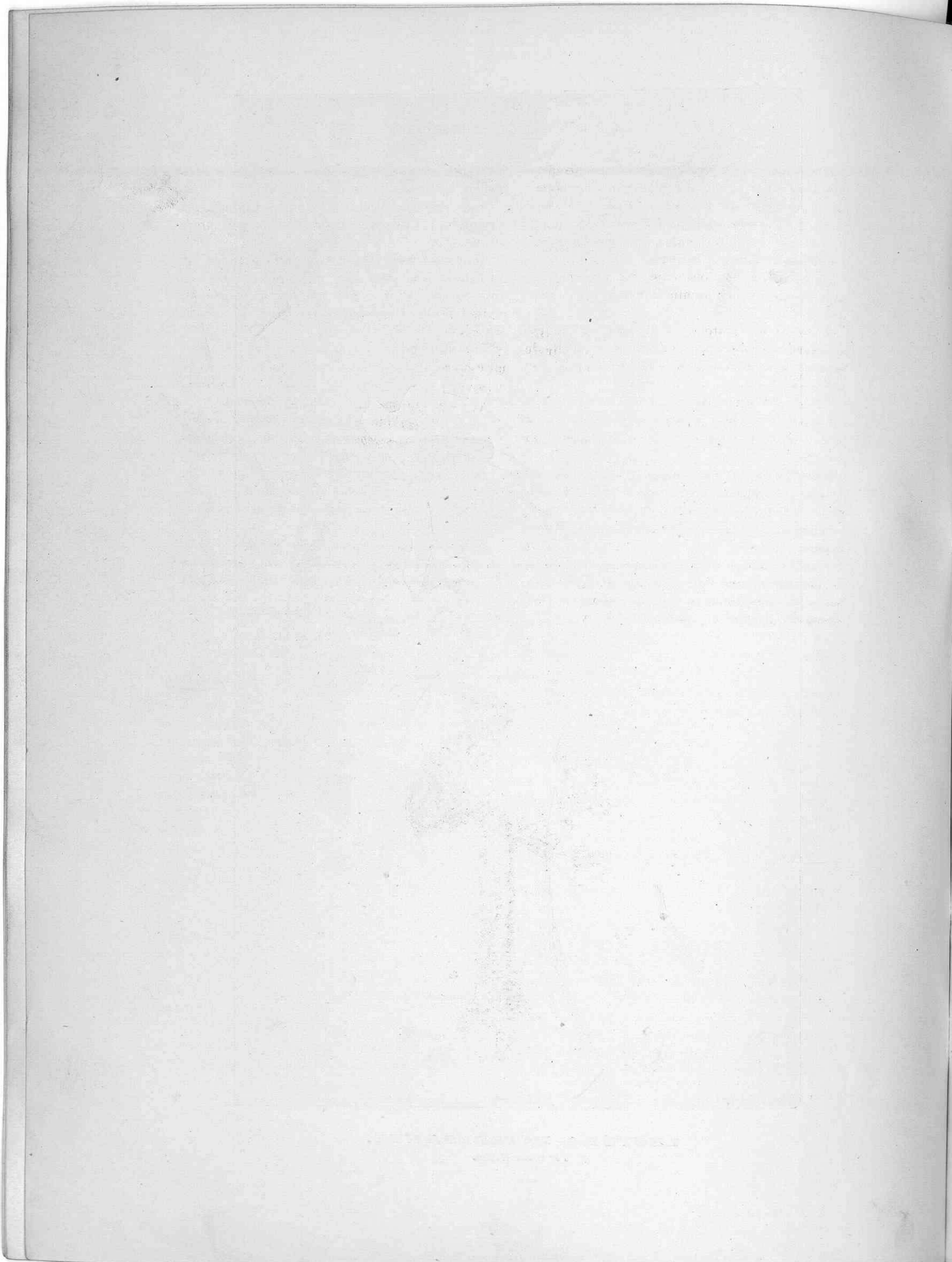
Dicho se está que Pepito no tenía convicciones políticas; se afiliaba siempre en el partido de los que mandaban, ó de los que él suponía que iban





LECTURA INTERESANTE.

Por Oscar Wilson.



á mandar pronto. Opiniones literarias, creencias religiosas, fe en el amor, confianza en la amistad, perseverancia en los propósitos, decoro en los procederes, todas esas cosas que los hombres, cuando no son *listos*, estiman, eran para Pepito palabras huecas, necedades y cursilerías.

Eligió por esposa una mujer fea, pero vieja..... porque supo que era archimillonaria. ¡Qué rasgo de ingenio!

El padre de Pepito y los amigos de la familia triunfaban; el muchacho comenzaba á cumplir de joven lo que de niño prometía. ¡Era mucho Pepito aquél!

Luego fué diputado ministerial, porque un hermano de la archimillonaria vieja obtuvo la cartera de Gobernación y ofreció al cuñado un distrito.

Poco tiempo después Pepito (que ya se llamaba D. José) columbró nubecillas precursoras de próxima tormenta en el horizonte político, y de la noche á la mañana se pasó á los bancos de la oposición.

Cayó el Ministerio, y entonces el entusiasmo de los admiradores de D. José no reconoció límites. ¡Qué perspicacia la de aquel hombre! ¡Qué serenidad de juicio! ¡Qué inventiva la suya!.....

Y decían siempre: «Ese logrará lo que se proponga; ése llegará á ser lo que quiera.»

Pues nada; no, señor. Pepito no pasó de simple diputado, ó, si ustedes lo prefieren, de diputado simple.

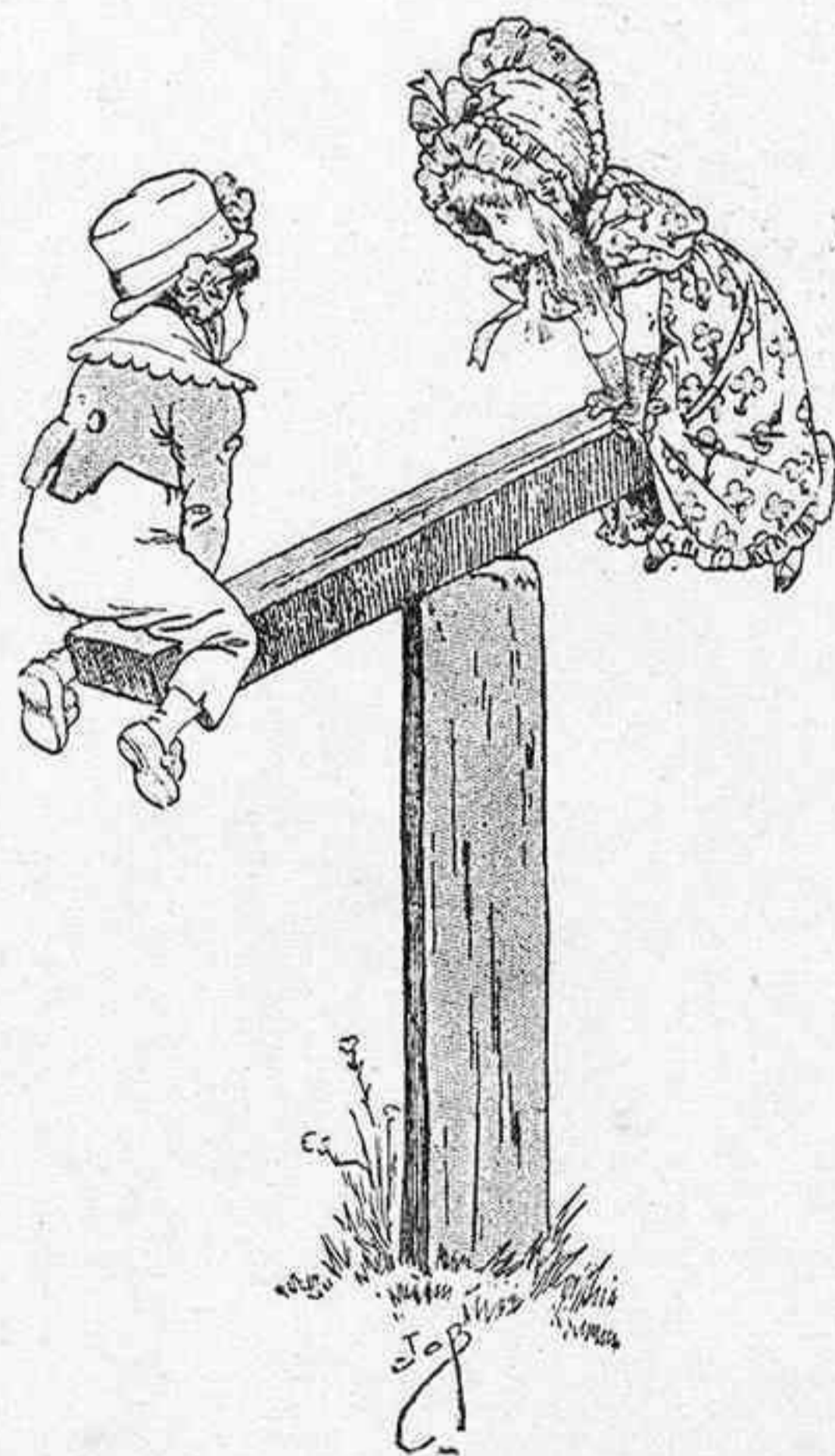
Quiebras inesperadas dieron al traste con los millones de la vieja fea. Don José se quedó sin dinero, pero con su mujer, que seguía siendo fea y vieja; es decir, más fea y más vieja que era al casarse.

El mando de los amigos nuevos de D. José duró muy poco; volvieron á ser gobierno los que antes lo eran, y el mozo listo, siguiendo su costumbre, tornó, cual hijo pródigo, al hogar paterno.

En él fué recibido, aunque no sin dificultades, y necesitó *hacer pruebas* de sinceridad y de constancia para que se contase con él en algo importante. Por fin, cuando iba á lograr el premio de su arrepentimiento sobrevino la caída, y tornó D. José á encontrarse enfrente de los que mandaban.

Y así continúa; y ya es viejo, y es pobre, y sólo ha conseguido ser diputado en una legislatura y... conservar, eso sí, su fama de hombre listo (!).

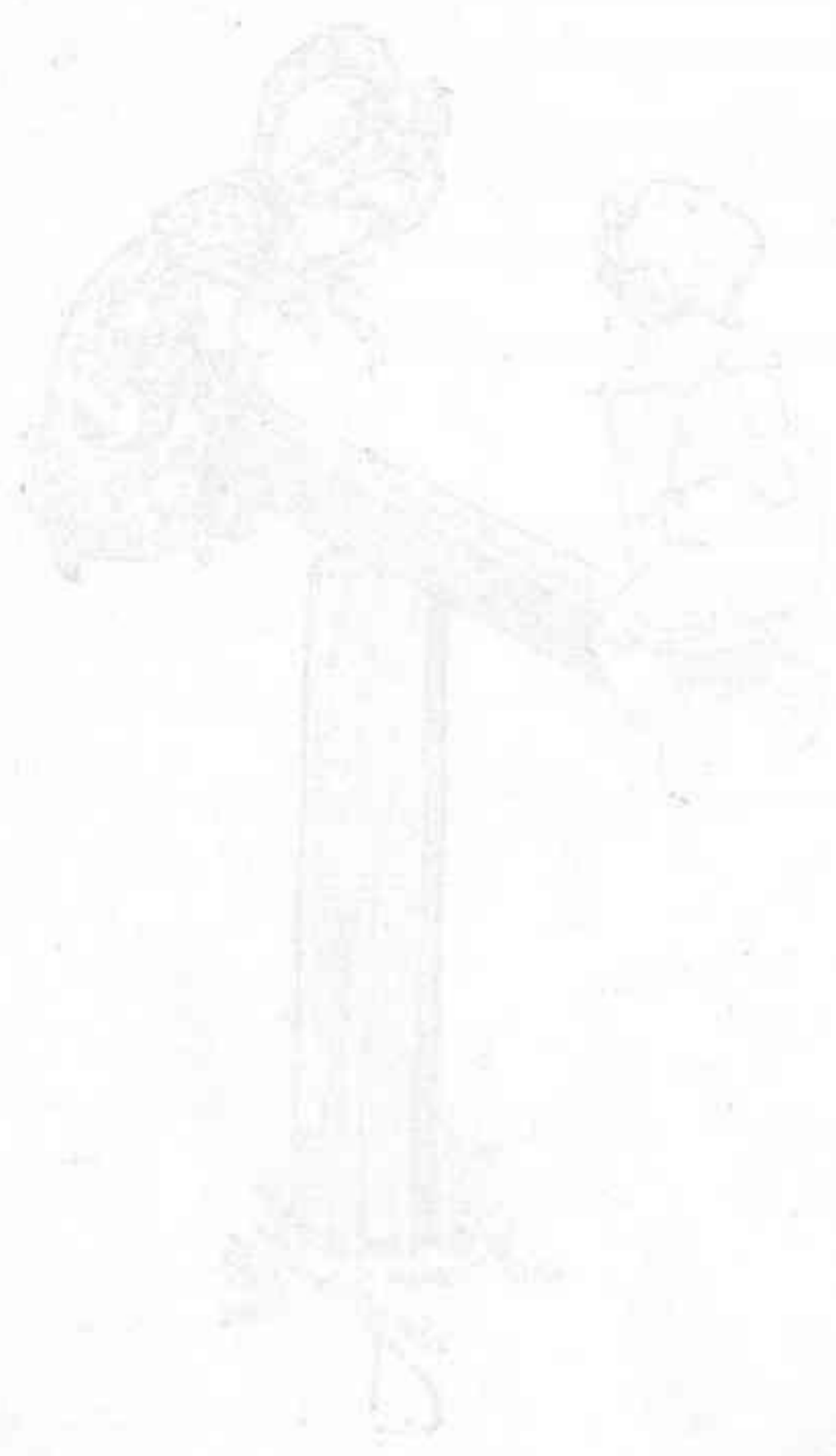
A. SÁNCHEZ PÉREZ.

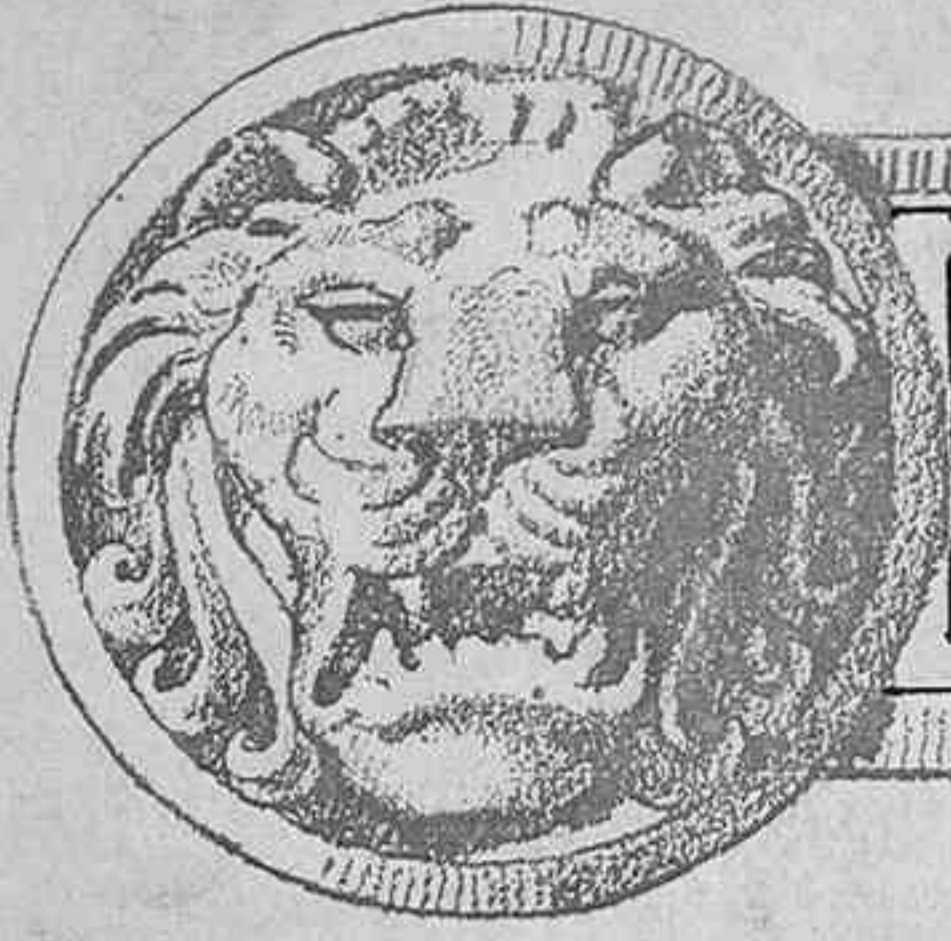


Y desde entonces...
Toda vez que...
Quisiera...
El mundo de los amigos...
Toda vez que...
Y así continúa...

A. S. P. R.

Y desde entonces...
Toda vez que...
Quisiera...
El mundo de los amigos...
Toda vez que...
Y así continúa...





ARTE



LETRAS